
BAJO LAS LUCES
DEL AYER
BEA MELWORREN

Bajo las luces del ayer



Bea Melworren



BAJO LAS LUCES DEL AYER

BEA MELWORREN

Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

☐ Registrado en Safe Creative.
☐ Autora: Bea Melworren.
☐ Portada: Nerea Martín.
☐ Corrección:BellGGcorrecciones.
☐ Depósito legal: VA 603-2025

Edición: Diciembre 2025.

Para Emma.
Mi luz en los momentos de oscuridad.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

PRÓLOGO

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

EPÍLOGO .

Introducción

Centa la leyenda, que dentro de cada familia siempre hay algunos que vienen a sanar el árbol familiar, a descubrir los secretos que esconden, a descifrar las heridas y a aprender de ellas.

Hay personas que buscan esas respuestas, otros que se las encuentran de sopetón, sin pretenderlo, sin buscarlo, sin quererlo… De repente, se ven con la necesidad de saber más, de descubrir la verdad, de entender qué esconden esos antepasados.

Helena no pretendía indagar en un pasado tan lejano, ni siquiera entiende qué significan sus sueños. Cree que es una invención de su subconsciente, pero, con cada uno de ellos, con cada evento que descubre, se va adentrando en un universo que acabará por atraparla y darle una valiosa lección de vida.

La pregunta es: ¿estará preparada para entenderlo, o renegará de sus sentidos, y pensará que algo anda mal en su cabeza?

No es fácil entender los lazos que nos unen con nuestro árbol genealógico, mucho menos con esos antepasados que ni siquiera llegamos a conocer.

Prólogo

Un día de septiembre de 2024.

El primer encuentro.

Estoy agotada. Me tumbo en el sofá negro, aprovechando que Santi, mi pareja, no está en casa. Enciendo la televisión y buscó Netflix, necesito algo que me caliente el corazón y sé lo que es.

Busco la tercera temporada de los Bridgerton; de las tres que tiene hasta el momento, esta es mi favorita, el magnetismo de los protagonistas traspasa la pantalla. Pongo el primer capítulo y me tapo con una manta de coralina blanca hasta la barbilla, con una sonrisa en los labios y casi repitiendo en mi cabeza los diálogos. Es la quinta vez que la veo, ¿o quizás la sexta?

Da igual, me encanta. Me pierdo entre bailes de salón y amor contenido, gestos grandilocuentes y ese instante en el que ambos reconocen que se aman.

«¿Qué puede haber más grandioso que reconocer los sentimientos y ser correspondido?». Un atisbo de envidia trata de apoderarse de mí, lo alejo con la primera sonrisa de Colin.

Me despierto sobresaltada, la serie ha seguido su curso llegando hasta la mítica escena del carruaje, pero mi mente no estaba ahí. Por un instante, me he trasladado a otro lugar que reconozco.

En mi sueño, la casa en la que estaba se parecía mucho a la que tienen mis tíos en Londres. Aquella en la que se crío mi madre hasta que mi padre se cruzó en su camino. Frente a mí, me he encontrado a una pareja muy enamorada: él, tan alto como mi hermano, con el cabello enmarañado y un gesto enigmático que me ha generado muchas preguntas; Ella, con el cabello castaño y una expresión de devoción difícil de explicar, pero ineludible. Ambos estaban discutiendo en el elegante salón principal, pero los dos se sonreían,

como si tuvieran un acuerdo tácito de no enfadarse, a pesar de no compartir la misma opinión.

Hablaban sobre un baile. Ella no quería ir, y él le recordaba que ambos debían cumplir con su compromiso. Al final, ella parecía ceder y él la abrazaba, recordándole que no estaba sola, que permanecería a su lado.

Suspiro, pues no puedo evitar compararlo con lo que tengo en casa, ese hombre que siendo su día de descanso aún no ha llegado a casa. Tenía un evento familiar, yo no estaba invitada como de costumbre, pero se ha ido a las doce de la mañana y son cerca de las nueve de la noche. No parece tener intención de volver, de nuevo siento ese vacío que me provoca la indiferencia del que consideraba mi pareja ideal.

Paro la serie justo cuando Colin y Penélope están a punto de besarse, me pregunto, si aún existirán hombres capaces de amarte con la intensidad con la que se ama en los libros y en las series de época.

«Sin duda nací en la época equivocada».

1

19 de diciembre de 2025

Descorazonador



Diciembre es, sin lugar a duda, mi mes favorito. Sobre todo, cuando observo la ilusión de mis niños el último día de clase. Huele a vacaciones, a ilusión, a regalos, a reuniones familiares. Además, está el ambiente impregnado de esa pizca de amor que todos necesitamos.

Despido al último de mis alumnos y vuelvo sobre mis pasos por el amplio pasillo, hacia la clase de primero de primaria de un pequeño colegio de Santander, mi tierra. El silencio que me recibe al entrar al aula de pupitres verdes y paredes decoradas, contrasta con el jolgorio, que había hace unos minutos cuando los escuchaba con atención cómo contaban sus planes para esos días festivos.

Una parte de mí siente cierta envidia, va a ser el primer año que no paso la Nochebuena con mi familia, ya que ellos se van a Londres mientras que yo me quedo aquí junto a Santiago, mi pareja.

No ha sido una elección fácil, y una parte de mí, está resentida por haber tenido que claudicar ante sus deseos, para no variar. Santi siempre prioriza a sus padres por encima de cualquier otra persona, incluso por encima de mí, sin importar mis deseos.

Recojo el aula con calma, no tengo prisa por llegar a casa, no sabiendo lo que me espera allí. La relación hace aguas desde el año

pasado y, por más que he tratado de arreglarlo, ningún esfuerzo parece que merezca la pena.

Siempre cedo yo, ante todo.

Antes de que mi cabeza entre en modo autocompasión, cojo mi bolso de la percha, salgo de clase rumbo a la sala de profesores, a brindar por el nuevo año.

El dos mil veinticinco me ha dejado muchas cosas buenas, entre ellas, dos de las que estoy muy orgullosa: aprobé las oposiciones y me saqué el carné de conducir. Tarde, si contamos con los veinticinco años que celebré el tres de noviembre, pero un gran logro si tenemos en cuenta las dificultades que entraña conducir por Santander, con sus miles de cuestas.

Aún hiperventilo solo de pensarlo. Estoy segura de que, si me hubiese examinado en cualquier otra ciudad, no hubiese tenido tantos suspensos.

El ambiente festivo en la sala de profesores se va diluyendo a medida que algunos empiezan a irse. Así que decido hacer lo mismo. Me despido de los rezagados y salgo del colegio con paso firme, bajo mi paraguas morado a juego con mis botas de agua.

Llego a casa pasadas las cuatro de la tarde. Dejo el abrigo en el perchero de la entrada, me descalzo y guardo las botas en el zapatero. Coloco el paraguas en el paragüero y me dedico una sonrisa desde el espejo de la entrada. Vengo un poco sofocada por la última cuesta que he tenido que subir.

—Hola —exclamo tras mi ritual, entrando en el salón, pero no obtengo respuesta.

No puedo evitar resoplar. No es para menos, mi recibimiento son los zapatos sucios de Santiago sobre la alfombra beige, su chaqueta colgando del respaldo del sofá negro. Bufo: la estantería que iba a colocar sigue al lado de la televisión, acumulando polvo, hoy era mi última oportunidad de verla sobre la pared, antes de que la vorágine de las fiestas y el trabajo le absorban.

¿Cuánto tiempo hace que le he pedido que la ponga en su sitio? Si mis cálculos no fallan, al menos cinco meses, tal vez más. La compré antes de verano para colocar mis libros, cuando fui a colgarla me dijo que no lo hiciera yo, que no lo pondría recto, con ese deje de superioridad que odio tanto que utilice conmigo.

Inspiro hondo, tratando de comprender por qué sigo aguantando tanto en una relación que no parece ir hacia ningún lado. Cada día me molestan más sus excusas, sus silencios, su desdén, la manera en la que deja cualquier cosa que yo le pida para después y, sobre todo, saber que nunca he sido su prioridad. Siempre soy la última en la lista.

Voy a la cocina, no quiero discutir, estamos a un paso de la Navidad y… No me puedo creer lo que encuentro en el fregadero: dos platos con sus cubiertos y el táper donde estaba la comida de hoy. Abro el frigorífico en busca de una respuesta que ya tengo y siento cómo me hierve la sangre.

La rabia me impulsa a ir a buscarlo, recorro el pasillo antes de que mi mente racional recurra a la poca paciencia que me queda con Santi. Abro de sopetón la puerta de la habitación que usa para jugar a la consola, el ruido le sobresalta y recibo una mirada molesta e incómoda de su parte.

—Se dice hola.

—Lo he dicho al entrar, pero tienes los cascos tan altos que no te has enterado de que ya estaba aquí.

—No te esperaba tan pronto —dice volviendo a su partida.

Tengo que apelar a toda mi contención, para no arrancar de la pared el cable de ese aparato maldito que no nos ha traído nada bueno.

—Son las cuatro de la tarde.

—¿Ya?, vaya, tengo que prepararme, hoy llega Lucía y voy a ir a recogerla.

Como siempre soy la última en enterarme.

Apaga la consola tan rápido que apenas me lo creo. Aunque no debería sorprenderme, cualquier cosa que tenga que ver con su hermana pequeña es motivo suficiente para dejarlo todo y salir corriendo.

Se levanta de la silla *gamer* que se compró cuando se mudó a mi casa, me lanza una mueca que pretende ser una sonrisa y sale rumbo a nuestra habitación.

—¿Cómo has podido comerte un táper de macarrones que podía alimentar a medio edificio? —grito cuando soy capaz de reaccionar.

—Invité a Julián —comenta aludiendo a uno de sus amigos—, le tocaba turno partido y no le daba tiempo a ir a su casa —suelta desde la habitación, con ese deje de despreocupación que me pone de mala leche.

—Había comida para los tres, podías haber pensado en mí.

—Helena, no calculé bien —responde con pasotismo—, puedes hacerte cualquier otra cosa. Además, no se tarda nada en cocer un poco de pasta.

«Será cabrón». Mi mente está desatada y mis ganas de pelea están a punto de hacerme estallar.

Sale tras cambiarse la camisa con una chaqueta vaquera en la mano, y desde donde estoy puedo ver el reguero de cosas que ha dejado sobre la cama que compartimos. No puedo evitar mirarlo con reproche por su falta de cuidado.

—Luego lo recojo —dice y se permite torcer el morro, como si yo fuera un fastidio para él.

—Llegará la noche y estará todo tirado. ¿Cómo se supone que vamos a dormir con la cama llena de ropa?

—Te aseguro que no, me voy, tengo que ir a recoger a mi madre. Luego te veo.

Antes de que pueda reaccionar, oigo el clic de la puerta, se ha marchado demostrándome lo poco que le importa lo que yo diga o piense de las cosas. Un día más en nuestra convivencia, así llevamos

dos años. «En qué mal momento acepté su propuesta de vivir juntos». De nuevo, me asalta ese incómodo pensamiento, no es la primera vez, pero la decepción se va acumulando como si fuera un embalse a punto de reventar, no cabe ni una gota más.

Regreso al salón donde siguen sus cosas tiradas, pero cuando voy a entrar a la cocina tratando de decidir qué hacerme de comer, siento que me desmorono. El dolor que me invade es tan grande que no puedo continuar en casa. Antes de que vuelva a hilar un pensamiento coherente en mi cabeza, estoy en la calle, bajo la lluvia, sin paraguas y sin saber qué hacer.

Camino sin rumbo fijo, aunque cuando veo a lo lejos el portal de la casa de mis padres, sé que mi subconsciente me ha traído hasta aquí. Es mi lugar seguro y no dudo en subir a ese octavo piso desde el que se ve el Cantábrico embravecido.

No están en casa, mis padres han quedado con unos amigos, sin embargo, al traspasar el umbral, el olor a azahar del perfume de mi madre me tranquiliza. Voy hacia mi cuarto. Sigue intacto, tal y como lo dejé hace dos años cuando les hablé de independizarme, ellos me ofrecieron el piso de mis abuelos, dándome alas para seguir mi camino. Me siento en la mecedora que tengo frente al balcón envuelta en una manta blanca y observo el trocito de mar que deja ver la barandilla de forja negra.

No quiero autocompadecerme, pero pierdo la batalla cuando me sorprendo repitiendo una y otra vez cada momento en que Santi me ha fallado, cuando me ha dejado a un lado, incluso cuando ha tomado decisiones sin importarle lo que yo quería. La rabia y la decepción me inundan de nuevo, así que cojo el móvil, busco la música que utilizo para relajarme y cierro los ojos mientras lucho por no anclarme a ninguno de esos pensamientos que me hieren sin cesar.

> Ella había llegado a su vida de la misma manera en que se fue, haciéndose notar sin alzar la voz, sino con la calma y la entereza que demostró siempre.

Fueron afortunados, pues tras su tormentoso inicio jamás volvieron a pelear de esa manera intensa y desgarradora. Se amaban con una fuerza tan grande que sobrellevaron cada golpe de la vida con paciencia, conscientes de que lo superarían juntos.

Hasta aquel instante en el que la vida de Grace, su amada esposa, se había apagado entre sus brazos. Se fue en una fría noche de noviembre mientras él sujetaba su mano, tratando de retenerla.

—Te amo —susurró ella en su último aliento de vida.

Por un instante, el lord no reaccionó, ni siquiera cuando sus ojos se apagaron y su sonrisa quedó congelada en el rostro inerte. Después, poco a poco, la verdad golpeó a Liam con tanta fuerza que estuvo a un paso de romperlos en dos. Las lágrimas ni siquiera lo sorprendieron, solo podía mirarla a ella sin poder procesar lo que estaba ocurriendo. La zarandeó ligeramente, llamándola por su nombre, tratando de devolverla a una vida que ya no le pertenecía.

Lo había dejado solo, rodeado de gente a la que amaba y protegía sin descanso, pero lejos de su abrazo cálido y su sincera verborrea. Sabía que no resistiría aquel invierno sin ella.

—Mi corazón se ha marchitado al apagarse tu luz, querida —masculló en un hilo de voz que apenas salía de su cuerpo—. Espérame, no tardaré en reunirme contigo.

Sollozó como un niño, perdido en la inmensidad de aquel dolor que amenazaba con derrumbarlo. No se percató cuando Iara, su cuñada, entró en la recámara, tan solo notó su abrazo comprensivo. Si alguien entendía el dolor que estaba sufriendo en aquel preciso instante era ella, su hermana querida, que un año antes había enterrado a su marido.

No hubo golpes, ni gritos, tan solo un mar de lágrimas y la certeza de que la parca acudiría rauda en su búsqueda. Ya no

tenía nada más que hacer en ese mundo sin su amada Grace.

Me despierto con las mejillas húmedas y una opresión en el pecho que me impide moverme. Estoy paralizada, reviviendo aquella escena en tonos ocre en la que se ha sumergido mi mente. No sé qué significa, llevo más de un año soñando con un escenario que no es el mío, con una casa de estilo victoriano y una pareja enamorada, unida, llena de vida hasta hoy, que he sido testigo de la muerte de ella.

Los sueños son tan reales que cada vez me siento más desconcertada ante ellos.

Una risa me anuncia que hay alguien más en casa. Me levanto y doblo la manta, dejándola en su sitio. Salgo de mi habitación rumbo al salón de donde salen las voces. Está mi hermano. Leo es inconfundible, con su voz grave y profunda, pero también…

No es posible.

Empujo la puerta del salón con cuidado, tratando de que no chirríe antes de que pueda cerciorarme de lo que estoy imaginando. La imagen que se presenta frente a mí es esclarecedora. Mi serio y recto hermano está abrazando a una de mis mejores amigas. Observo su complicidad, su forma de mirarse, queda claro que él es el hombre del que Amalia me ha estado hablando en el último año.

Aún no se han percatado de mi presencia y acaban dándose un beso que me hace enrojecer.

—Hola —digo muy bajito.

Ambos se sobresaltan y se separan como si estuvieran haciendo algo malo.

—¡Helena!, ¿qué haces por aquí? —pregunta Leo mientras las mejillas de Amalia adquieren un gracioso tono rojizo.

Esbozo una sonrisa de disculpa.

—No me apetecía estar en casa. Santi y yo…

—¿Qué ha pasado? —cuestiona Amalia, acercándose a mí con la preocupación reflejada en su rostro.

—Lo de siempre y cosas nuevas —respondo con ambigüedad, sin querer entrar en mis conflictos delante de Leo.

—Helena.

—Se comió todos los macarrones que hice ayer y no se preocupó en si yo tenía que comer después del trabajo. A veces siento que estoy pintada en la pared —respondo, porque no puedo contener la rabia que ha vuelto a atraparme entre sus garras—. Así que estaba huyendo de casa y acabé aquí, dormitando en mi habitación hasta que escuché risas.

El rostro de Leo se ensombrece ante mi explicación, pero estoy tan cansada y decepcionada que no soy capaz de medir las consecuencias de hacerle partícipe de cómo mi relación se ha ido deteriorando hasta convertirse en un horror del que intento escapar.

—Deberías dejarle. No… —interrumpo a Leo negando con la cabeza, antes de que nos metamos en una discusión que no lleve a ningún lado.

No sé qué hacer con Santi, pero una parte de mí aún recuerda que no todo ha sido malo en mi relación, eso me hace mantener la esperanza de que pueda llegar a arreglarse.

—¿Por qué no me lo habías dicho? —pregunto tratando de desviar la atención a un tema menos doloroso.

Mi hermano y mi mejor amiga se miran, comunicándose sin hablar, hasta que Amalia se gira hacia mí con una sonrisa de disculpa.

—Queríamos estar seguros de esto —responde con la mano enredada en la de mi hermano—. No era oficial y…

Se atraganta con lo que iba a decir.

—Amalia tenía miedo de tu reacción. Temía que te sintieras mal o desplazada.

—No es así, solo quería estar segura de que esto iba en serio, adoro a tu hermana y…

—Siento haber sido un incordio entre vosotros —intervengo quitándole hierro al asunto con una pizca de humor—, pero me alegra muchísimo que os hayáis encontrado. Ahora solo me queda asumir que acabarás llevándotela contigo.

Sé que he dado en el clavo cuando veo cómo vuelven a mirarse, mientras se comunican en silencio. Uno que solo les pertenece a ellos, del que me siento excluida y envidiosa.

—¿Ya estáis pensando en vivir juntos?

—Hay una idea —responde Leo—, Amalia ha echado algunos currículums.

—No hay nada seguro ni decidido, tan solo quería estudiar las posibilidades, Leo ha insistido un poco.

—Yo quiero tenerte ya en Londres —afirma mi hermano sujetándola por la cintura como si fuera a escaparse justo en este momento. Cuanto antes mejor, ya lo sabes.

Sus miradas se cruzan durante un instante y contengo un suspiro como si estuviera viendo una película romántica en la televisión. Se adoran, no tengo dudas de ello.

—No lleva bien la distancia entre nosotros —explica mi amiga con una chispa de emoción reflejada en sus ojos, acordándose que sigo aquí.

—Me alegro por vosotros.

Sé que podría decir mucho más, pero en mi garganta se agolpan un millón de palabras mientras proceso la información que acaba de estallar frente a mi cara. Antes de que pueda decir nada más, Leo vuelve a centrar su preocupación en mí, en lo que está pasando con Santi, yo resto importancia al tema. No quiero qué él sepa la verdad sobre la relación nefasta que tenemos.

Paso la tarde con ellos, comemos *pizza* y charlamos de cosas sin relevancia, hasta que Amalia debe marcharse, aún no ha preparado

su maleta. Mañana se va a Londres junto a mi familia y el deseo de acompañarlos me ahoga hasta que nos despedimos.

2

Traidor



La lluvia acompaña mis pasos de vuelta a casa. Es fina, apenas te da la sensación de estar mojándote, pero cuando entro en el portal noto como la humedad se ha adherido a la ropa y tengo el pelo chorreando agua. Subo por las escaleras hasta el tercer piso, abro la puerta y me quito la gabardina con rapidez tratando de apartar el frío de mi cuerpo. Es de mi madre, pero ya se la devolveré cuando esté seca. Después me descalzo, tengo los pies empapados, así que me deshago de los calcetines y me pongo las zapatillas.

La casa está a oscuras, apenas puedo ver. Llego al salón, pero, antes de que pueda accionar el interruptor de la luz, unas palabras me detienen. No he podido distinguirlas todas, pero mi nombre suena alto y claro. Sea lo que sea que ha dicho Santi provoca las risas de quién lo está escuchando. Noto cómo mi estómago se contrae ante esa situación.

Sé lo que está pasando, no es la primera vez; sí objeto de discusiones entre Santi y yo. Abandono el salón por el pasillo con sigilo, acercándome a la habitación de «juegos», acompañada de más risas y frases que ya logro entender. Me está despellejando sin piedad.

Me detengo a unos pasos de la puerta entornada y escucho porque una parte de mí no se cree lo que está diciendo. Quiero negarlo, quiero chillar y arremeter contra él, pero estoy congelada en el sitio, aterrada y profundamente herida. No son anécdotas o desencuentros, es un continuo *Club de la Comedia* a costa de todo lo que soy y lo que hago.

Risas, chascarrillos, mofas… el ambiente es distendido y él se va creciendo ante la aprobación de quién está viendo su directo.

No sé cuánto tiempo estoy ahí, flagelándome en esa toxicidad: conociendo a una Helena que no sé de dónde ha aparecido.

«¿Cómo puede quererme si piensa todo esto de mí?», reflexiono mientras trato de reaccionar, sin lograrlo.

—Y ya para rematar, en la cama…

Bloqueo mis oídos para no seguir escuchando, noto cómo se encienden mis mejillas mientras regreso sobre mis pasos hacia el salón. He estado media hora soportando lo que considera de alguien que solo se ha dedicado a amarle incondicionalmente, anteponiendo sus deseos y necesidades a los míos.

«¡Maldito seas!», grito en mi cabeza mientras mis ojos se inundan de lágrimas sin derramar.

Quisiera entrar ahí y desatar mi furia con tal fuerza que le daría la razón sobre todo lo que se ha inventado. No lo hago, no se merece las lágrimas de mis mejillas, la rabia de mi alma, ni el millón de insultos que le lanzaría sin piedad.

—Podría destrozarte —siseo entre dientes, con el corazón desgarrado, a punto de salirse de mi pecho.

Pateo los zapatos que aún no ha recogido hasta que quedan junto al televisor, mis ojos se posan en el aparato del *wifi* y, como si fuera empujada por algo, voy hacia allí, agarro el cable que lo conecta a la luz y lo desenchufo.

Uno, dos, tres segundos después, un grito de indignación sale de la habitación donde está el hombre que no merece ni una de mis

lágrimas.

Suelto el cable y voy con rapidez hacia la entrada, pero, antes de que pueda llegar a la puerta que separa los dos espacios, Santi llega corriendo, con el rostro desencajado.

Me mira, pero no repara en el estado en el que me encuentro, como si pudiera ver a través de mi cuerpo.

—Joder, estaba…

—¿Qué pasa?

No percibe el temblor de la voz ni la humedad de mis mejillas, no le intereso para nada. Se pone a trastear junto al aparato y lo conecta.

—El cable se ha desconectado. Mañana llamaré a la compañía, esto no es normal.

Quisiera tirarlo por la ventana a él, junto a su ordenador y todas las pertenencias que deja desordenadas por mi casa. Esa que solo limpió yo, pero él ensucia como si tuviera el Síndrome de Diógenes.

—Dijiste que ibas a recoger tus cosas y veo que siguen en el mismo sitio —digo cuando se dispone a irse sin ocultar la rabia que siento.

—Mañana lo hago, ahora estoy en directo.

—Santi, no podemos vivir en un estercolero.

Se gira, la molestia que le ha creado mi reproche se refleja en su rostro. Me mira con desdén, con ese odio apenas disimulado que jamás había percibido hasta este instante.

«¿Cómo he podido estar tan ciega?».

—Ya te he dicho que lo voy a hacer —responde con fastidio.

—¿Cuándo?

—Cuando tenga un rato. No es tan importante —en este instante parece que estoy frente a un adolescente imberbe y no delante de un hombre de casi treinta años.

«¿En qué momento me convertí en su madre?».

—¿Cómo que no? —estallo, agotada de lidiar con su inmadurez—. La casa está indecente, además estoy segura de que ni siquiera has guardado toda la ropa que sacaste este mediodía buscando una camisa.

Enrojece ante mi acertada suposición y mi rabia aumenta hasta niveles desconocidos para mí.

—No he tenido tiempo y sabes que estos días voy a estar liado, tenemos completo el restaurante.

—Hazlo ahora —ordeno o esa era la intención, pero él niega con la cabeza de forma frenética como si le hubiese pedido subir a la luna con una escalera.

—Ni lo pienses, estoy agotado y haciendo un directo, me tienen que dar un montón de diamantes. Hoy Sofía va a abrir el cofre —mira su reloj y sus ojos se agrandan con asombro—, quedan diez minutos, tengo que estar conectado ya. Mañana lo hago —se gira para marcharse—, o si no, siempre puedes hacerlo tú, estás de vacaciones —remata por encima de su hombro.

Antes de que pueda contestar se ha ido, dejando la discusión a medias, demostrándome que soy un cero a la izquierda para él.

No soy capaz de reaccionar hasta que oigo su voz amortiguada por la puerta, ahora cerrada. Saco un pañuelo de mi bolsillo y seco mis mejillas. Estoy aturdida y confusa, analizando una y otra vez lo que ha pasado.

Activo el modo automático, me doy una ducha caliente que intenta reanimarme. Enfundada en el pijama de franela gris voy a la cocina, hay nuevos platos en el fregadero junto al táper de la discordia y la sartén de las tortillas. Por supuesto, no ha pensado en mí, ni en mi cena. A fin de cuentas, solo soy la asistenta y la que lo sostiene económicamente cuando se mete en algún jaleo.

No me apetece cocinar, así que acabo cenando un vaso de leche con sus cereales de chocolate, tratando de quitarme el regusto amargo de su traición. No lo consigo, siento cómo este

descubrimiento corroe los últimos sentimientos que me quedaban por Santi.

«No pienso seguir así».



He pasado la noche sola. A las nueve de la mañana Santi entró en la habitación, bufó al ver que había tirado sus cosas al suelo la noche anterior para poder echarme a dormir e hizo todo el ruido posible para despertarme.

No me inmuté ante su falta de cuidado, no quería discutir con él. Seguí con mi mente sus pasos, luego se duchó y arregló, dejando el olor de su perfume por toda la casa. Volvió a entrar en la habitación, rebuscando entre sus zapatos hasta encontrar lo que quería y se fue.

Cuando oí el portazo, me levanté y observé el desastre.

No sé cuánto tiempo pasé sentada en la cama, con la espalda pegada al cabecero de madera y el cerebro colapsado con un mar de emociones que no podía procesar.

Estoy aturdida, molesta, herida, sintiendo que no merezco una relación que hace aguas junto a un hombre al que ya no le importo. Por lo que sea, en algún punto del camino, él se desenamoró y yo seguí aferrada a esos primeros años de dicha.

Escucho el sonido de una notificación en mi móvil, lo agarro y las palabras de Amalia me hacen llorar.

Es un simple: «¿Estás bien?» que contrasta con todo lo que estoy viviendo. Antes de poder calcular el impacto de mi respuesta, la llamo y, en cuanto descuelga, le suelto todo lo que pasó ayer entre lágrimas, con el corazón en un puño, incapaz de detener el torrente de desesperación que inunda mis palabras.

—No puedo más —aseguro con desesperación.

—Cariño, ha llegado el momento de darle la patada —dice con esa claridad que la caracteriza—. Santi no te merece. Quizás por un

tiempo funcionó, pero ya no. Es un narcisista.

—Lo sé, llevo justificándolo muchos meses y ya estoy agotada. No quiero seguir así —confieso, liberando una verdad que parece aliviar mi carga.

—Es un gran paso, Helena.

—Sí —sonrío por primera vez desde ayer—. Solo tengo que encontrar el momento de decírselo. No puedo hacerlo ahora, tiene demasiado trabajo, en unos días es Navidad y…

—¿Qué piensas hacer?, ¿jugar a la novia del año?, ¿seguir recogiendo su desastre?, ¿perderte unas buenas navidades por no perturbar a quién no merece ni un segundo más de tu tiempo?

—Respira, Amalia —digo con cariño—. Las cosas hay que hacerlas con cabeza y yo no quiero presionarlo ahora. Además, mis padres y vosotros os vais a Londres hoy. Mi hermana ni siquiera está en España y…, no quiero celebrar estas fiestas en soledad. No creo que pudiera soportarlo.

—Vente con nosotros.

—No creas que no lo he pensado, pero no hay ni un solo asiento libre en los vuelos hasta el día dos de enero y para entonces no tiene mucho sentido ir a Londres. Me quedaré aquí, fingiré que todo está bien un poco más, me he vuelto una experta en este último tiempo.

—Tiene que haber una solución, amiga —afirma con un deje de rabia en la voz.

—No, también miré la posibilidad de ir a Madrid y volar desde allí, pero me parece demasiado caro. No me compensa. Gracias por preocuparte por mí, pero estaré bien aquí.

Me despido de Amalia, tras otros diez minutos en los que trata de convencerme de cualquier manera posible, y la quiero un poco más por ese deseo de ayudarme. Es demasiado bonita y soy muy afortunada por haber tropezado con ella en nuestra etapa de instituto. Después estudiamos la carrera de Magisterio juntas,

apoyándonos en los momentos difíciles. Se convirtió en una hermana para mí y dentro de poco, lo será de verdad.

Me levanto de la cama con el ánimo un poco mejor, desahogarse con alguien siempre ayuda a sentir la carga emocional un poco menos pesada.

Trato de no fijarme en el desastre de casa en el que vivo. Voy a la cocina, busco mi taza de desayuno y la encuentro en la pila de cosas por fregar, Santi la ha usado otra vez. Resoplo y la lavo porque es una de mis manías: desayunar siempre en esa taza que me regaló mi hermano hace un año.

Es una bobada, soy consciente de ello, pero me hace sentirlo un poco más cerca de mí y alivia esa sensación de pérdida que me quedó tras su marcha a Londres. Santi lo sabe, lo he compartido con él, en el armario hay otras veinte tazas que puede usar a discreción, pero cuando está molesto conmigo, parece disfrutar sabiendo que voy a enfadarme por ese detalle.

Mientras la leche da vueltas en el microondas, cojo el libro que estoy leyendo y lo pongo sobre la mesa de la cocina. Necesito distraerme un poco o voy a volverme loca.

Unos minutos después, mientras como cereales de chocolate y estoy perdida en una historia de brujas que me tiene muy intrigada, escucho que alguien abre la puerta de casa.

Santi ha regresado, se acabó la paz. Mi cuerpo se tensa ante la batalla que está a punto de desatarse y sigo leyendo, sin apenas ver las letras, ni entender lo que pone, como si la niebla estuviera instalada entre el libro y mis ojos.

—Buenos días.

Alzo la cabeza aturdida, sin saber qué hace Leo aquí.

—Hola —respondo con ese deje de timidez, que no tenía con mi hermano desde que ambos éramos críos—. ¿Qué haces aquí? Me ha dicho Amalia que os vais en unas horas a Londres y…

—Vengo a buscar a mi hermanita. Te vienes con nosotros.

3

Resiliencia



Observo la imponente figura de Leo en el vano de la puerta, está con los brazos cruzados. Escanea la escena que tiene frente a él con gesto serio y noto como se enrojecen mis mejillas de vergüenza. Coloco el marcapáginas y cierro el libro, me levanto y soy consciente de que mi imagen descuidada está en consonancia con el desastre que hay en mi hogar.

—Amalia me llamó después de hablar contigo —explica con cariño—, está preocupada. Yo también y nuestros padres…

—Dime que no se lo has contado, por favor.

—No, aún no —no es una amenaza, pero suena como si lo fuera —. ¿Por qué estás permitiendo este atropello, Helena?

—No es tan horrible como parece —lo excuso como hago siempre —. Está semana decidí que no iba a recoger sus desastres y, bueno, él no ha tenido tiempo.

—¿Lo estás justificando?

—No, es solo que no quiero que te lleves una mala impresión de él. Yo…

—Helena, tienes ojeras y los ojos hinchados —enumera con rabia —. Has estado llorando toda la noche por un ser que no te merece. Amalia me pasó su perfil de esa red social en la que hace vídeos —

noto como mis mejillas enrojecen—. El muy imbécil tiene el último directo guardado. No he soportado ni dos minutos escuchando cómo te criticaba. ¿Quién se cree que es para hacerte eso?

Mis ojos se humedecen. Jamás hubiese querido que Leo supiera lo que pasaba, menos que hubiese un testimonio gráfico de mi vergüenza, pero la realidad ha caído por su propio peso y ya no puedo taparla con dosis de excusas.

—No sé cuándo empezó a torcerse lo nuestro.

—¿Qué vas a hacer? —cuestiona con tal intensidad, que no puedo ignorar la sutil respuesta que hay implícita en sus ojos grises.

—Se acabó. Cuando pasen las fiestas hablaré con Santi, esto no tiene sentido.

—¿Por qué no ya? —insiste con la tenacidad que hay en él, no en vano es abogado y de los mejores—. No tienes necesidad de esperar, ni de pasar estos días con gente que nunca te ha considerado suficiente.

—No quiero amargar las fiestas a nadie. Vosotros os vais, no creo que haya nada más triste que pasar las Navidades sola —respondo sin ganas de seguir hablando sobre el tema.

Me encojo de hombros y le doy la espalda, voy hacia el fregadero dispuesta a pasar la mañana adecentando la casa. Abro el grifo y antes de que pueda tocar el agua, Leo se aproxima a mí y pone en mi mano un papel doblado en cuatro.

—¿Qué es esto? —pregunto sin entender su gesto.

—Ábrelo.

Le hago caso, desdoblo el folio con cuidado reverencial y me encuentro con algo que no esperaba. Releo el documento dos veces, buscando el error y, al final, levanto la cabeza hacia el que tiene todas las respuestas.

—Jamás te hemos dejado fuera de ningún viaje. Desde que conociste a Santiago has ido alejándote de nosotros, pero siempre hemos contado contigo, por si algún día volvías.

No puedo hablar, estoy haciendo un esfuerzo inhumano para no echarme a llorar de nuevo. Sé que lo que afirma es cierto, sin embargo, ese distanciamiento no lo he hecho de forma consciente, tan solo trataba de agradar a mi pareja.

—Es tu billete de avión —corrobora como si fuera necesario—. Es tuyo, a tu nombre y el vuelo sale en unas tres horas. No te voy a obligar a que hagas lo que no quieres, pero creo que, si ya has decidido abandonarlo, no tienes que sacrificar las fiestas por él. No se merece ni un instante más de tu tiempo.

—No está en casa, ni siquiera puedo decírselo.

Detengo mi excusa, estoy harta de ponerlas, de colocar sus sentimientos por delante de los míos. Él me ha dejado de lado muchas veces: ha ido a eventos familiares sin mí porque no estaba invitada, ha traído a gente a casa sin que yo estuviera de acuerdo. «¿Y yo voy a seguir fastidiándome la vida?».

Es un canalla, yo una tonta por haber consentido esto.

—Voy a hacer la maleta, pero… —miro a mi alrededor y me estremezco al ser consciente de lo mal que está todo—, ¿podrías esperarme abajo? La casa está hecha un asco y me da bastante vergüenza.

—Está bien, te espero abajo, tienes media hora. Ni un minuto más, así que no se te ocurra ponerte a recoger.

Se acerca a mí y me da un beso en la frente, haciendo evidente nuestra diferencia de altura. Por un instante, vuelvo a ser una niña pequeña de rizos castaños y rebeldes que necesita que la protejan, y Leo es mi eterno salvavidas.

Lo veo salir de la cocina y, cuando escucho el clic de la puerta al cerrarse tras él, vuelo a la habitación. El descontrol que me asalta cuando entro enciende mi rabia. Cojo la montonera de ropa del suelo y, en un arrebato, la llevo al salón y la dejo en el centro, después cojo todo lo que hay tirado en el salón y lo coloco en el mismo montón.

Pierdo cinco minutos recolectando todo lo que hay tirado. La montaña impresiona y viene a demostrar que, en una semana en que he dejado de recoger sus cosas, Santi es capaz de convertir un lugar ordenado en una cuadra llena de mierda.

Sin dejarme llevar por el victimismo, vuelvo a mi habitación, saco la maleta de debajo de la cama y en quince minutos la tengo llena de todo lo que voy a necesitar para el viaje. Cojo el pasaporte y lo meto en el bolso negro, después salgo de allí rumbo a la entrada.

Estoy a punto de marcharme cuando recuerdo un detalle: no se lo he comunicado a Santi, regreso a la cocina y le escribo una carta de despedida. Antes de pegarla en la nevera, la abro y saco todo lo susceptible de estropearse. En realidad, lo único que dejo allí son las salsas y unas latas de cerveza de Santi, todo lo demás lo meto en varias bolsas de compra.

Estoy siendo mala y desconsiderada, pero cada una de esas bandejas de carne, cada blíster de fiambre, cada cosa que hay ahí me pertenece y no quiero que se beneficie de ello.

«Ya tienes algo más que contar a tus seguidores».

Salgo al rellano, en una mano llevo las bolsas de compra que pesan bastante y en la otra la maleta gris. Cierro la puerta con llave y bajo en el ascensor a la primera planta.

Mara, mi vecina, abre con su bebé en brazos y un gesto de disgusto en la cara. No lo está pasando bien desde que el marido la dejó y hemos generado una amistad.

—Venía a despedirme. Me voy unos días y…

—¿Te vas a Londres? —asiento ante su pregunta y su rostro cansado se ilumina—. Me alegro mucho por ti. Disfrútalo como si yo fuera contigo.

—Cualquier día de estos lo haremos realidad —señalo, anotándolo en mi mente, pues quiero cumplir con esta promesa—. No podía irme sin despedirme. Además, te he traído unas cosillas que te ayudarán.

Antes de que pueda reaccionar paso por su lado, voy a la cocina, dejo sobre la mesa lacada en blanco las bolsas y vuelvo a salir. Todo ante su mirada de estupor. Le doy un abrazo y le hago una carantoña a su bebé.

—Si necesitas algo más, llámame, aunque esté estos días fuera, cuenta conmigo.

—Eres un ángel, Helena.

—Te veo a la vuelta. Mi hermano está esperándome y no es el rey de la paciencia. ¡¡Feliz Navidad!!

Me despido con una gran sonrisa en el rostro y vuelvo a sentir que empiezo a ser yo, no la extensión ni la sirvienta de nadie, solo yo. Una joven con muchas ganas de crecer, de seguir avanzando en su vida, de disfrutar.

Leo ya me está esperando en el portal, sin duda cansado de estar en la cafetería. Agarra el asa de mi maleta con ruedas y me da la mano. Desde lejos parecemos una pareja, pero ir así, agarrada a él es como volver a ser solo esa niña que pasaba las tardes persiguiendo a su hermano para jugar.



Antes de que pueda pensar qué estoy haciendo, me veo sentada en el avión, al lado de Amalia, estamos a punto de despegar. Tengo el estómago encogido por los nervios, hace muchos años que no vuelo. Siento la mano de mi amiga sobre la mía y noto como me tranquilizo al instante.

—Gracias —digo mirándola y, a cambio, recibo su sonrisa.

—Sabes que siempre voy a estar para ti —afirma con esa serenidad que la caracteriza.

—Debería agradecerte tantas cosas.

No puedo seguir hablando, tengo un nudo en la garganta que me lo impide.

—Descansa, creo que te vendría bien dormir un poco.

Las indicaciones de la azafata interrumpen nuestra conversación. Las escuchamos aún con las manos entrelazadas y, tras el despegue, observo por la ventanilla, mientras mi cabeza se dedica a pensar en los posibles escenarios que sucederán cuando Santi descubra mi decisión.

La tenue luz de una vela iluminaba la cuna vacía. Donde debía estar su tercer hijo, no había más que aire, dolor y rabia.

Grace estaba sentada en la mecedora, mirando sin ver, regodeándose en la pérdida que había sufrido. Tratando de recomponer su corazón herido mientras escuchaba las risas de sus hijos en el cuarto de juegos.

Era tan doloroso, una parte de ella quería desaparecer, acompañar a su pequeño, pero, la otra parte, le recordaba de forma insistente que tenía mucho por lo que luchar.

Cuando Liam McAlister apareció en el vano de la puerta buscándola, una media sonrisa asomó a sus labios. Amaba esos ojos grises que la miraban con adoración.

—Querida, ¿estás preparada? Debemos partir, nos están esperando —le recordó él, sabiendo que el luto de su mujer aún no había terminado, pero no podían seguir ignorando las invitaciones de su hermano y su cuñada.

—Sí, tan solo…

Su voz se quebró en mil pedazos. La herida supuró y las lágrimas inundaron cual torrente sus mejillas. Liam ingresó en la recámara de su hijo, esa que habían preparado con esmero, pero que nunca llegaron a usar con él.

Se colocó frente a ella y le ofreció su mano para ayudarla a levantarse. Grace no dudó ni un segundo en acoger su gesto.

Se abrazaron sin pronunciar palabra, compartiendo la aflicción que corría por sus venas. La sostuvo junto a su

pecho, con la certeza de que juntos superarían aquel horrible padecimiento que estaban atravesando.

Sobraban las frases elocuentes en aquel instante en que su mundo se había derrumbado. Tres meses no eran suficiente para lamentar la pérdida de uno de sus vástagos.

Despierto sobresaltada y con el corazón encogido ante aquel nuevo sueño. Es extraño, puedo sentir cada una de sus emociones como si me pertenecieran, y estoy sobrecogida ante el dolor tan inmenso como el que he presenciado.

Repito la escena en mi mente mientras me asalta una idea insólita e imposible: esas dos personas son importantes. Hace tiempo que he descartado que sean fruto de mi imaginación, ni siquiera que esté recreando lo que leo. Los sueños son nítidos, siempre de las mismas personas, como si fuera testigo de su pasado.

No soy precisamente muy creativa y cada escena tiene un montón de detalles marcados dentro de un estilo victoriano, pero siempre son los mismos. Los tapizados coinciden una y otra vez, las esculturas, el acabado de los muebles. Durante meses fui apuntando los detalles que recordaba y, al releerlo más tarde, todo coincidía.

Solo tengo una explicación ilógica, una teoría irreal alimentada por mi deseo de descubrir qué significan aquellos encuentros oníricos, pero que aún no me atrevo a pronunciarla en voz alta.

No soy consciente de que he llorado, hasta que Amalia me ofrece un pañuelo, acompañado de una sonrisa.

—¿He montado un espectáculo? —pregunto con un gesto de contrariedad en mi rostro.

—Nadie se ha dado cuenta, salvo yo.

—Gracias, cariño.

Me seco las mejillas y miro la hora en el reloj, aún quedan cuarenta minutos para llegar.

—Quería habértelo dicho antes —suelta Amalia sin anestesia ni preparación ninguna—. Un día por otro no encontraba el momento de hacerlo, me fui enredando en el silencio y en el miedo de que no te pareciera bien.

—¿Por qué habría de reaccionar así? —cuestiono con curiosidad.

—Sé lo que quieres a Leo y yo sentía que te estaba traicionando. Una parte de mí estaba confusa y…

Cojo su mano y ella detiene sus palabras, el miedo se refleja en sus pupilas marrones, tan parecidas a las mías.

—No podría enfadarme porque te hayas enamorado de él. Te entiendo muy bien. Eres mi amiga, él mi hermano, os adoro a los dos y me alegra que os hayáis encontrado, aunque aún no se bien cómo fue.

Sus mejillas se tiñen de rojo y uno de sus mechones negros se escapa de la trenza que lleva. Me preparo para escuchar su historia mientras mi intuición grita que yo soy el punto clave de ella.

—¿Te acuerdas de las dos noches que pasaste en casa en marzo de este año?

Asiento con la cabeza recordando el enfrentamiento que tuve con Santi, se casaba su hermana mayor y no estaba invitada. Algo dentro de mí se enervó, podía entender que me apartasen de ciertos eventos, pero ¿de una boda? Me parecía un gran desprecio, y así se lo hice notar a él, pero como siempre no me quiso entender.

—Me quedé preocupada por tu situación, sobre todo después de que perdonaras a Santi. Parecía que lo hacías casi por obligación. Fue tan difícil dejarte ir que…, recordé que Leo estaba en Santander, así que fui a buscarlo a casa de tus padres y me desahogué con él.

—Recuerdo que me llamó al día siguiente de volver a casa con Santi, trató de sonsacarme información y me enfadé con él. No entendía por qué me hacía esas preguntas.

—Lo sé. Tu negativa a contarle lo que pasó fue lo que motivó que comenzáramos a hablar con asiduidad —continua explicando mi

amiga—, se volvió casi una rutina y poco a poco, sin pretenderlo, en nuestras charlas comenzaron a colarse temas que no tenían que ver contigo, pero llenaban horas de videollamada.

—Eso sí me lo contaste —señalo rememorando su entusiasmo al hablarme de ese chico: mi hermano.

—Empecé a sentir mariposas en el estómago, a esperar sus llamadas, a desear estar a su lado. En el puente de mayo me fui a Londres, me presenté en su casa y le besé sin su consentimiento.

A medida que avanza su historia, voy sorprendiéndome con su audacia. Amalia no es una persona impulsiva, pero sí la mejor amiga que podría tener, capaz de saltarse todas las reglas con tal de protegerme; incluso de mis malas decisiones.

—Digamos que yo lo llevaba esperando desde abril.

Nos giramos las dos y miramos a Leo por el hueco de los asientos, se nos había olvidado que estaba ahí, escuchando toda la conversación.

—No sabía cómo cruzar esa barrera —añade mi hermano sin un ápice de duda—. Amalia me lo puso fácil.

Mi amiga se ruboriza ante las palabras de Leo y yo sonrío, porque su felicidad es tan radiante que deslumbra.

—Al menos mis malas decisiones han servido para que os juntarais. Me alegro mucho por vosotros.

—Encontrarás a alguien que te merezca.

Exhalo un suspiro y, de inmediato, recibo dos miradas inquisitivas.

—No sé si me atreveré a dejar entrar a alguien en mi vida otra vez —respondo a esa pregunta que ha quedado flotando en el ambiente—. Una parte de mí aún está enganchada a Santi, no han pasado ni veinticuatro horas desde que tomé la decisión y…

A medida que voy hablando, la angustia se va instalando en mi pecho, así que me detengo e intento respirar con calma, sin mucho éxito.

—Helena, tiempo al tiempo —dice Amalia tomando mi mano entre la suya con gesto de preocupación—. No tienes prisa, pero si llega alguien especial no le cierres la puerta porque Santi haya salido rana.

—Solo le ha faltado croar.

La ocurrencia de Leo, hace que Amalia y yo estallemos en risas, justo lo que necesitaba para aliviar la tensión del momento. Como siempre mi hermano al rescate.

4

Revelación.



Bajamos del avión en orden y cruzamos un larguísimo pasillo acristalado hasta llegar a la salida. El bullicio en el aeropuerto es sobrecogedor. En cuanto salimos de la terminal, el ir y venir de gente se vuelve una estampa constante adornada con los diferentes árboles de navidad, inmensos y encendidos, que parecen recordar a sus viajeros la época del año en la que nos encontramos.

Esbozo una sonrisa, mientras sigo a Leo que, junto a mis padres, buscan la cinta transportadora de equipaje. Cuando llegamos a ese lugar, Amalia va a buscar un carro y yo saco el móvil. Ni siquiera recuerdo haberlo apagado, pero no puedo eludir más este momento.

Lo enciendo. En cuanto meto la clave la pantalla se llena de notificaciones de mensajes y llamadas perdidas. Un estremecimiento recorre mi columna vertebral. No necesito abrirlas para saber que todas tienen nombre propio. Como si lo hubiera invocado con la mente y, antes de que pueda leer ni uno de los mensajes, el nombre de Santi aparece en la pantalla junto a su foto.

Siento como todo mi cuerpo se paraliza. El sonido del móvil se vuelve estridente, pero soy incapaz de contestar hasta que aparece Leo junto a mí y me anima a descolgar la llamada.

—¿Estás segura de tu decisión? —pregunta mi hermano al verme dudar.

—Por supuesto, pero esto va a ser muy desagradable y no quiero que se enteren así.

Leo asiente y mientras una nueva llamada de Santi me acosa, va hacia nuestros padres. No sé qué les dice, pero veo como poco a poco se instala en los amables rostros de mis progenitores un rictus de preocupación. No quiero herirlos con mis decisiones. Jamás he pretendido esto, pero siento que les va a salpicar y eso frena mis impulsos.

Ambos mueven la cabeza afirmativamente y, junto a Amalia, se apartan un poco de nosotros. Leo regresa a mi posición, el teléfono vuelve a sonar sin descanso, reiterativo e insistente hasta el extremo. Jamás me ha llamado con tanta necesidad de hablar conmigo, sin lugar a duda ya ha leído la nota y tiene que estar que se sube por las paredes de la rabia.

—Ya estamos solos. Sé que no es agradable, que no quieres hacerlo, pero no puedes dilatarlo más, Helena —tiene tanta razón que no encuentro nada para rebatirlo—. Ha llegado el momento y no estás sola, estoy aquí por si me necesitas.

—Vamos con ello —inspiro hondo, buscando en mi interior una calma que no existe.

Antes de que la cordura o el miedo vuelvan a refrenar mis movimientos, descuelgo el móvil.

—¿Sí?

—¡¿Dónde estás?! —vocea Santi tan alto que incluso Leo arruga la frente, indignado, no he puesto el altavoz y le oye sin problema—. Has creado un desastre en casa y crees que todo se explica con una nota de cuatro líneas que, para colmo, no tiene sentido.

—No he sido yo la que ha dejado toda tu ropa tirada por la casa —contesto reaccionando a su ataque con mi propia ira como bandera—. Todo ello lo has ido acumulando tú durante una semana,

aquí y allá, dejando mi casa hecha una mierda, esperando que yo lo pusiera en orden.

—Lo has puesto todo en una montaña en el medio del salón. Los playeros estaban llenos de barro y coronaban tu obra maestra.

A mi hermano se le escapa una sonrisa imaginándose la escena.

—Y no lo he quemado porque no me daba tiempo a controlar el fuego —señalo con ironía—, pero me he quedado con las ganas de hacerlo.

—¡¿Qué demonios dices?! —chilla y me estremezco, pues jamás lo había visto tan encolerizado—. ¿Acaso te estás escuchando? Es como si hubieras enloquecido, Helena. Vuelve ya y recoge esto o…

—Se acabó Santi —corto su diatriba antes de que me amenace—, he tomado una decisión y es lo mejor para ambos. No quiero seguir contigo.

—¿Crees que me vas a dejar con una nota de mierda? —escupe con el desdén dibujado en cada sílaba—. Dime dónde estás. Bueno, ¿qué pregunta más absurda? Refugiada en casa de tus padres, ¿no? La niña buena regresando al redil, siempre la misma mierda.

Leo aprieta los puños a medida que va escuchando los gritos de Santi y sus desafortunadas palabras. Se está enfadando, lo sé y no es para menos, pero este tipo de ataques llevo sufriéndolos un año, ya ni me sorprenden.

—No estoy allí —contesto sin ganas de darle explicaciones. Lo nuestro es historia, él lo dejó morir con su indiferencia y maltrato.

—¿Te crees que soy idiota?

Estoy segura de que se le está hinchando la vena del cuello en este instante, su voz desprende un odio tan atroz que me sorprende no haber sido consciente de él hasta ahora.

—Estoy en Londres, acabamos de aterrizar y voy a pasar aquí las Navidades.

El silencio se instala entre los dos. Está asimilándolo, imagino que tratando de buscar cómo hacerme sentir mal y culpable, por hacer

por primera vez en seis años lo que de verdad me apetece.

La mirada de Leo se cruza con la mía, es tan elocuente que me cuesta sostenerla. Está enfadado y aterrado por cómo me está hablando Santi. Sé que voy a tener que darle explicaciones cuando estemos en algún lugar tranquilos.

—Lo siento —digo a mi hermano sin pronunciar sonido alguno.

—Ya hablaremos —contesta en un murmullo.

—¡¡¿Con quién cojones estás, Helena?!!

El chillido de Santi consigue hacerme saltar, está desatado.

—Santi, yo…

—¡Eres una zorra! Ya me lo decía mi madre, que no me querías, que solo estabas conmigo por mi dinero y…

Se me escapa una carcajada pues jamás ha tenido una situación tan boyante como para quererlo por interés. No se toma a bien mi risa y comienza a insultarme sin piedad.

—Santi, por favor, yo… —trato de frenar su aluvión de insultos, pero sé que no me escucha, que está enredado en su odio y no es capaz de contenerse.

—Maldita seas, Helena. No mereces que nadie te quiera.

—Santi, será mejor que te calles.

Leo me ha quitado el móvil con firmeza, pero sin hacerme daño. Lo agarra con tanta fuerza que temo que lo parta en dos.

—No te voy a consentir que sigas insultando a mi hermana, eres un maldito idiota que te pensaste que tenías una esclava en vez de una mujer a su lado. Jamás debí consentir esta relación.

—Tío, yo…

—Cállate —ordena con un tono de voz que es imposible eludir—, no te la mereces. Te ha sacado las castañas del fuego mil veces, ha pagado multas e historias varias que solo te correspondían a ti. Ha aguantado que no la defendieras con tu familia y, lo peor de todo, has sido desleal con vuestra relación.

—Yo no voy sonriendo a otras, ni hablando chorradas con otros profesores —dice con ese dañino que tan bien conozco.

—No, solo te dedicas a burlarte de ella con desconocidos. Eres lo peor que le ha pasado a mi hermana en esta vida, pero, por suerte, ha abierto los ojos y te ha pegado la patada que te mereces.

Por un instante, no escuchamos nada más, han cesado los gritos, los insultos y los comentarios hirientes. Nos miramos sin saber si colgar la llamada o esperar un poco más.

—No pienso irme de mi casa —afirma Santi con rotundidad rompiendo el silencio incómodo.

—¿De verdad crees que eso es una posibilidad? —contesta Leo con una gran rapidez verbal.

—Este es mi hogar. Pásame a Helena, es con ella con quién tengo que hablar.

—Recoge tus cosas hoy mismo —exige mi hermano enfundándose el traje de abogado—. Ya a ser posible, porque cuando menos te lo esperes, van a ir a retirarte las llaves y comprobar que no hayas destrozado nada. No te interesa tener más problemas.

Antes de que Santi pueda responder se oye el timbre de la puerta.

—Pero, ¿cómo es posible? Yo… —balbucea Santiago. De fondo, se oyen unas voces e imagino de quien son: los amigos de mi hermano—. ¿Qué hacéis aquí?

—Ayudarte con la mudanza.

Es Marcos, el mejor amigo de Leo desde que ambos iban a la guardería, ahora un experto en artes marciales y defensa personal.

—No… Yo no me voy… Esta es…

—Recoge ahora o te irás sin nada.

No es Marcos el que habla, sino otro de los amigos de ellos, pero no llego a reconocerlo.

«¿Cuántos se abran presentado en la operación liberarme de un mal amor?»

Me pierdo en mis elucubraciones. Solo salgo de mi estupor cuando Leo pone el teléfono en mi mano. Santi ya no está al otro lado de la línea, sino a mil cuatrocientos kilómetros lidiando con un grupo de hombres fieles a mi hermano, dispuestos a echarlo de la casa que hemos compartido durante los últimos dos años.

Una parte de mí se siente culpable por haber hecho esto tan difícil. Debí quedarme, hablar con él, hacerle entender que ya no estábamos bien juntos; eso hubiese hecho una persona racional y coherente. Sin embargo, la otra parte siente como si hubiera soltado una gran carga a un lado.

Llevo un año sosteniendo algo que no tenía futuro, que estaba herido de muerte, que se iba deteriorando con cada mal gesto, con cada comentario hiriente, con todo el desamor que Santi me otorgaba cada día.

Estoy aturdida, tanto que, cuando Leo me abraza, tardo unos segundos en rodearle con mis brazos. Antes de hacerlo ya estoy llorando por lo que fue y no pudo ser, por el tiempo perdido, por los planes aplazados y por la sensación incómoda de que lo di todo por alguien que no lo merecía.

—Estás en casa, hermanita.

Sus palabras, junto a su mano en la mía, me acompañan de vuelta hacia mis padres. No soy capaz de hablar, menos cuando mi madre toma el relevo a Leo, encerrándome contra su pecho para secar las lágrimas que recorren mis mejillas.

No se hacen una idea de cuanto agradezco que estén a mi lado en este momento y, aunque lamento que mi decisión pueda herirlos, sé que era lo único que podía hacer.

«Adiós, Santi».

La despedida sabe amarga, tiene un regusto a desazón y tristeza que se instala en mi corazón, acompañándome en el camino que nos llevará a esa casa que me vio crecer de verano en verano.

Mi padre ha alquilado un coche, sin pretenderlo acabo sentada entre Leo y Amalia, mientras recorremos el espacio que separa el aeropuerto London Stansted y la casa de mis tíos. De vez en cuando mis ojos se desvían al teléfono, enciendo la pantalla buscando un nuevo mensaje hiriente por parte de Santi, pero no hay nada.

—He bloqueado su número —me informa Leo, tras media hora de incertidumbre y espera.

La adolescente rebelde que habita en mí quiere rebelarse, ante esa decisión unilateral que solo yo podía tomar, sin embargo, no me dejo llevar por esa emoción, sé que lo mejor es borrar cualquier posibilidad de contacto.

—Tiene que estar furioso y… —añade mi amiga entrelazando sus dedos con los míos.

—No voy a consentir que te vuelva a insultar.

Mi padre suelta un gruñido desde el asiento de delante ante la afirmación de Leo.

—Hay una parte de todo esto que es culpa mía —suelto de sopetón sin apenas pensar en las reacciones que pueda ocasionar verbalizar lo que llevo rato pensando—. Quizás no debí venir, hubiese sido mejor que yo me enfrentara a él después de las Navidades y…

—Si vuelve a faltarte al respeto, seré yo quien intervenga.

Me estremezco ante la advertencia de mi padre, puedo asegurar que nadie en su sano juicio querría enfrentarse a él.

—Ya ha acabado todo —dice Amalia con cariño y gesto preocupado—. No podemos cambiar cómo han sucedido las cosas, pero, si me permites opinar, no te merecías otras Navidades desdichadas. Adoras estas fiestas y ¡estamos en Londres!

Su felicidad es contagiosa.

—Tienes razón. Santi es pasado y, aunque sé que me va a costar un poco cerrar ese capítulo de mi vida, ya está hecho. Cada uno por su lado.

Sé que no engaño a nadie con mi tono pues la tristeza está impregnada en mi voz, pero parece que el enfado se disipa y eso lleva a una animada conversación entre mis padres.

Siempre he admirado la sintonía que tienen, se aman y nos adoran por encima de todo. Solo hay un nubarrón sobre la cabeza de mi madre: no poder vivir en Londres. Ella es inglesa y el amor hacia mi padre fue el que la llevó a acabar viviendo en Santander, pero sé que añora su tierra, su familia y su vida aquí.

Me ponen al día de los planes que han hecho para estos días, son muchos y abrumadores, pero me contagio de su entusiasmo y los escucho atentamente, hasta que llegamos a la casa de mi familia materna.

A medida que la fachada aparece frente a mí, con sus ladrillos rojo oscuro y la robusta puerta de madera con columnas a los lados voy perdiendo la capacidad de respirar. No puedo apartar la vista de esa visión.

«¿Por qué te había olvidado?». Parece que la estoy viendo por primera vez, lo cual es absurdo, pues incluso he pasado temporadas de vacaciones en ella.

Cuando mi padre aparca salgo del coche sin pensar, concentrada en lo que tengo frente a mí. Es espectacular. Está bordeada por una verja de hierro perfectamente pulida. Estoy a punto de rozar con mis pies el camino de baldosas blancas que lleva hasta la entrada cuando una visión que no esperaba me detiene abruptamente.

Parpadeo dos veces sin creer lo que tengo enfrente. Son ellos, los protagonistas de esos sueños que me estremecen cada noche desde hace un año y medio.

Es absurdo, pero a la vez una realidad que no puedo negar. Están ahí, observándome solo a mí con sus manos entrelazadas, elegantemente ataviados con trajes de otra época, etéreos. Casi podría jurar que sus pies no rozan el suelo. Parecen… ¿Irreales?

No es posible que mi mente esté jugando a este peligroso juego por azar. No tiene sentido alguno y, sin embargo, es tan real que me

paraliza el tiempo suficiente como para que la desazón que siento sea evidente para mi hermano. Él se acerca preocupado y trata de traerme de vuelta.

Estoy a punto de romper la conexión visual, cuando el hombre abre la boca, como si quisiera decir algo importante. Tengo que hacer un gran esfuerzo para no pronunciar palabra. ¿Cómo puedo explicar lo que estoy viviendo? Mientras formaban parte de mis sueños era sencillo, pero verlos delante de mí…

No sé qué quería decirme ese hombre, pues Gabrielle, mi prima esbelta de cabellera rubia y sonrisa sempiterna, se interpone en mi campo de visión y me abraza con una efusividad impropia de su origen inglés.

—No sabes cuánto te he extrañado, me tienes muy abandonada.

—Yo también —contesto en un balbuceo mientras me obligo a devolverle el gesto de cariño.

Cuando nos separamos puedo ver preocupación en sus ojos grises, esos que siempre quise haber heredado. Está bella, delicada y sofisticada, enfundada en un traje de chaqueta negro que la envuelve con gran elegancia.

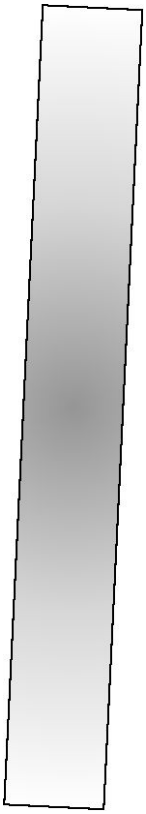
No me pasa desapercibido como busca la mirada de Leo, que sigue a mi lado. Como si se entendieran y yo me hubiese perdido la explicación, Gabrielle asiente y toma mi mano con la suya.

—Gracias —escucho a mi hermano y veo como vuelve sobre sus pasos, hacia el coche para seguir llevando maletas.

—Creo que estás agotada, prima, te llevaré a tu habitación. Tenemos muchos días para estar juntas.

No discuto, no hablo, solo me dejo llevar por Gabi, mientras trato de encontrar de nuevo al motivo de mi zozobra sin éxito. No vuelven a aparecer y mi mente me lanza preguntas que no sé responder:

«¿Quiénes son?, ¿por qué puedo verlos?, ¿estoy enloqueciendo?».



5

21 de diciembre.

Sombras



No soy consciente de cuánto he dormido hasta que me estiro desde la cama, alargo la mano hacia la mesilla y cojo el móvil: las doce de la mañana.

«¿Cómo es posible?».

He dormido más de dieciséis horas y, aunque noto que mi cuerpo ha descansado, también tengo la sensación de que podría dormir otras dieciséis más. Ha sido una noche sin sueños que me despertaran llorando, sin voces ni murmullos de Santi a altas horas de la mañana haciendo directos hablando de cosas sin importancia.

Estiro el cuerpo y oigo cómo crujen algunos huesos pequeños de mis pies.

—Es hora de levantarse —digo en voz alta para animarme.

Me cuesta llevar a cabo esa acción, así que cojo el móvil y reviso las redes sociales. No he terminado de poner la contraseña cuando encuentro la cara de Santiago con gesto compungido y un video que, intuyo, no va a ser de mi agrado.

No tiene desperdicio, ni sentido reproducirlo. Es una oda al victimismo y a la falta de autocrítica que enciende la rabia que aún

conservo dentro de mí. Debería contestarle, dejarle en evidencia, estrujar cada una de sus mentiras y demostrarle que no tiene razón, pero después de escribir toda una parrafada, la borro.

No es mi juego y no pienso entrar en él.

Solo tengo redes sociales para compartir cosas que nadie podría usar en mi contra, alguna foto de un paisaje bonito, frases que me motivan… nada que pueda hacer que pierda mi credibilidad como maestra, ni que suponga un problema a largo plazo. Siempre he cuidado mucho mi huella digital, incluso cuando era adolescente. Si entro en su partida y le contesto, tan solo lograré poner un foco en mí que no deseo. No es mi guerra y decido mantenerme al margen, pues, diga lo que diga, voy a ser la mala de la historia.

Cierro la aplicación, ya he tenido suficiente información por hoy, por lo que aparto las gruesas mantas y bajo de la cama. El suelo es de madera y al pisarlo noto la calefacción radiante. Es agradable y una mejora que dudo que tuvieran en la época victoriana. En la habitación aún se conserva la chimenea. Ya no se usa, pero mis tíos decidieron dejarla ahí al igual que en el resto de las habitaciones, para no alterar la estética de la casa. Sin duda un acierto, es como si estuvieras en otra época.

Una corriente de aire eriza la piel de mi brazo derecho. Me giro, buscando un motivo. La ventana está cerrada al igual que la puerta, es imposible que haya corriente, pero la he sentido, ha sido real y extraña.

Trato de hallar la lógica, sin lograrlo.

—A la ducha —murmuro, necesito empezar a funcionar.

Rebusco en la maleta y saco la ropa para hoy: unos vaqueros azul oscuro y un jersey granate de cuello alto, nada demasiado rebuscado para un día del que no sé qué esperar. Tengo baño en la habitación así que entro en él, tres minutos después estoy bajo el agua caliente.

Cuando termino de aclarar el jabón de mi cuerpo, abro la mampara y salgo, envuelta en una toalla blanca que me llega hasta

los tobillos. He generado tanto vaho que el espejo está empañado. Me coloco frente a él y, al mirarme a través de la bruma, se me paraliza el corazón. Detrás de mí hay alguien. O algo. O…

Trato de respirar y entender qué estoy viendo. Debería girarme y encararlo, sin embargo, espero como en una película de terror mala en la que la protagonista sabe que, si sigue donde está, algo va a pasarle.

Agacho la mirada para segundos después volverla a alzar. La sombra ha desaparecido, sea lo que sea se ha disipado a medida que el vapor lo ha hecho. Al final solo quedo yo, con el corazón acelerado y la respiración entrecortada. Intentando entender que me está pasando.

Vuelvo a la habitación, cojo el móvil y estoy a punto de teclear mis síntomas cuando decido, por impulso, no hacerlo. Sé que no es normal ver espíritus, pero tratar de hallar la solución en el buscador solo va a hacer que comience a emparanoiarme con una respuesta que no se acercará a la realidad.

Así que lo aparto de mi cabeza, como si fuera un mal pensamiento y me preparo con rapidez. Necesito un café y poner los pies en el suelo antes de que me vuelva loca.

«Deja de imaginar tonterías», me recrimino a mí misma.

Salgo de la habitación tras diez minutos en los que parece que he vuelto a la normalidad. Me asomo a la habitación de mi hermano, pero no está, tampoco mis padres en la suya. No me sorprende, con todo lo que he dormido.

Así que bajo la amplia escalera de mármol que podría competir para ser escenario de una película de época y voy en busca de algún miembro de mi familia.

Recorrer esta casa es como volver a conectar con mi yo de hace diez años, cuando todo era sencillo y predecible. Gabrielle y yo pasábamos horas hablando de cosas banales e intentábamos entender que significaba ser adolescente.

El olor a galletas de mantequilla guía mis pasos hasta la cocina. Es casi tan grande como mi salón, moderna, en un claro contraste con todo lo demás. En el medio, hay una mesa que puede acoger con comodidad a doce comensales.

Cuando entro la encuentro repleta de cajas de regalo en blanco y dorado. Hay lazos aquí y allá, papel de seda en color verde y más dulces de los que puedo contar a simple vista.

Gabrielle y la tía Beth están empaquetando galletas en cadena, tan concentradas que no se percatan de que estoy ahí hasta que las saludo.

—Oh, Helena, cariño. ¿Cómo estás? —pregunta desde su metro cincuenta, soltando la bandeja de galletas para envolverme en un abrazo amoroso que devuelvo con gusto.

—Llevaba tiempo sin dormir tan bien.

—No hemos querido despertarte —afirma, volviendo a su tarea con urgencia—. Tienes mejor cara que ayer, así que acertamos en nuestra decisión.

—¿Dónde están los demás? —pregunto, acercándome a la mesa y robando una galleta con el beneplácito de mi tía en forma de sonrisa.

—Tus padres tenían que ir al notario.

Arrugo la nariz ante esa explicación, pues no lo sabía.

—¿Un domingo?

—Es amigo de la familia —contesta con gracia—. Tu madre y yo decidimos vender unas tierras y faltaba su firma. Leo, junto a Amalia, tenían que hacer unas compras de Navidad, dijeron que les faltaba algo importante, pero que vendrían a comer aunque no sé si llegarán a la hora en que comemos nosotros.

Al escuchar aquello, caigo en la cuenta de que no me he preocupado por el tema de los regalos de Navidad. No tengo ninguno, a fin de cuentas, ni siquiera pensaba venir a Londres hasta ayer.

—Lo solucionaremos —dice Gabrielle como si pudiera leerme la mente—, pero antes me tienes que ayudar.

—Claro, sin problema. ¿Para qué soy buena?

—Tenemos que entregar todas estas cajas.

Hay por lo menos cien ya listas y otras tantas que están terminando de preparar. Las miro con terror, provocando una carcajada de mi prima.

—No seas mala, niña —la regaña su madre—. No le hagas caso. Es una tradición familiar que ha pasado de generación en generación. No sabemos quién la inició, pero no hemos dejado de hacerla desde entonces. Consiste en entregar un detalle a las personas más allegadas a la familia.

—Ya veo.

—Hay tantas cajas porque cada año se incorpora gente que ha sido relevante por unas cosas u otras, pero la mayor parte no las entregamos en mano, hemos contratado un servicio de reparto.

—Ha crecido demasiado —continua Gabi mientras hace un lazo en una de las cajas—. Cuando era pequeña no había tantas, pero nos encanta la tradición. Primero, hornear galletas, luego prepararlo todo, repartirlas. Es emocionante.

—Entiendo, ¿y qué queréis que haga?, ¿sigo empaquetando galletas?, ¿pongo lazos? —pregunto con toda mi buena disposición.

—No, algo más divertido. Necesito que repartas algunas de ellas, cuatro o cinco mientras yo sigo con esto —afirma Gabrielle entregándome una hoja de papel—. Aquí está la lista. Como ves, la mayoría de las casas están en la misma calle.

—Son doce, no cuatro, Gabrielle.

—He sido buena y te he dejado las más fáciles de repartir. Estas familias han estado presentes durante generaciones junto a la nuestra. Antaño, se celebraban bailes suntuosos y los compromisos eran eternos. En honor a esos tiempos, tenemos pequeños gestos durante todo el año y ellos igual con nosotros.

Explica con entusiasmo, demostrando que le encantan esos detalles.

—Culminando con las galletas de jengibre.

—Y no te olvides de las de mantequilla. Aquí hay de las dos. Ah, una petición más: en la casa de los Richmond, tienes que dejar también esta lata.

Pone en mis manos una caja roja con decoraciones en blanco.

—Son *Mince Pie*.

—No tengo ni idea.

Abre la caja con celeridad y aparecen unos pastelitos redondos de fruta y especias caseros, que huelen de maravilla. Sin pretenderlo me recuerdan a mi infancia, cuando veníamos a pasar las Navidades con la familia de mi madre. Asiento con la cabeza, recordándolos. Los he comido mil veces, pero había olvidado su nombre y que me encantan.

—Tengo una bandeja guardada para el té de la tarde —dice mi tía con cariño.

—Nuestra abuela solo hace una hornada, especialmente para los Richmond y nosotros, en honor a la gran amistad que siempre ha habido entre las dos familias.

—¿La abuela está aquí? —pregunto sin ocultar la emoción que siento, al saber que voy a verla de nuevo.

—Llegará esta tarde —me informa la tía Beth—, pero siempre manda sus cosas antes para viajar sin equipaje.

—No puede ser más inteligente.

—¿Me ayudarás? —pregunta Gabrielle con un puchero que la hace ver muy cómica—. Si no, no voy a acabar en todo el día y…

—Puedes contar conmigo, prima. Además, me lo has puesto muy fácil: entre mis vagos recuerdos, tu lista y el Google Maps estaré de vuelta antes de lo que te imaginas y podré ayudarte a terminar de preparar el resto del pedido.

—¡Te adoro! Sabía que no me fallarías.

—Aunque, no sé cómo voy a llevarlo todo encima

La sonrisa de Gabrielle no presagia nada bueno. La sigo hacia el garaje y allí me encuentro con una bicicleta con un remolque blanco decorado con espumillones dorados.

—Puedes usarla, solo tenemos que colocar las cajas con cuidado para que no se vayan moviendo y seguir el GPS —dice señalando el enganche para el móvil que tiene el manillar de la bicicleta.

Hace tanto que no monto que tengo miedo de que se me haya olvidado hacerlo, pero en cuanto me subo a ella y empiezo a pedalear, comprendo que no he perdido la habilidad.

Sigo las indicaciones de Gabi al pie de la letra. Hay una niebla húmeda que va calando mi pelo, pero la felicidad de la gente a la que visito es suficiente para obviar esa incomodidad. Es gratificante verlos así. Muchos me preguntan quién soy y me acaban contando anécdotas, ya que algunos conocen a mis padres, otros son amigos de mis abuelos. Todos tienen algo que decir y consiguen que me sienta parte de una comunidad que no conocía.

La última casa espera al final de la calle. Aparco la bicicleta junto a una farola de hierro forjado en negro, por un instante me pierdo en la elegancia de sus formas. Parecen sacadas de otro mundo, tan distintas a las eclécticas y modernas farolas que hay en Santander.

Agito la cabeza, rebusco en el remolque y saco la última caja de galletas. Se está haciendo tarde, demasiado y empieza a llover más fuerte, así que corro hasta la puerta y llamo al timbre.

—Un detalle de la familia McAlister —digo sin mirar quién ha abierto—. Espero que las disfrute.

Me giro de manera precipitada, tan rápido que estoy a punto de caerme de culo, porque me resbalan los zapatos. Regreso hacia la bicicleta y, en cuanto voy a montarme, recuerdo la caja de *Mince Pies*.

—¡Seré despistada!

La cojo y vuelo hacia la puerta de nuevo. Estoy a punto de tocar el timbre cuando una mano cálida se cierra sobre mi dedo, sorprendiéndome.

—¿Qué?

—Sigo aquí —dice mi atacante con voz ronca, masculina. Elevo los ojos en busca del culpable—. Ni siquiera has esperado a que te diera las gracias —recuerda mi grosería mientras aparta su mano de la mía sin perder la sonrisa.

Frente a mí se yergue un hombre apuesto de metro noventa, a juzgar por lo que tengo que alzar la cabeza para mirarle, con los ojos grises más hipnóticos que haya visto jamás.

—Perdón —balbuceo en español y luego lo repito en inglés, golpeándome mentalmente por mi error—. No quería ser descortés, pero me he dado cuenta de la hora que es y llego bastante tarde. Pensé que esto me llevaría poco tiempo.

—Veo que Gabrielle te ha engañado para que lo hagas tú.

—Andaba preparando cajas como loca. Por lo que sé, va un poco tarde este año.

—¿Y con quién tengo el placer de conversar?

—Disculpa, soy un desastre, me llamo Helena, soy la prima de Gabi.

—Encantado, Helen —su sonrisa es hipnótica y le produce dos hoyuelos en las mejillas que me distraen—, yo soy Matthew. Cuando vea a Gabi le agradeceré que te haya mandado a ti.

Directo, demasiado para mi propio bien. ¿Cuánto tiempo hace que no me observan con interés real?, parece querer adivinar cada uno de mis secretos y, por cómo reacciona mi cuerpo, sé que también me atrae.

«Demasiado pronto», me recuerda mi mente, no tengo más remedio que darle la razón.

—Debo irme, Matthew, espero que te vaya bien, ¡Feliz Navidad!

Estoy a punto de marcharme cuando mi nombre en sus labios detiene mi precipitada huida.

—Creo que te tocará volver a venir.

—¿Qué?, ¿por qué? Yo…

—Sigues teniendo tú los pastelitos.

No puedo ser tan tonta, pero al bajar la vista encuentro la lata roja que debería haberle dado ya, todavía conmigo. Estoy aturdida y confusa, envuelta en sensaciones que no recordaba y enredada en la niebla gris de sus ojos. Me obligo a moverme y alargar la mano hacia él para dárselos. Sus dedos rozan los míos y una descarga me sacude de la cabeza a los pies.

—Ahora sí —dice con una media sonrisa, arrastrando hacia él la caja—. Te agradezco que hayas traído este manjar, mi madre estará dichosa de recibirlo. Suele elogiar el trabajo de tu abuela con devoción.

—La hará feliz saberlo, se lo diré.

Sonríe, sin saber el efecto que genera en mí un gesto tan simple y cotidiano. Es cortesía y amabilidad. Tan simple que no entiendo porque sacude mi alma de esta manera.

Balbuceo una despedida tratando de salir con dignidad de esta embarazosa situación, pero sé que ha visto mis mejillas sonrojadas, casi podría jurar que se ha dado cuenta de lo rápido que latía mi corazón y cómo la respiración se entrecortaba cuando me fijaba en alguno de sus atributos.

«Es absurdo, un sinsentido. No lo conozco, no sé más que su nombre y jamás he sido una persona enamoradiza». Cojo la bicicleta y tomo la calle rumbo a casa, amonestándome mentalmente por este comportamiento errático.

Sin duda la separación de Santi está pasándome factura, si soy capaz de obviar toda lógica y sentirme atraída por el primer hombre que es amable conmigo.

6

22 de diciembre

Sueños



Cuando escuché a Amalia hablar del Christmas at Kew en el Royal Botanic Gardens supe que no podía perdérmelo, a pesar del sentimiento de vergüenza que llevo a cuestas desde la noche anterior.

Era consciente de que la conversación con mi hermano sobre lo que había pasado con Santiago no iba a ser fácil, pero observar su rabia y su dolor ante mi relato acabó de rematar mi propia confianza. Así que esta mañana me dediqué a esquivarlos. Hasta que mi mejor amiga me interceptó a la hora de la comida y me dijo a dónde íbamos a ir, sin excusas ni oportunidad de rebatirle nada, pues ya habían comprado las entradas para toda la familia.

Salimos dentro de media hora, para poder entrar en cuanto abran a los jardines, por lo que he huido a la habitación con la excusa de arreglarme. En eso ando cuando alguien golpea la puerta.

—Adelante.

—Hola, prima —saluda Gabrielle con entusiasmo, entrando y sentándose en la cama, mientras observa cómo me hago una trenza.

—Es una pena que no puedas venir —comento mirándola por el espejo de pie que tengo frente a mí.

—Lo sé, adoro ese lugar, las luces son espectaculares y te va a encantar, pero mi compromiso no me lo permite.

Me giro hacia ella, terminando de colocar la goma en la punta de mi trenza. Algo me dice que no está aquí por casualidad.

—Anoche escuché parte de tu conversación con Leo —responde a mi pregunta no formulada y de nuevo parece que los años no han pasado entre nosotras.

—Mis vergüenzas al descubierto.

—¿Cómo estás? —pregunta con preocupación.

Resoplo, me genera mucho cansancio el tema, pero no puedo eludirla.

—Una parte de mí, no se hace a la idea de que me equivoqué con él —aseguro sentándome a su lado—. Tus padres y los míos son claros ejemplos de lo que debe ser una relación. Por un tiempo, creí que lo tenía con él, parecía el indicado.

—Tú no dejaste de amarle hace dos días, prima. Suéltalo.

Contengo el aliento durante un segundo, mientras pongo en orden mis ideas.

—Quizás no es tan horrible.

—Creo que sí, por esas lágrimas que tienes inundando tus ojitos. Te vendrá bien y te aseguro que no saldrá de aquí.

Cruza el dedo índice y el anular como cuando éramos pequeñas y nos soltábamos confidencias sin reparos. Sonrío y me trago el nudo que intenta cerrar mi garganta.

—La gran decepción fue por la boda de su hermana —digo y sé que no debería—. Primero no querían invitarme y después… acabé en la mesa de los amigos del trabajo del novio, mientras Santi estaba en la de la familia. Cuando se lo reclamé a él, no le dio importancia y cuando le comuniqué que me iba a casa, ni siquiera se

preocupó de saber cómo pensaba marcharme. Me contestó con un adiós seco y siguió bailando.

—Será gilipollas —dice en un perfecto español, suelto una carcajada pues eso es influencia mía—. Todavía tratas de justificarlo.

—No he dicho eso.

—Te conozco, interpreto lo que no dices mejor que tú. Es un capullo integral, me gustaría tenerlo en frente y…

—Le he querido mucho.

—Querer no es amar, Helena —afirma, sé que tiene razón, aunque duele—. Creaste una dependencia con él. Eras muy joven cuando lo dejaste entrar en tu vida y te ha acompañado en momentos importantes.

—Soportó la preparación de las oposiciones, fueron meses en los que apenas salía, él…

El recuerdo de una discusión por el tema me sobrecoge, la había borrado de mi mente. Siempre he tratado de entenderlo, incluso cuando hacía cosas que me herían.

—También te lo echó en cara —concluye Gabi con acierto—. No merece ni una de tus lágrimas, ni siquiera que te sigas planteando si has obrado como merecía.

—Tienes razón, al igual que Leo y Amalia, pero…

—No hay peros. No estuvo a la altura y tienes que dejar hueco para alguien que si lo esté. Así que borrón y cuenta nueva. ¿Me lo prometes?

La duda me asalta, pero su mirada inquisidora no me suelta hasta que asiento con la cabeza.

—Lo intentaré —aseguro sin mucha convicción—, aunque tardaré un poco.

—Mientras no caigas de nuevo con él, me parece bien.

—Ni loca. Estoy sufriendo porque no sé cómo habrá dejado la casa. Cuando vuelva me espera mucho trabajo.

—Podrás con ello.

Antes de que pueda responder me abraza y su calidez es suficiente como para sentirme bien.

—Gracias.

—No vuelvas a desaparecer, prima —solicita mientras nos separamos—, ningún hombre merece tu exclusividad ni que renuncies a todo por él.

—Prometido —aseguro, sé que lo voy a cumplir. No solo porque ella me lo pida, sino porque es una lección de vida que debo agradecer a mi fallida relación.

—Debo irme, cariño.

Se levanta con su elegancia inglesa y esa media sonrisa que la caracteriza.

—Por cierto, recuérdame que mañana te enseñe una cosa. Te va a sorprender, pero cuanto más te veo, más claro tengo que es así.

La miro extrañada ante su afirmación tan críptica.

—Dame un adelanto, me dejas en ascuas.

—Mañana. Te quiero, prima.

Se marcha antes de que pueda acosarla a preguntas, dejándome con la duda de lo que quiere mostrarme, pero no puedo seguirla. Amalia pasa a buscarme, juntas vamos a la planta baja y nos reunimos con el resto de la familia: mis padres, mi tía Beth y Leo.

Mi abuela nos despide desde la puerta, no se ve con fuerzas para recorrer los casi tres kilómetros de circuito andando, por muy bonito que sea. Así que ha quedado con dos de sus amigas para tomar el té.

Llegamos a la espectacular entrada justo a las cuatro y media de la tarde. Acaban de abrir y, a pesar de ser un día entre semana, ya hay gente haciendo cola para entrar. Amalia resopla y se esconde en los brazos de Leo.

—En el coche he visto otra chaqueta —comento al verla aterida de frío.

—Me vendría bien. No escogí bien el abrigo.

—Voy a por ella, déjame las llaves —digo alargando la mano hacia Leo.

—Puedo ir yo.

—No te preocupes, tú dale calor corporal. Ahora vengo.

—Te esperamos allí —comenta señalando un carrito de comida, donde humea el chocolate caliente.

Asiento con la cabeza y me giro rumbo al coche. Hemos aparcado bastante cerca así que no tardo ni cinco minutos en llegar, coger el otro abrigo y volver sobre mis pasos.

Por un instante, me quedo embelesada con las luces de navidad de la entrada. El jardín botánico es como un cuento de hadas en plena Navidad. No sé cuánto tardo en avanzar, pero mi teléfono suena estrepitosamente, mostrando el nombre de mi hermano.

«Impaciente».

—Ya voy —contesto, colgando casi al mismo tiempo.

Me giro con rapidez y choco con alguien que no había visto.

—Disculpe.

—Hola.

Decimos al unísono y nuestras miradas se anclan como el día anterior. Mi sino es quedar como una imbécil delante de Matthew, está claro.

—Hola —contesto asombrada y avergonzada a partes iguales—. ¿Qué haces aquí?

Estoy a punto de retractarme de mi pregunta indiscreta, cuando él me regala una sonrisa y una explicación.

—Es una visita obligada. Normalmente, vengo el día de la inauguración, pero este no pude y, bueno, pensé que un lunes

habría menos gente.

—No esperaba volver a verte —suelto sin pensar demasiado en lo que estoy diciendo.

Aún estoy aturdida al encontrarlo aquí, rodeado de luces de navidad. Con la sonrisa de un niño que disfruta de estas fiestas con devoción. Brilla demasiado, más que la luz que nos rodea y yo, soy una polilla revoloteando a su alrededor.

«Me estoy volviendo loca».

—Vengo cada año.

—¿Es una tradición familiar?

—Sí, pero mi madre, por su estado de salud, ya no se anima a venir. Así que acudo solo, veo todo y…

Detiene su explicación, la nostalgia que percibo en sus palabras, activa mi impulsividad.

—Si quieres, puedes unirte a nosotros.

Su rostro se ilumina ante el ofrecimiento que le he hecho, casi como si lo estuviera esperando.

—Me gustaría mucho.

—No se hable más. Gabi no ha podido venir, pero estoy segura de que Leo estará deseando conocerte.

—Eso seguro.

Me sorprende su respuesta, no la esperaba. Lo miro de reojo mientras recorremos el espacio que nos separa de mi familia y no puedo evitar fijarme de nuevo en lo guapo que es.

—Helen.

Me he perdido tanto en mi cabeza, que he olvidado que él podía darse cuenta de mi escrutinio.

—Perdona, a veces empiezo a darle vueltas a algo y no me doy cuenta de que estoy en público. Ven, deja que te presente a mi hermano.

«Y empiece a comportarme como una persona normal, no como una idiota», añado en mi cabeza.

Cojo su mano, obviando por completo lo que siento cuando le rozo y busco a mi grupo. Están al lado de un quiosco de bebidas, elegantemente lleno de luces, comprando chocolate caliente.

—Helena, te he cogido uno —dice Leo, poniéndolo en mi mano izquierda.

Su frente se frunce al ver que vengo de la mano de un extraño, hasta que repara en él y lanza un suspiro de alivio al cielo.

—Matthew, ¿qué haces por aquí? —pregunta con entusiasmo.

Se saludan con efusividad y por lo que entiendo mantienen una amistad bastante fuerte.

—Hola, Amalia —saluda Matt con dos besos a mi amiga.

«¿En qué momento me perdí esta parte de la historia?». Ellos se conocen, se ponen a hablar de cosas que no he vivido, anécdotas e incluso de un viaje que tenían pensado hacer y yo me siento ajena y desubicada, consciente de todo lo que me he perdido en estos años.

Tomo un sorbo de chocolate que está a punto de abrasarme la lengua. No había calculado lo caliente que podía estar. Resoplo y atraigo la atención de todos.

—¿Estás bien? —pregunta Matthew con preocupación.

—Gato goloso —digo quitando importancia al asunto, pero por su expresión de extrañeza, sé que no lo ha entendido—. Me he quemado la lengua —explico—, no he calculado lo caliente que podía estar.

Leo se acerca a mí con una botella de agua y, mientras sujeta mi vaso de cartón, yo bebo un sorbo y trato de recuperar el sentido del gusto. Va a ser difícil, tengo el paladar sensible y dolorido.

—Estoy mejor, gracias.

Recupero mi chocolate, para soplarlo un poco antes de seguir tomándolo.

—¿Os conocéis desde hace mucho? —pregunto, pues la atención de los tres sigue puesta en mí y empiezo a incomodarme.

—Gabi pensó que me vendría bien tener un amigo cuando llegué y Matt fue un anfitrión excepcional. Gracias a él pude sobrevivir a los primeros meses de estancia aquí.

—Es uno más en el grupo de amigos —añade Matthew con solemnidad. Nadie se atrevería a cuestionar sus palabras.

Continúan la conversación tratando de incluirme, pero no conozco ni la mitad de los sitios de los que hablan. Amalia se apoya en mi hombro con cariño y, poco a poco, siento que pertenezco a ese grupo del que no sabía nada.

Cuando terminamos las bebidas, Matthew me ofrece su brazo. Es un gesto tan caballeroso como anticuado, pero no lo rechazo. No puedo hacerlo cuando viene de él y me hace sentir tan bien.

Iniciamos el camino circular entre luces de navidad detrás del resto de la familia, haciendo que sea un paseo íntimo. Los jardines son impresionantes, extensos y están tan bien decorados que parece que estamos dentro de una película navideña. Recorremos el lugar con calma, deteniéndonos en aquellos lugares que más nos llaman la atención. Hay guirnaldas, renos, estrellas, millones de luces aquí y allá.

Estoy muda, envuelta en una calma que hace tiempo no sentía, rodeada de villancicos y al lado de un hombre que es capaz de sostener mi silencio sin que le dé miedo, ni quiera rellenarlo con palabras vacías.

Nos detenemos frente a uno de los espectáculos de luces, en este predomina el rojo y hay una bola de nieve en el centro.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Él asiente y yo me envalentono—, ¿a qué te dedicas?

Suelta una carcajada y yo le miro alzando la ceja derecha.

—Al ponerte tan seria, pensé que querías saber mi estado sentimental.

Se forma un nudo en mi garganta al escuchar aquello, porque mi parte inconsciente parece despertar y querer gritar que sí anhelo saberlo. Me muerdo la lengua y me arrepiento segundos después, recordando que ya la tengo herida por impaciente.

—Soy informático, mi familia posee varias empresas y trabajo en una de ellas.

—¿Eres el jefe?

—Sí —contesta sin darse importancia—. Alguien tenía que serlo cuando mi padre murió.

Se me encoge el estómago al oír aquello, no sé qué decir.

—Lo siento —murmuro, amonestándome por mi inconsciencia—. No pretendía herirte con mi curiosidad.

—Ha pasado el tiempo suficiente como para que no duela como el primer día. Mi camino era distinto, Helen, quería algo sencillo y solitario. El ordenador y yo, ¿para qué más?, pero la vida quiso complicarlo todo y me entregó demasiado pronto el fruto del trabajo de mi padre.

—Tienes una gran responsabilidad.

—Sí, aunque también mucha suerte, no estoy solo. Mis tíos y algunos de mis primos aún siguen en los negocios familiares y se ocupan de una parte importante del mismo. Eso me permite estar más en la sombra, ocuparme de la parte técnica, no de la dirección. No sabría cómo lidiar con eso.

—Estoy segura de que lo harías perfectamente —digo con convicción y su sonrisa se ensancha.

—Sé que me tocará en algún momento, pero hoy no y eso es lo que importa.

—¿El hoy? —cuestiono pues la chica práctica y metódica que soy no puede evitar analizarlo todo pensando en ese futuro que quiero alcanzar.

—El aquí y el ahora —asegura con una sonrisa adornada con sus hoyuelos—. El instante que estamos viviendo, lo demás apenas es

un espejismo que no tenemos al alcance de la mano.

Reflexiono durante unos segundos su afirmación. Es contundente y certera, pero una parte de mí se niega a aceptarla.

—No se puede perder la visión de futuro, de ese todo, de los sueños que uno desea alcanzar.

—¿Cuál es tu sueño, Helen? —pregunta tras un silencio que no resulta incómodo, solo revelador—. Ese que te impide vivir el presente con intensidad.

Por un instante, me pierdo entre esas dudas que llevan acompañándome meses. Ese deseo que hacía que no saliera de la zona de confort en que me encontraba con Santi y que, en mi precipitación por volver a ser feliz, ha salido volando.

Estoy en la casilla de salida.

Una lágrima rueda por mi mejilla, él la atrapa con tal velocidad, que no me deja hacerlo a mí.

—Quería estabilidad, un hombre a mi lado que me quisiera por quién soy, que formara una familia conmigo. Sé que tengo veinticuatro años, pero… ya tengo mi trabajo, mi casa. Todo, sin embargo, Santi no estuvo a la altura de mis expectativas, fue matando mi amor con cada decepción, con sus traiciones varias y a mí me toca volver a empezar —me detengo un segundo a sopesar lo que quiero decir.

—¿Cuándo ha salido de tu vida?

—El sábado pasado.

—Muy reciente —dice con tono neutro, como si recitara la tabla periódica y no sé cómo interpretarlo, pues ni siquiera parece sorprendido o asustado.

—Aún me planteo si he hecho bien —confieso en un susurro.

Inspiro hondo, tratando de serenarme, mientras mi cabeza se llena de pensamientos confusos y dolorosos. Sé que estoy anticipándome, queriendo tener todo bajo control, algo que es imposible cuando dependes de otra persona.

Mi corazón se acelera y parece que estoy a un paso de ponerme a hiperventilar. Como si Matt pudiera leer mis emociones, da un paso hacia mí, acortando la distancia que nos separa y mis ojos se enredan en los suyos.

Reclamando sutilmente mi atención y devolviéndome a la realidad.

—Lo siento —suelto de golpe, cuando soy capaz de pronunciar una palabra.

—¿Qué te impulsa a disculparte?

—Si sales corriendo, te aseguro que no seré quién te lo impida.

—¿Por qué habría de hacerlo? —insiste con una chispa de diversión en la mirada y algo dentro de mí se descongela, sin que pueda hacer nada para evitarlo.

—Apenas nos conocemos y acabo de narrarte mis penas como si te importaran.

—En eso debo darte la razón, me importa lo que tienes que contar. En realidad, todo lo que pase por esa cabeza tuya.

Me aturde su respuesta, ha conseguido sorprenderme.

—¿Por qué? —pregunto en un murmullo ahogado sintiendo que me he perdido un capítulo de mi propia historia.

—No hay nada que me apetezca más que conocerte, Helen —responde con una contundencia que me desarma.

—Eso suena demasiado precipitado.

—Es lo bonito de empezar de nuevo, que todo está ahí, al alcance de un suspiro. No renuncies a tus sueños, pero tampoco te supedites a ellos. Deja que la vida te sorprenda, que el hoy marque el comienzo de un nuevo sendero.

Sujeta mi mano con la suya, su calor me atrae tanto como el perfume que lleva. Estoy enloqueciendo, él tiene la culpa de esta locura.

—Aún puedes alcanzar tu deseo —continúa y no sé da cuenta de que, con cada frase, me tiene más atrapada—, por lo poco que has contado de ese hombre, no supo valorar lo que tenía junto a él. No era el adecuado.

Quiero rebatirle, pero ese mismo pensamiento me ha acompañado en los últimos meses.

—Llevábamos seis años saliendo, los dos últimos viviendo juntos. No sé en qué momento se perdió la magia y eso me hace pensar, que podría pasarme de nuevo en mi próxima relación.

—No si es el adecuado.

—Eso es tan difícil de saber —dio cayendo en el pesimismo.

—Sin arriesgarse, por supuesto.

Enmudezco y me giro hacia el espectáculo de luces, sopesando sus palabras, tratando de leer entre líneas lo que quiere decirme.

¿Qué significa su cercanía?, ¿Por qué busca mi contacto físico?

Lo miro de reojo, su expresión es tranquila, no parece contrariado por mi historia ni a punto de escapar.

«¿Cuánto tardarás en marcharte, Matt?», me pregunto, pues parece demasiado perfecto para ser real y yo, una idiota por pensar que una conversación como esta puede ser el inicio de una historia de amor. Estamos en el siglo veintiuno y no soy una adolescente impresionable, pero cuando él me roza…

El hilo de mis pensamientos se evapora, pues el muy audaz, rodea mi cintura con su brazo para seguir avanzando en nuestro paseo.

Debería espantarme su atrevimiento y, sin embargo, me siento reconfortada por su calor, por su cercanía, por su interés y la manera directa y clara de mirarme. Ya me preocuparé mañana de mis actos, hoy solo quiero sentirme entre sus brazos: arropada y segura porque está junto a mí.

Matt

«¿Qué me está pasando?».

La veo marchar junto a su familia y no alcanzo a comprender por qué estoy actuando como lo hago. ¿Qué tiene Helen que me impulsa a conocerla?

La tarde ha sido maravillosa, la conversación ágil e inteligente, el entorno idílico y mis ganas de besarla, una tortura que he tenido que controlar como podía.

Acabo de estar con ella y ya estoy deseando volver a verla. Más que un anhelo es una necesidad, como si no pudiera funcionar si no es frente a ella.

Me subo al coche, meto la llave en la ranura y trato de encontrar una respuesta a esto que me tiene confundido. Es en vano, desde que la vi ayer, su nombre no se ha evaporado de mi mente.

—Está bien —claudico, con esa impulsividad que me caracteriza —, veamos a dónde nos lleva esto que estoy sintiendo.

7

23 de diciembre

Sorpresa



Despertar encontrando la cálida sonrisa de Gabi es un bálsamo reconfortante, así como lo es no haber soñado con nada ni nadie, como si por una noche una extraña tregua se hubiera firmado para favorecerme.

Estiro los dedos de los pies y agarro el edredón contra mi pecho, mientras busco por dónde seguir la conversación que quedó a medias cuando volvimos del jardín botánico.

—Te brillan los ojos.

—He dormido de maravilla. Gracias por acogerme anoche como cuando éramos pequeñas.

—¿Cómo no iba a hacerlo? Necesitaba escuchar las bondades de Matthew.

Algo en su manera de decirlo, me hace sospechar de ella. Entrecierro los ojos y formulo en voz alta la duda que me asalta.

—Dime que no tuviste nada que ver con su aparición allí.

—Si te dijera eso, te estaría mintiendo.

Se ríe confirmando mis sospechas y no sé cómo tomarme esa intervención, ni por qué Gabi ha llegado a la conclusión de que necesitaba ese momento con él.

—¡Gabi!

—¡Helen!

—¿Por qué?

Lanza un suspiro al aire, como si tratara de decidir qué debo saber, aunque sea a mí a la única que le interesa el tema.

—Desde que os visteis en el reparto de galletas, no ha parado de preguntarme por ti.

Esa revelación me sorprende y me deja muda un par de segundos, hasta que mi mente racional ataca de nuevo.

—Pero… entonces ¿me engañó? Afirmó que iba todos los años, que era una casualidad y…

—Eso fue idea mía, le dije que era lo mejor.

—¿Engañarme? —No quiero, pero en mi tono de voz hay indignación.

, —Prima, no estás en tu momento más receptivo y no te culpo, pero no quería que te cerraras como una ostra. Matt es…

—Pensé que era algo fortuito —continúo frenando su discurso sobre las bondades de Matthew—, una casualidad muy conveniente.

—Eso no resta valor al encuentro. Sé que tuvo que cancelar una reunión importante para pasar la tarde contigo. Le daba un poco de reparo presentarse aquí para verte.

—Lo empujaste hacia mí sin ningún tipo de contemplaciones —concluyo por ella—. Gabi, no estoy preparada.

—¿Acaso te pidió algo inapropiado? —pregunta fingiendo indignación. Es una manipuladora de manual.

—Sabes que no, pero…

Un golpe en la puerta interrumpe mi alegación y segundos después Amalia está tumbada con nosotras en la cama de dos metros, en esta improvisada fiesta del pijama.

—Entonces, ¿qué te parece Matthew? —pregunta mi amiga y casi cuñada, sin saber que justo ese era nuestro tema de conversación.

Las miro sin saber qué contestar, pues no quiero dar falsas esperanzas, pero ambas están expectantes, esperando que yo dé un paso que no puedo dar. Al menos no todavía, no sería apropiado ni correcto.

—Pongamos todo en orden —digo poniendo la lógica por delante de cualquier otra cosa—. Olvidaros por un segundo que es una persona que ambas conocéis —las dos asienten sin imaginar lo que pasa por mi cabeza analítica—. Gabi, le dijiste dónde estaba y él se presentó allí como si se tratase de un acosador de película mala de televisión.

—¿En qué momento ha pasado de encantador a acosador? —interviene Amalia un poco escandalizada y siento que enrojezco, pues no puedo obviar la parte de mí que se siente atraída por él.

—Su actitud es extraña —digo reforzando mi argumento y apartando de mi cabeza cómo acelera mis latidos su sola presencia.

—¿En qué momento exacto? —prosigue mi amiga dispuesta a hacerme claudicar—: ¿cuándo te invitó a un perrito caliente?, ¿cuándo se preocupó porque te habías quemado la lengua? ¿O cuándo te abrió la puerta del coche con sus ojos grises, resignado, por no atreverse a invitarte a ir con él en su vehículo?

Amalia puede ser una de mis mejores amigas y mi futura cuñada, pero en este momento la asesinaría.

—No sé nada de él.

—Sabes lo suficiente —afirma mi amiga sin titubear y Gabi asiente con la cabeza—, mucho más que de Santi cuando lo besaste por primera vez.

El rubor sube por mis mejillas, noto el calor que desprendo y quisiera mimetizarme con el colchón hasta desaparecer.

—Esa historia no la conozco —dice Gabi con curiosidad en el momento más inoportuno.

—Se resume muy fácil, ¿quieres contarla tú?

Niego con la cabeza, incapaz de pronunciar palabra.

—Estábamos en una fiesta de la universidad, vimos un grupo de chicos y nos apostamos a que ninguna se atrevería a besar a uno de ellos. Yo me rajé, también las otras amigas, pero Helena…

—Me dejé llevar, me acerqué a ellos y besé al que me parecía más guapo, sin ni siquiera saber su nombre —concluyo para mi pesar.

—Ya veo. De ahí a seis años de desgracia —termina mi prima, exagerando bastante

—Yo no diría tanto. Cinco fueron buenos, pero el sexto un desastre que olvidar.

—Vale, digamos que ahí te salió medio bien ser impulsiva —comenta Gabi con despreocupación—. Conozco a Matt desde siempre, nuestras madres son amigas, íbamos al mismo colegio y… solo te puedo decir que jamás lo vi tan interesado en nadie como en ti.

—Es absurdo.

—Ha sido bastante ermitaño —sigue hablando obviando mi apreciación—, desde que dejó la universidad no ha vuelto a tener ninguna novia, ni interés romántico por nadie.

—Quizás es gay —digo, tratando de aliviar un poco la tensión que tengo.

—Lamento decirte que no —continúa Gabi— y ha puesto sus ojos en ti.

Miro alternativamente a mi prima y a mi mejor amiga, exhiben una sonrisa de complacencia que me molesta. ¿En qué diablos están pensando? No voy a caer en las garras de nadie por el momento, mucho menos en alguien que es amigo de la familia.

Son malas, intensas, inquisitivas y molestas.

—Está fuera de toda discusión, entre Matt y yo no va a pasar nada.

Antes de que contesten, me tapo la cabeza con la manta como si fuera un avestruz. Una parte de mí quiere caer en el embrujo de su encanto. Lo tiene y ayer me lo demostró con creces. Es la peor idea que podía tener.

—Afronta tu destino.

Me destapo de golpe, sorprendiendo a mis amigas. Esa voz no era de nadie conocido, no hay nadie más en la habitación, pero la he oído alta y clara, firme y contundente. Como si se tratara de una imposición de alguien con poder sobre mí.

«¿Qué me está pasando?».

—¿Estás bien? —pregunta Gabi con preocupación—. Te has quedado pálida.

—¿Habéis oído algo raro?

Sé su respuesta, pero necesito corroborarla.

—¿Cómo qué? —pregunta Amalia sin entender mi desazón.

—He debido de imaginarlo.

Mi explicación es vaga e imprecisa. No las convence, pero no insisten. Mientras hablan de moda, me evado buscando en mi mente una explicación lógica. Soy una persona bastante realista y nada de lo que me está pasando parece tener sentido, ni coherencia.

Veo sombras, sueño con las mismas personas de forma repetitiva, oigo voces. No tiene buena pinta y tengo miedo de que sea algo realmente grave que me lleve de cabeza a la consulta de un psiquiatra.

Tras media hora de charla que no escucho, me disculpo con ellas y huyo a mi habitación a darme la ducha más rápida de la historia, con la ventana del baño abierta para evitar que se acumule el vaho y vuelva a ver cosas que no deberían estar ahí.

Diez minutos más tarde estoy lista, vestida y tratando de dar forma a mis rizos castaños cuando Gabi entra en mi habitación sin llamar, con una sonrisa enigmática en el rostro.

—¿Quieres desayunar ya o prefieres que te enseñe mi hallazgo?

—Te acompaño.

Espero que nuestro paseo haga que mi cabeza deje de dar vueltas a sucesos que no acabo de entender.

Me guía por las escaleras que llevan al ático. Es una zona que no conozco, pues siempre la hemos tenido vetada sobre todo cuando éramos niñas. Mi tía temía que nos quedáramos encerradas o nos pasara algo y no lo supieran a tiempo.

—¿Esto tiene que ver con lo que querías decirme ayer?

—Claro —responde con una sonrisa.

Me dejo llevar hacia el desván y, cuando abre la ajada puerta de madera de caoba, me encuentro en otro mundo. Muebles antiguos, alfombras enrolladas, cajas llenas de enseres que descubrir. El paraíso de una curiosa como yo, cada rincón guarda un secreto que desvelar.

Es un espacio diáfano que ocupa toda la extensión de la casa, con zonas abuhardilladas y amplios ventanales que permiten entrar la luz natural. Aun así, Gabi presiona el interruptor para iluminar aún más el espacio.

—Al parecer, en la última reforma que hizo el abuelo antes de que tú y yo naciéramos, este decidió quitar los retratos familiares y los guardó aquí. Dame unos minutos.

La veo trastear, levantando sábanas y espero, hasta que lanza un grito al aire. Me acerco a ella, esperando que desvele su hallazgo, pero en lugar de hacerlo, se gira hacia mí con gesto solemne.

—Sabes que llevábamos cuatro años sin vernos.

—Sí, eso creo —comento, no recordando con exactitud la última vez.

—Cuando te vi me recordaste mucho a alguien. Por un instante, te confundí con ella.

—Gabi esto es extraño, me conoces desde que llevábamos el chupete colgando de la ropa.

—No quiero que te asustes por lo que vas a ver.

Su tono misterioso está empezando a ponerme nerviosa. También esa manera de mirarme, como si quisiera grabar en su memoria mi reacción.

—¿Debería?

—Es posible, aunque espero que no. Verás, durante mi tiempo en la universidad, hice amistad con una chica que me abrió un poco la mente —comienza a explicar, pero se detiene de nuevo, tratando de envolver sus palabras con un halo de misterio que está poniéndome nerviosa.

—¿En qué sentido?

—Hablaba de energías, de meditación, de árboles genealógicos y a mí me dio por investigar a nuestros antepasados. Después acabé la universidad, me puse a trabajar y me olvidé de todo esto, hasta que mi querida prima, llegó y mi cabeza se puso a atar cabos.

—O te explicas como un libro cerrado o no sé a dónde quieres llegar.

—Voy a enseñártelo.

Coge la sábana con cuidado y la va destapando con una lentitud que me enerva. Parece una azafata de televisión destapando el premio y jugando con las ansias del concursante de turno. Sostengo mi impaciencia como puedo, para no terminar lo que ella está haciendo.

Antes de que aparte la tela del todo, la imagen de ellos me sobrecoge, siento como pierdo la capacidad de respirar al tenerlos ahí representados en esa pintura.

—No es posible —murmuro para mí, atónita, anclada al suelo de madera, observando a mis personajes.

Nunca antes había visto esa imagen y, sin embargo, son ellos, aquellos que yo pensaba que había creado en mi mente en un momento de soledad y necesidad de compañía.

—Helena.

—¿Quiénes son?

—Te presento a Grace y Liam McAlister, nuestros tatarabuelos. Vivieron en esta casa hasta sus últimos días, tuvieron cinco hijos y muchos nietos. Una vida plena a pesar de las circunstancias de la época.

—¿Qué día murió Grace?

No sé qué me impulsa a preguntar eso, pero siento la necesidad de saberlo como si fuera lo más relevante del mundo. Gabi no responde y me giro hacia ella encontrando incomodidad en su mirada.

—¿Qué pasa?

—Murió un tres de noviembre, a la edad de 55 años —responde en un susurro.

Es mi fecha de nacimiento. No sé cómo interpretar este descubrimiento, aunque siento que todo está interrelacionado y empieza a tener sentido, ¿o no?

—¿Fue feliz? —pregunto sin apartar la vista de ella.

—Tuvo una vida plena y llena de dicha por lo que descubrí.

—Esto es muy extraño —murmuro, casi no me sale la voz del cuerpo—. De todas las fechas que hay en un calendario, ¿qué posibilidad había de que yo naciera el mismo día de su muerte?

Veo la duda reflejada en los ojos de Gabi, como si quisiera añadir algo, pero la temiera mi reacción.

—¿Qué estás pensando? —pregunto sin ocultar lo perturbada que me hallo tras esta información.

—Tiene su simbolismo, como si su legado te hubiera sido otorgado a ti para que lo completaras.

—Pero si fue feliz, si tuvo amor —respondo mientras mis ojos pasan al rostro de Liam, en el cuadro la observa con tanta devoción, que estoy segura de que se amaron con una intensidad inalcanzable —, ¿qué podría yo finalizar por ella? No tiene sentido.

—Como te digo, me quedé a medias en mi aprendizaje y hace al menos dos años que no he vuelto a ver a mi amiga, ni conservo su teléfono.

Me pierdo por un instante en sus rostros, veo el parecido que tengo con ella. Sin poder evitarlo mi mente rememora el sueño donde la vi morir y lo mal que lo pasó él. Su dolor fue tan desgarrador, que aún me duele pensar en ello.

—¿Y Liam? —pregunto tratando de comprender un poco más todo—. ¿Qué fue de él?

No quiero decirle a Gabi lo que sé, lo que he estado viendo, pues empiezo a pensar que cada sueño era en realidad un recuerdo de su vida, pero no alcanzo a comprender por qué he sido la elegida para verlo.

«¿Cómo puedo explicar algo así?». Suena loco, demente y, sin embargo, frente a mí tengo la prueba de que ellos fueron y, aún son, parte de mí.

—No tengo ni idea de lo que pasó con él, ni cuando murió. Iba a ir al cementerio a investigarlo, pero no llegué a hacerlo. Ese impulso me pilló en época de exámenes y lo dejé estar. Seguramente los Richmond tengan algo de información sobre ello.

—¿Quién? —pregunto absorta en mis propias reflexiones.

—La madre de Matt. Al parecer, su bisabuela: la condesa de Blackwood, escribía no solo historias, sino también unos diarios con todo lo que vivieron. Aún los conservan —es bastante asombroso que hayan llegado hasta la época actual—. Ella fue la que me dijo la fecha en que murió Grace cuando la llamé el día que llegaste.

Se gira hacia el cuadro, admirando la elegancia de nuestros antepasados.

—Eres igual a ella.

No sé qué decir, ni cómo sentirme ante tanta información que carece de lógica, pero que es un hecho irrefutable. Regreso al cuadro, a la sonrisa que me devuelve Grace desde la pintura y me estremezco. Soy como ella, o al menos el parecido es tan evidente que nadie dudaría de nuestro parentesco.

—¿Cuál era la relación entre Liam y el tatarabuelo de Matt?

—Se llamaba Ramsey. Eran como hermanos, así se consideraban y se trataban como tal. No sé mucho más, solo que hace un par de años, Matt me comentó que su madre estaba recabando información sobre ellos. Yo quise unirme, pero me fue imposible y luego lo olvidé- Sin embargo, ella estaba muy interesada en el tema y estoy segura de que podrá contarte más cosas.

Asiento con la cabeza, perdida en mis propias sensaciones.

—Debo irme, prima, pero en ese baúl aún quedan algunas pertenencias que han sobrevivido al paso del tiempo. Son bastante frágiles, aunque quizás te apetezca verlas.

Gabi desaparece y yo no atino a pedirle que no me deje sola en este lugar. El miedo y la emoción se entremezclan en mi interior.

Me acerco al baúl con curiosidad y, al abrir la tapa de madera, esta chirría evidenciando el paso del tiempo en sus bisagras desgastadas. Poco a poco voy descubriendo los objetos de otra época: guantes de encaje, antaño blancos; algún libro, con las hojas desgatadas y amarillas; unas pinturas pequeñas de otros miembros de la familia; una pesada capa… Hasta que mis dedos rozan una tarjeta de baile y la saco con cuidado. Está decorada con un hilo dorado. Al girarla para ver el reverso, encuentro el nombre de los bailes y en el apartado donde debían escribir los caballeros para reservar la pieza elegida, la firma de Liam en grande ocupando todos los espacios.

Paso mi dedo por encima con cuidado y respeto, como si escribiera con mi yema su nombre. Un fuerte mareo me ataca sin

piedad. Atisbo una sombra cerca de mí, no puedo respirar y…, pierdo la consciencia.

Los truenos que acompañaban la tormenta de aquella noche, les habían hecho abandonar el baile antes de tiempo. Grace estaba agradecida por ello, hacía dos años que era la esposa de lord McAlister, pero no se acostumbraba a ser una dama, ni a los eventos sociales eternos.

—No fue tan terrible —afirmó Liam mientras entraban en la acogedora habitación que compartían: elegante, sobria, con una inmensa cama en el centro con un dosel blanco sobre ella.

—Pides demasiado, milord —respondió ella acercándose a la chimenea para calentarse las manos. Estaba helada y se sentía muy cansada, más que de costumbre.

Liam se detuvo y la observó, tratando de comprender qué le pasaba. Hacía mucho tiempo que no usaba su título para dirigirse a él, aquel hecho, junto a alguna que otra mirada airada, lo había dejado preocupado y perplejo.

Agarró una manta y se dirigió hacia ella, colocándosela sobre los hombros con cariño.

—Querida, comprendo tu enojo, tal vez no fui todo lo considerado contigo que debería.

—No me lo tengáis en cuenta —pidió ella apesadumbrada —, hace días que no me encuentro demasiado bien.

Grace se recostó contra él, absorbiendo su calor, sintiéndose más reconfortada.

—Te garantizo que…

Liam no pudo acabar la frase, cuando Grace se apartó de él y salió corriendo rumbo al excusado, indispuesta y pálida, con la mano sobre la boca, conteniendo a duras penas una arcada.

El lord asustado por la reacción de ella la siguió mientras en su mente se formaba una idea que pronto tuvo confirmación: estaban esperando su segundo hijo.

8

Mareo



Cuando abro los ojos me encuentro en la cama, arropada y vigilada por Leo, que tiene cara de preocupación. Poco a poco recuerdo lo que ha pasado, cómo al rozar el nombre de Liam en la tarjeta de baile todo se nubló, trasportándome muy lejos de mi realidad.

—Helena, me has dado un susto de muerte —afirma mi hermano con un deje de angustia en la voz—. Gabi nos dijo que estabas en el ático y cuando subo a buscarte te encuentro tirada en el suelo. ¿Te duele algo?, ¿te has golpeado en algún sitio? ¿Qué ha pasado?

—Estoy bien —contesto con rapidez—, tan solo me mareé, no he desayunado aún, seguro que ha sido una bajada de azúcar.

Trato de quitarle importancia, pero sé que no lo he convencido.

—Voy a llevarte al médico ahora mismo, no sé cuánto tiempo has estado inconsciente.

—No —respondo reuniendo toda la fortaleza que me queda—. No es necesario, me encuentro bien, te lo aseguro.

—No es el momento de ponerse cabezota, cuando papá y mamá se enteren de esto.

—¿No están?

—Salieron hace una hora con la tía Beth —confirma con el ceño fruncido.

—No les digamos nada. Te prometo que, si vuelvo a encontrarme mal, te lo diré, pero… estamos de vacaciones, en plenas Navidades, no quiero que se preocupen, ya bastante han tenido con lo de Santi.

Veo como sopesa mi petición y sé que está más cerca de rechazarla que de aceptarla por la manera en que arruga la frente. Me incorporo con cuidado y esbozo una sonrisa tranquilizadora. Necesito que claudique a mi favor.

—Íbamos a ir a comprar los regalos que faltan —le recuerdo.

—Tú no vas a ir a ningún sitio —afirma con rotundidad.

—Está bien, yo me quedo aquí descansando y te doy una lista con lo que necesito —comienza a negar con la cabeza y me apresuro a convencerlo—. Mañana no va a ser posible ir a ningún lado y… por favor, Leo, te lo ruego. No tengo nada, ni siquiera lo pensé.

—Está bien —dice tras unos segundos de reflexión que se me antojan eternos—. Anótalo todo, dejaré a Amalia aquí y…

—La necesitas.

—¿Por qué?

Nunca lo había visto tan enfadado conmigo, ni siquiera cuando le tocaba sus videojuegos sin permiso.

—Hay cosas que no vas a saber elegir sin ella. Yo estoy bien, no me moveré.

—¿Me lo prometes? —pregunta alzando una ceja.

—Claro.

No está convencido, parece no fiarse de mi palabra, pero al final asiente resignado y, tras traerme algo para comer, junto a Amalia que también está preocupada, se despiden con mi lista de regalos entre sus manos. Adoro elegirlos, pero tendré que esperar al año que viene.

Los veo marchar desde la ventana de mi habitación y me doy cuenta de que me he quedado sola, en una casa que esconde entre sus paredes los secretos de todos nuestros antepasados. Es extraño e inquietante.

En la mesilla de noche está la tarjeta de baile arrugada, la he destruido sin querer y tendré que disculparme con Gabi por eso, pero no me atrevo a tocarla para no volver a irme.

«¿Cómo puedo definir lo que estoy viviendo?, ¿Son alucinaciones?, ¿recuerdos de un pasado que no me pertenece? ¿Por qué estoy siendo testigo de ellos?»

Nada tiene sentido, al menos no en el plano más práctico que es donde siempre me he movido.

Aparto de mi cabeza todo, me siento en la cama a comer un poco mientras reviso las redes sociales, necesito evadirme un poco.

—¡¿Otra vez?!

No debería sorprenderme, pero ahí está mi cruz particular, haciéndose la víctima en un nuevo vídeo que me niego a reproducir. Entro en su perfil y lo bloqueo. Ya no me da pena, ni tengo ningún tipo de remordimiento por lo que ha pasado, él solito se ha buscado mi reacción.

—Que te vaya bonito —digo en voz alta—. Menudo capullo integral; de la que me he librado.

—No os merecía.

Se me encoge el estómago al oír de nuevo esa voz, trato de respirar profundo, pero es en vano. No ha sido fruto de mi imaginación. Sea lo que sea, está aquí conmigo, en la habitación.

La tarjeta de baile se mueve sin que nadie la haya tocado y cae de la mesilla de noche. Salto de la cama y salgo corriendo de la habitación rumbo a la planta baja. Necesito aire, espacio, calma…

Acabo en la calle, sin llaves para volver a entrar y con solo un jersey gordo para abrigarme, al menos he tenido a bien ponerme las botas de agua. Debería llamar al timbre para que alguien me

abriera, eso sería lo sensato, pero no lo hago y comienzo a caminar rumbo a ninguna parte, lejos de ellos.

Grace y Liam, mis tatarabuelos.

—¿Qué queréis decirme? —murmuro hablando al viento como si pudieran responderme—. Ya sé, nací en la misma fecha en que murió Grace un montón de años después y ¿sólo por eso estáis aquí?

Me detengo de golpe, no sé cómo ni porque, pero mis erráticos pasos me han llevado hasta la casa de Matt. Parece mi respuesta a esa pregunta que he lanzado al aire.

Me acerco a la puerta con decisión, dispuesta a poner un poco de lógica en todo lo que me está pasando. Cuando estoy a punto de llamar al timbre, caigo en la cuenta de lo que estoy haciendo. No sé qué voy a decirle a la madre de Matt, no la conozco. Ni siquiera estoy segura de lo que estoy viviendo, pero la necesidad de entenderlo me impulsa a avanzar.

Llamo al timbre y un rato después, la puerta se abre. Me atiende una joven que trabaja en la casa, le cuento quien soy y le pido que se lo comunique a Margaret, cruzando los dedos para que quiera recibirme.

Me deja en el amplio *hall* y, a medida que van pasando los minutos, me voy arrepintiendo de molestar a esa mujer que no me conoce de nada.

«Va a pensar que estoy loca».

Me giro buscando el picaporte para marcharme cuando unos pasos me detienen.

—Hola, niña.

Su voz suena serena y no sé por qué, pero siento que parte de mi nerviosismo se evapora. Me giro con mi mejor sonrisa adornando mi cara. Es una mujer muy bella, esbelta y de porte distinguido. Puedo notar el parecido con Matt en su pelo y en el gris de sus ojos.

—Debería disculparme por presentarme así sin avisar, pero…

—Tranquila —dice, quitándole importancia—, imagino que tienes un buen motivo. Eres una McAlister y esta casa siempre será vuestro hogar también.

—El apellido lo llevo de segundas y…

—Ven, querida, hablemos en el salón de visitas, es mi lugar favorito.

Sigo sus pasos por el largo pasillo, tratando de ordenar mis ideas. Quisiera contarlo todo tal y como lo estoy viviendo, pero estoy segura de que lo único que conseguiría, es un viaje al hospital sin retorno. En realidad, creo que debería darme la vuelta y salir corriendo lejos de aquí.

No me lo permite, como si intuyera mi próximo movimiento, abre la puerta del salón que conserva el estilo recargado de la época victoriana y me invita a entrar.

No puedo negarme, una parte de mí tampoco quiere hacerlo.

Cuando estoy sentada en el sillón al lado de Margaret, al fin me detengo a mirarla. Tiene los mismos ojos que Matt, desprende bondad y no parece molesta por haberme autoinvitado a su casa.

—Quiero reiterar mis disculpas por presentarme a estas horas en su casa.

—Es pronto para el té, pero tarde para la comida. No es el momento ideal, pero tampoco estaba haciendo ningún menester que fuera importante. Desde que me jubilé, algunos días se me hacen eternos.

A pesar de sus palabras no hay tristeza en sus ojos, sino una sonrisa que lo cubre todo.

—He tenido que esquivar a mi hermano, no quería dejarme salir —confieso, justificándome de más sin necesidad.

—¿Por qué Leonardo tomaría esa decisión?

—¿Lo conoce? —cuestiono y caigo en la cuenta de que la única que se ha perdido bastantes capítulos de la historia familiar soy yo.

Si le sorprende mi pregunta, no da muestras de ello.

—Sí, Matt tuvo a bien presentármelo. Una compañía muy agradable, un buen joven que sin duda lleva la lealtad y la protección a su familia en la sangre, algo muy común en los McAlister.

—¿Cómo lo sabe? —pregunto con curiosidad.

—Nuestras familias han estado conectadas durante generaciones. Es una amistad duradera forjada por dos hombres que se consideraban hermanos.

—Ramsey y Liam.

—Exacto, querida. ¡¿Dónde están mis modales?! —dice más alto de lo necesario, sorprendiéndome—. Debería invitarte a algo, ¿qué te apetece tomar?

—No es necesario.

—Discrepo y no acepto excusas.

Antes de que pueda contradecirla de nuevo, se levanta y sale del salón, dejándome sola en un lugar que me resulta conocido. No me sorprende, estoy segura de que en alguno de mis múltiples sueños he visto esta casa.

Recorro la estancia con la mirada, en busca de algo que despierte mis recuerdos. Hay varias estanterías, pero es la vitrina de cristal lo que atrae mi atención. Me levanto y voy hacia ella, quedándome a varios pasos de distancia, con las manos en la espalda y observo las diferentes baldas con bolas de nieve. Es un espectáculo para la vista, cada una parece única, una joya.

Margaret regresa cinco minutos después y no se sorprende de verme levantada.

—En seguida nos traerán un poco de café.

—Gracias —contesto, azorada, volviendo a mi asiento—. Son muy bonitas, tiene un gusto exquisito.

—Agradezco tus palabras, pero no son mías, cielo.

La miro sorprendida, pues de todo lo que pensaba que iba a decirme, eso es lo último que me imaginaba.

—Son de Matthew. En cada viaje que hace busca una bola de nieve. No siempre las encuentra y, en ese caso, compra una figura que le guste y manda hacer la bola. Lo que has podido ver ahí es solo una muestra, tiene otras tantas en su habitación.

—Es una gran sorpresa.

La muchacha que me abrió la puerta antes, aparece en el salón con una bandeja dispuesta con todo lo necesario para el café, Margaret no duda en servirme el mío y, por un segundo, la escena parece sacada de una película de época.

Su atención vuelve a mí, cuando ya tengo mi taza entre las manos, humeante y reconfortante. Ella termina de servirse segundos después, recuesta la espalda sobre el sillón y me mira de reojo.

—Hace bastante frío para salir así a la calle.

—Salí corriendo de casa —comento percatándome de mi despiste.

Da un sorbo a su bebida.

—Eso fue bastante impulsivo de tu parte, también un poco imprudente.

—Lo sé —admito sonrojándome ligeramente ante su regañina cariñosa—. A veces me dejo llevar por impulsos y no debería.

Asiente con la cabeza y el silencio se instala entre nosotras, aprovecho para dar un sorbo al café con leche y poner en orden mis ideas.

Estoy aquí, a un paso de conocer más sobre Liam y Grace, pero no me atrevo a preguntar. Ni siquiera sé qué necesito saber para colocar las piezas del puzle y volver a estar tranquila.

—Te pareces a ella —suelta de golpe y noto como mi estómago se encoge—, a tu tatarabuela.

—Eso he descubierto hace unas horas y no sé cómo encajarlo, ni que significa, pero… mi visita tiene que ver con ellos —suelto de golpe ante su mirada comprensiva y cariñosa—. Tengo tanta curiosidad por saber qué les pasó, sobre todo a Liam y Gabi dijo que podríais ayudarme.

—Por supuesto, a fin de cuentas, todo ello forma parte de tu historia. Respecto a lord McAlister —lanza un suspiro al aire que no sé cómo interpretar—, según los diarios de Iara, él decidió morir.

—No —la sorpresa ante esa revelación es demasiado grande para ocultarla—. ¿Atentó contra su vida?

—No, pero ella, Iara, trató de salvarlo, de atarlo a la vida recordándole toda la gente que lo amaba. Murió el 25 de diciembre de ese año, no pudo soportar vivir en un mundo sin Grace.

—Dentro de dos días. —Me mira extrañada y me apresuro a justificar mi respuesta—. Será su aniversario.

—Sí —responde con una sonrisa, ajena al mar de incertidumbre en el que navego—. Iara se quedó sola, vivió unos cuantos años más velando por la familia que habían construido y poniendo por escrito lo que vivieron.

—Un regalo para todos nosotros.

—Sí, hay mucho ahí. Una gran historia. Creo que aún conservo algo que…

Se levanta sin terminar la frase y va hacia las estanterías que hay en el extremo derecho del salón. Revisa varios cajones hasta encontrar una caja de madera, la abre con aire solemne.

—Aquí está —murmura sacando un pedazo de papel doblado por la mitad—. Sabía que lo había visto hace poco cuando ordenaba.

Regresa al sofá y, cuando se sienta, me ofrece lo que acaba de buscar. Por el color sé que es antiguo, por un instante temo tocarlo y volver a sufrir un colapso, pero no hacerlo supondría un desaire hacia Margaret. Por suerte, al cogerlo no percibo nada extraño, tan solo mi curiosidad creciendo por momentos.

—Iara lo guardó durante años y el resto de la familia también lo mantuvo a buen recaudo, en él encontrarás dónde está enterrado Liam.

Mi corazón se estruja ante esa revelación.

—¿Qué te ocurre, preciosa?

—¿Por qué decidiste investigar un pasado tan lejano? —pregunto tratando de alejar de mí el foco de la conversación, aún no he conseguido asimilar lo que he descubierto.

—Me ha acompañado toda la vida, los diarios de Iara siempre han estado al alcance de quién quisiera asomarse a ellos. Mis antepasados los conservaron con cuidado, preservándolos. En mi adolescencia me dediqué a leerlos y, cuando enfermé, fueron un refugio para mí.

—Entiendo que ella escribiera sobre su familia, pero…

—Ellos tenían un concepto de familia muy amplio, preciosa —me recuerda con cariño—. Te sorprenderías la cantidad de información que hay en ellos de otras personas, incluso de su personal del servicio. ¿Cómo no iba a escribir sobre los McAlister? Ramsey y Liam eran como hermanos, al igual que Iara y Grace, se amaban, se protegían y defendían. Sí quieres puedes leerlos.

—Me quedo con lo que me estás contando —afirmo, demasiado abrumada con la información obtenida, como para conocer aún más cosas—. Me parece fascinante, no solo lo que vivieron, sino que su legado siga presente después de tantos años, gracias por mantenerlo a salvo.

—No podía ser de otra forma.

La paz que me da saber lo que Margaret me ha contado es tan grande que, por un momento, me permito sopesar todo. Quizás esa es su enseñanza, la importancia de la familia. Si es así, lo entiendo, pues en mi desesperación por tener mi propia vida, me olvidé de cuidar a los míos, de priorizarlos y honrar su legado.

Estoy a punto de despedirme de mi anfitriona cuando Matt aparece en el salón, exhibiendo una sonrisa que ilumina su rostro. Se acerca a su madre y le da un beso en la mejilla derecha. Es un bello gesto de cariño que contrasta con mi idea de lo fríos que pueden ser los ingleses.

—Helen.

Mi nombre en sus labios parece accionar un resorte. Me levanto y le ofrezco mi mano, pero él la usa para tirar de mí y darme un beso en cada mejilla. Su otra mano reposa en mi cintura, atrayéndome otro poco más hacia él con delicadeza. Es un gesto sutil, pero peligroso, que espero haya pasado desapercibido a su madre.

Vuelvo a mi asiento y él se coloca junto a mí, tan cerca que mi pierna roza la suya.

—Ya veo que os conocéis.

—Gabi, mi prima, me pidió que os trajera los dulces navideños y Matthew los recogió —respondo con rapidez, antes de que él pueda decir algo más inapropiado.

—Después nos volvimos a ver en el jardín botánico. No creo que hayas olvidado nuestra cita de ayer, sería decepcionante haber dejado una huella tan efímera en ti.

Si buscaba despertar alguna emoción por mi parte, lo ha conseguido, ya que siento que enrojezco hasta la raíz de mi cabello. ¿No se supone que los ingleses son fríos y desapasionados? Alguien se olvidó de contárselo a Matt, pues el calor que desprenden sus ojos al mirarme va a conseguir abrasarme.

—Nos encontramos justo cuando ambos íbamos a entrar y… —me detengo, lo que acabo de decir puede dar lugar a dudas—. Yo estaba con mi familia y lo invité a acompañarnos.

—Ahora lo entiendo todo —afirma abriendo mucho los ojos con regocijo—. Matt llegó anoche bastante entusiasmado, más hablador que de costumbre.

Es el turno de Matt de avergonzarse, veo el sonrojo en sus mejillas y sonrío.

—Hacía tiempo que no lo veía así —continúa Margaret disfrutando de la incomodidad de su hijo—, e imagino que tu compañía tiene mucho que ver con ello.

—Me alegro —contesto tratando de sortear la incomodidad detrás de la insinuación velada de sus palabras—, fue una tarde maravillosa. El jardín botánico es espectacular.

—Mi niño necesita divertirse de vez en cuando.

Los veintisiete años de Matt parecen rebelarse contra esa afirmación. Carraspea y se acomoda, rozando mi pierna con la suya al hacerlo, pero su expresión se mantiene tranquila y afable, sin mostrar enojo ante las palabras de su madre.

—Bueno, pequeños, debo retirarme —anuncia Margaret, con gesto de disculpa—. Hace días que no me encuentro del todo bien y sé que lo mejor es descansar. Helena, cariño, si tienes alguna curiosidad más sobre nuestros antepasados, no dudes en venir a verme. Siempre serás bienvenida en esta casa. Es un tema que me ha apasionado toda la vida.

—Gracias por todo.

—Un placer. Te dejo en buenas manos y, no debería decir esto, pues un McAlister se lo tomó muy al pie de la letra durante años, pero ¡qué diablos!, es una realidad ineludible: estás en tu casa.

Siento una corriente de aire frío por la espalda que me impide responder con cortesía y, cuando recobro la capacidad de hablar, Margaret ya se ha marchado. Llevándose toda la sabiduría e información con el

9

Amor



Matt coloca su mano sobre la mía y su calor parece alejar cualquier preocupación de mi cabeza. Es un gesto demasiado audaz e inapropiado, pues no nos une ningún tipo de lazo, pero no la aparto, no quiero hacerlo, me hace sentir demasiado bien.

El silencio se ha instalado entre nosotros. Sé que debería moverme, alejarme de él, dedicarle una sonrisa de cortesía y volver a la casa de Gabi, antes de que mi hermano descubra que he faltado a mi palabra, pero, en vez de hacer eso, acerco mi cuerpo ligeramente al suyo, disfrutando de la paz que me trasmite su cercanía y su calor.

—Cuando te vi aquí, pensé que andabas buscándome —comenta él.

—Llegué por un impulso, Matt —respondo y la duda se refleja en sus pupilas—. Además, no me sé tus horarios. ¿No deberías estar trabajando?

—Te los apuntaré en una hoja. O tal vez pueda meterlos en tu calendario del móvil. ¿Me lo prestas?

—Demasiado atrevido, ¿no te parece?

—Solo cuando se trata de ti.

Esa frase se clava en mi alma con tanta fuerza que parece sacudirme.

—¿Por qué me engañaste ayer? —pregunto tratando de recuperar el control de la situación.

—¿Con respecto a qué?

—Sé que has hablado con Gabi sobre mí. Me hiciste creer que era casualidad que estuvieras en el jardín botánico, ¿por qué?

—Me gustas.

Lo suelta así a bocajarro y con una rotundidad tan inmensa que, esas dos palabras se quedan flotando en el ambiente, mientras su mirada pretende descubrir cada uno de los secretos que escondo.

—No soporto las mentiras —digo con firmeza, entrecerrando los ojos.

—No quería espantarte. Desde que te vi no estoy actuando como suelo hacerlo, algo me impulsa a llegar hasta ti y…

Mira nuestras manos aún unidas y algo dentro de mí se revuelve, como si él fuera a alejarse en cuanto repare en lo que está haciendo.

—No suelo comportarme así.

—En ese caso…

Voy a separar mi mano de la suya y él me lo impide, con una sonrisa de disculpa.

—Me refería a que no cojo confianza tan rápido, no es mi modo de ser —señala con un gesto de disculpa—. Desde que rocé tu piel por primera vez y percibí el aroma de tu perfume perdí la cordura —me estremezco al escuchar sus palabras—. Te has colado en mi cabeza, en mis sueños, en cada uno de los segundos de mi día. Suena irracional, pero es lo que siento y no puedo negarlo. En realidad, no quiero.

Quisiera lanzarme a sus brazos y perderme en la dulzura que percibo en su mirada, sin embargo, me contengo, pues soy consciente de que no estoy en mi mejor momento.

—Matt, mi situación es complicada.

—Lo sé —afirma con rapidez—, desconozco dónde nos llevará todo esto, pero estoy dispuesto a averiguarlo. ¿Tú qué opinas?, ¿te atreves a conocerme?

Debería huir, pero asiento con la cabeza, enredada en sus ojos grises, asombrada por lo bien que me sienta cada una de sus afirmaciones. Necesito la paz que me proporciona, quiero que esté aquí, a mi lado, sosteniéndome y conociéndome con las ganas que demuestra con sus acciones.

—Paso a paso.

—Mientras no salgas corriendo, me vale.

—No está en mi intención hacerlo —digo con un ligero titubeo—. Gracias.

—¿Por qué?

—Por demostrarme que aún tengo mucho que aportar.

Se acerca a mí y contengo un suspiro, hasta que noto sus labios en mi frente. Es un beso fraternal, cariñoso, pero que despierta en mí un volcán de emociones difíciles de contener. Cuando se aparta de mí, tengo que sujetar el deseo de lanzarme a sus brazos. No puedo hacerlo todavía, se merece que le entregue mi mejor versión.

—¿Me permites que te enseñe algo?

—Claro —contesto, dispuesta a seguirlo a donde quiera.

—Genial, no sabía que te interesaba tanto la época victoriana, pero en esta casa hay un lugar que sé que va a encantarte.

—Es culpa de las series de moda —respondo quitándole importancia, temiendo que él descubra algo que no puedo compartir con nadie.

«¿Quién lo podría entender?».

—Pero antes…

Me ayuda a levantarme y no permite que le suelte la mano. Vamos hasta la entrada y antes de que pueda ver qué hace, tengo sobre los hombros uno de sus abrigos. Me insta a meter los brazos por las mangas y abrocha la cremallera en un gesto tan íntimo que estoy a punto de derretirme.

Es demasiado perfecto, se preocupa por mí, parece realmente interesado en lo que me gusta. El perfume que aún conserva la prenda se cuela en mis fosas nasales, arrullándome mientras Matthew me guía fuera de la casa. La rodeamos por el sendero de piedra hasta la parte trasera.

La impresionante estructura de hierro y cristal del invernadero que tienen allí me sorprende sin previo aviso. Es bellísimo, una construcción simétrica y con un porte envidiable. Nos acercamos a él y Matt abre la puerta, haciéndose a un lado después para dejarme pasar.

Las hileras de peonías, aromáticas y plantas de todo tipo ocupan el espacio de manera uniforme y estética. La humedad es un tanto asfixiante, pero la ignoro, observando cada detalle.

—Se conserva tal y como lo construyeron en el 1850 —informa con un deje de orgullo que es imposible pasar desapercibido—. Por lo que descubrió mi madre se construyó en honor a la hermana de Ramsey, mi tatarabuelo.

—Es una maravilla —afirmo conmocionada ante tanta belleza—, aunque debe dar mucho trabajo.

—Eso te lo aseguro, mi madre se ocupa de lo que puede cuando se encuentra bien —en su voz se refleja el dolor por la enfermedad de Margaret—. Además, contamos con una persona que viene todos los días a mantenerlo en orden.

—¿Y tú?

—Yo no soy capaz de cuidar ni un cactus —comenta guiñándome un ojo—, las plantas no son lo mío.

Recorro los pasillos sin prisa, observando todo con interés. No es para menos, en cada planta se ve el cuidado y la dedicación que ponen en mantenerlo bien.

—Me encanta —digo cuando termino mi paseo, mientras vuelvo hacia él, su sonrisa es encantadora y…

Sé que no debería, pero este lugar, este entorno, el interés que veo en él. Noto cómo mi corazón se acelera con cada paso que doy hasta quedar frente a Matt.

—Es perfecto, gracias por mostrármelo.

—Me alegra que sea de tu agrado.

Noto su mano sobre mi cintura, cálida e intensa. Su mirada va de mis ojos a mis labios, buscando una señal, tratando de decidir si tiene o no permiso para traspasar esa barrera invisible que aún está entre nosotros. Me pierdo en un instante mágico que no quiero que acabe. Siento como me acerca ligeramente hacia él, estoy a un suspiro de su cuerpo y esta mínima distancia amenaza con enloquecerme.

Estoy a punto de alzar el rostro hacia él, cuando mi mente analítica y práctica me frena en seco. No le conozco apenas, es un amigo de mi hermano y…

Agito la cabeza, esbozo una sonrisa de disculpa y me aparto de él murmurando un «lo siento».

Me giro, tratando de poner en orden mis pensamientos, dispuesta a soportar el chaparrón que mi rechazo ha provocado, pero tras unos instantes, este no aparece.

—Perdona, Matt, yo…

—No tengo nada que disculpar —dice y, sin saberlo, su reacción y sus palabras le hacen ganar puntos a favor.

—Gracias —digo sin mirarlo—. Debo irme.

—Lo entiendo.

El ambiente se ha tornado tenso y no encuentro nada que pueda decir que alivie la presión del momento. Camino hacia la puerta con paso firme y, cuando mi mano roza el pomo, una risa que no es mía inunda mis oídos.

Sé que está en mi cabeza, pero cada vez suena más alto, hasta que todo se vuelve un borrón que me atrapa sin piedad.

—Liam, no deberíamos estar aquí —comentó Grace en voz baja mientras lord McAlister abría la puerta del invernadero, ajeno a la inquietud que la recorría—. Aguardan nuestra llegada, habrán visto el carruaje y…

—¿Has perdido la memoria? —cuestionó él, invitándola a entrar con un ligero toque en su espalda.

—¿A qué te refieres?

Grace no perdió detalle del movimiento de Liam; lo vio cerrar la puerta y girarse hacia ella con esa sonrisa que siempre lograba acelerarle el corazón.

—Ese día, la primera vez que te tuve en mis brazos en este mismo lugar —prosiguió el lord mientras avanzaba hacia ella, acechándola—. No te imaginas lo que deseaba hacerte.

Grace dio un paso hacia atrás, tratando de aumentar la distancia entre ambos, no por temor, sino sorprendida por la actitud desinhibida con la que él se acercaba.

—Liam, esto no es apropiado.

—Estabas tan hermosa, tan enojada…

Él la atrapó en cuanto la tuvo al alcance de la mano y, al estrecharla contra sí, la cercanía de sus cuerpos encendió el deseo de ambos. Liam recorrió su espalda en una caricia que la hizo estremecer.

—Permite que te demuestre lo que despertaste en mí aquel día, un fuego que no se extinguirá jamás.

—¿Aquí? —cuestionó Grace abriendo los ojos con sorpresa.

—Sí, querida, entre peonías y enredaderas. Tú eras tan inocente y yo un maldito crápula que quería mancillarte.

Liam, sin detenerse ni un segundo, alzó su falda, dejando al descubierto las enaguas blancas y los lazos que las mantenían sujetas a su cintura.

—No podemos —protestó Grace, en un intento de mantener el decoro.

—Se lo debemos a quienes fuimos. Es malo reprimir los deseos, amada mía. Lo haré ahora, ¿qué importa un anillo en tu dedo? Obviemos tu condición y conviértete en mi amante —la incitó él mientras adornaba la curva de su cuello con besos que le erizaban la piel. Provocándola, llevándola al límite de la razón.

—Eres mi esposo —le recordó ella sin necesidad a media voz, pues sus caricias ya estaban nublando su raciocinio dando paso al deseo.

—Ahora no.

—Esto es indecente.

—Escandaloso, imprudente, inadecuado —enumeró él mientras las enaguas caían al suelo enredándose en los pies de Grace—, una delicia para los sentidos, esposa mía.

—Tu hermano nos espera. Iara se preguntará qué hacemos aquí. No tardarán en venir a buscarnos. ¡Dios bendito! —jadeó ella, al sentir los dedos de Liam rozando sus partes íntimas.

—Él no está invitado a esta celebración, en cambio tú…, no te resistas —le pidió el sin necesidad, pues su amada esposa ya estaba bien dispuesta a recibirlo.

El suspiro entrecortado de ella, frenó la diatriba de él. Dejaron las palabras a un lado, sus cuerpos eran suficientemente elocuentes con la pasión que corría por sus venas, se entendían y complementaban a la perfección.

Sin barreras, se entregaron a la fantasía del lord, rindiéndose al deseo que los consumía.

Abro los ojos lentamente, no estoy en el suelo, sino en los brazos de un Matt asustado que está tratando de despertarme de este nuevo letargo.

—Helen.

Por un instante, me pierdo en su mirada atormentada y lamento que haya sido testigo de mi dolencia. Trato de esbozar una sonrisa, pero dudo que lo haya conseguido.

—Matthew, perdóname —le suplico con la garganta rasposa y el corazón acelerado—, estoy bien, aunque no lo parezca, tan solo me mareé.

—Llevas cinco minutos inconsciente, estaba a punto de llamar a la ambulancia. ¿Qué te pasa?

Hay desesperación en su voz y mis ojos se llenan de lágrimas. No quiero que nadie se preocupe hasta ese extremo, pero tampoco puedo prever cuando me marcho a un lugar que no es mío, pero que me reclama sin que pueda entenderlo del todo.

—No tengo una explicación coherente —trato de apartarme de su cuerpo, pero no me lo permite, me sujeta contra su pecho en un abrazo tan íntimo como el que acabo de presenciar de Liam y Grace —. Debo volver a casa, gracias por no dejarme caer.

—¿Es la primera vez que te pasa?

—No, esta mañana también me desmayé, Leo me encontró y se llevó un buen susto. Debería estar en mi habitación descansando y, sin embargo…

—Está claro que estás muy débil —dice sin perder ese gesto serio que me estremece—. Tienes que descansar, Helen.

—Será lo mejor —coincido con él—. Si me devuelves mi cuerpo, prometo que me iré ahora mismo a casa.

Me observa y noto lo tenso que se pone ante mi pequeña broma, con la que solo trataba de distender un poco el ambiente.

—No me atrevo a soltarte y ver cómo te desvaneces de nuevo. Me has dado un buen susto.

—Lo siento.

—No te disculpes por algo de lo que careces de control.

Nos quedamos ahí, anclados el uno al otro. No sabe lo reconfortante que es el calor que desprende. Recuesto mi frente sobre su hombro y él murmura palabras tranquilizadoras que acunan mi alma.

—Eres un regalo del cielo —aseguro apartándome de él todo lo que me permite— y yo una condena que no merece…

Sella mis labios con su dedo, sus ojos se oscurecen con rabia. Debería asustarme, pero en el fondo de mi corazón sé que jamás me haría daño. No está en su naturaleza hacerlo.

—Helen, sé que has tenido a un imbécil a tu lado, pero te aseguro que yo jamás te trataría de esa manera.

—Veo que Gabi ha hablado de más. No todo ha sido malo.

—En realidad, fue Leo el que necesitó desahogarse —su respuesta me deja aturdida, no esperaba que mi hermano estuviera tan afectado—. Ojalá nunca lo tenga frente a mí, no sé cómo podría reaccionar ante ese ser inmaduro que te ha hecho tanto daño.

—Entre todos estáis consiguiendo que ya no duela tanto, gracias por la parte que te toca.

Sonríe, iluminando todo con un simple gesto.

—Ahora deberíamos desbloquear esta situación, no puedo pasarme la tarde pegada a tu pecho —afirmo y le guiño un ojo.

—No podría haber mejor plan.

Su insinuación rivaliza con la mía y nos deja casi sin aliento. Estamos tan cerca de romper con todo, que el miedo vuelve a mí sin piedad; miedo a no ser suficiente; a que descubra el secreto que me

está perturbando; a que no sea capaz de trasmutar este deseo que me quema en un amor real y consistente.

—Hoy no —murmuro como si así el golpe fuera a ser menos letal.

—Sé que llegará —responde él con una certeza contagiosa, sin perder el gesto sereno y la sonrisa sincera—. Eso sí, te acompaño a casa y no hay discusión posible.

Asiento con la cabeza y él me suelta lo justo para devolverme un poco de autonomía. Agarra mi mano entrelazando sus dedos en los míos. Es un gesto tan íntimo como intimidante, una declaración de intenciones que me agrada y aterra al mismo tiempo. Contengo un suspiro, dejándome llevar por él, apartando todas las objeciones que me empeño en encontrar.

Recorremos el camino que separan nuestras casas en un agradable silencio. No sé qué decir, tan solo quiero que esos pocos metros se conviertan en kilómetros eternos que nos permitan seguir como estamos ahora.

Me detengo un poco antes de llegar a la puerta de casa, justo al lado de la del vecino. Recupero mi mano y enredo mis brazos debajo de mi pecho.

—Matt, creo que desde aquí puedo continuar sola. Gracias por preocuparte por mí y por cuidarme, no quiero ponerte en un aprieto, si Leo está dentro, la cosa se va a poner desagradable. Me pidió que me quedara acostada por lo del mareo y…

—En ese caso, con más motivo debo acompañarte hasta allí para saludarlo.

Sin duda ha enloquecido y no he tenido nada que ver en el proceso o eso quiero creer.

—No puedo…

—Le diré que vine a verte —dice para tranquilizarme— y te invité a caminar un poco para ver si el aire fresco te hacía sentirte mejor.

—Eso es una mentira.

—No, una media verdad. A fin de cuentas, sí hemos dado un paseo y no has estado a la deriva, sino en mi casa, a salvo.

—¿Cómo voy a explicar lo de tu abrigo? —pregunto, pues sé que no me va a permitir dárselo antes de entrar.

—No se va a dar cuenta —afirma con tal convicción que no puedo rebatirlo—, no es nuestro fuerte fijarnos en esos detalles. Permite que cumpla con la misión más importante de mi día.

—Está bien —claudico a su favor, hipnotizada por sus gestos caballerosos y sus hermosos hoyuelos.

Vuelve a ofrecerme su mano y no dudo en tomarla. Cuando mi piel roza la suya noto algo, una sensación que no se explicar con palabras, así que me aferro a esa emoción agradable, me anclo a la seguridad del hombre que camina a mi lado y me dejo llevar.

10

24 de diciembre

Nochebuena



Si alguien me hubiese dicho hace cinco días, aquel último día de clase antes de las vacaciones que ahora parece tan lejano, que me iban a pasar tantas cosas en tan poco tiempo, no le habría creído.

Desde entonces vivo en una montaña rusa tan rápida que apenas puedo asimilar lo que está pasando. Salgo del baño y me acerco a la cama, son las ocho de la mañana y llevo una hora despierta, esperando algún nuevo fenómeno paranormal que me ponga los pelos de punta, pero no ha pasado nada. Debería estar aliviada por ello, pero noto la tensión en mi cuello, estoy expectante y alerta.

Me siento y saco de la mesilla el papel que me dio Margaret ayer. Lo abro y releo su contenido, el nombre de Liam McAlister parece destacar por encima del resto de palabras. Por lo que he averiguado buscando en internet, se trata del registro de dónde está enterrado en el cementerio Brompton: fecha, lugar, título. Todo son palabras vacías.

—¿Cuánto hace que nadie te visita? —pregunto y el impulso de hacerlo yo está a punto de sacarme de casa, aunque lo aplasto debajo de un montón de excusas.

No debería tocar nada de aquella época, visto el efecto que provoca en mí, pero por alguna razón este papel es inocuo. Vuelvo a guardarlo y decido bajar a desayunar, anoche me acosté en cuanto llegué de mi «paseo» con Matt y tengo el estómago vacío. Debo continuar con mi rutina. Hoy es uno de mis días favoritos del año y estoy dispuesta a pasarlo bien, obviando todo lo demás.

—¿Podríais darme una tregua? —pregunto en un murmullo, sintiéndome un poco tonta hablando al aire y mirando alrededor en busca de una respuesta.

Salgo de la habitación, recorro el pasillo sin hacer ruido y, cuando termino de bajar la amplia escalera, me encuentro un espectáculo que no esperaba: hay al menos diez personas con cajas en las manos capitaneados por Gabi que se ha puesto un chándal rosa que le sienta como un guante.

A cuatro de ellos les pide que dejen las cajas en el suelo del *hall*, a la derecha de la puerta. Se inclina hacia las cajas y las abre, en ellas hay adornos navideños en blanco y dorado, brillantes y delicados.

Me acerco a ella, espero a que les dé indicaciones y la saludo, frenándola con una mano sobre su brazo.

—¡Qué madrugadora!

—¿Qué es todo esto?

—Mamá decidió ayer por la tarde que quería invitar a unos amigos a la cena y debemos dar buena imagen —dice, agarrándose a esa obligación que se ha autoimpuesto—. No sabes lo que me ha costado encontrar una empresa que viniera tan rápido y que pudiera, claro. Ayer me pasé la tarde desempolvando adornos navideños.

—Podías habérmelo dicho, te habría ayudado.

—Estabas más pálida que este angelito —afirma mostrándome el susodicho que debe medir como un metro y tiene la cara de un querubín—, parecías a punto de desmayarte. Tenías que dormir.

—Lo sé.

—Prima, ningún hombre merece tus desvelos, menos después de tratarte como lo ha hecho.

«Sí tú supieras quién me está trastornando». Esbozo una sonrisa de disculpa y busco la respuesta perfecta, pero sobre todo real.

—Santi ya está fuera de la ecuación, pero creo que todo el estrés de este último tiempo tenía que salir por algún lado. Ya me siento mejor.

No es una mentira, tan solo una media verdad que ilumina el rostro de Gabi. Está totalmente justificada, o eso quiero creer porque jamás he soportado usar el engaño con nadie, mucho menos con alguien a quien quiero tanto.

—Tienes mejor cara.

—Gracias. Deja que me tome un café y te ayudo, entre las dos acabaremos antes.

—No, desayuna en condiciones y vienes. Te aseguro que aquí hay trabajo para varias horas. Está todo dispuesto, así que no te cortes.

Lanza un beso al aire y desaparece en el salón, seguida de su séquito de ayudantes. Vuelo hacia la cocina y soy recibida por mi madre y mi tía, ayudadas por una mujer que se afana sobre una olla tan grande que no podría usarla en la mía, mientras suenan villancicos en el reproductor. Están con las manos en la masa, adelantando la cena, pero eso no impide que acompañen con su conversación mi desayuno: un café con leche, un bol de macedonia y unas tostadas con aguacate.

Cuando termino regreso sobre mis pasos y me pongo a las órdenes de Gabrielle. La mañana pasa volando, los ayudantes se marchan y yo admiro la elegancia de los adornos escogidos: son blancos y dorados y dan un aspecto etéreo al lugar. Sin duda hemos dejado la casa perfecta para cualquier postal navideña.

Después de comer todos juntos nos echan a la calle. No sé cómo lo han conseguido mis padres, pero me veo dando un paseo por

Mayfair junto a Leo, Amalia y Gabi sin saber muy bien qué hacer hasta que mi prima sugiere ir a tomar algo.

El lugar elegido es The May Fair Bar. Al cruzar el umbral siento que hemos entrado en otra época, más actual, pero con una elegancia que te envuelve. Hay *jazz* como música de fondo y aunque hay gente, las conversaciones no aturden, pues en las mesas mantienen un tono de voz sereno que permite sentirse bien.

Nos sentamos en una mesa con sillones tapizados en marrón oscuro, casi negro. Son tan cómodos que parece que te absorben. La camarera no tarda en atendernos y pronto estamos enfrascados en una conversación que no lleva a nada, pero que lo dice todo: las Navidades pasadas. Aquellas en las que todos éramos niños, cuando el padre de Gabi nos animaba a crear cuentos entre todos y representarlos, o nos pasábamos las tardes de Navidad jugando al Monopoly.

—Es el mejor juego del mundo —sentencia Leo con una sonrisa, acariciando la pierna de Amalia que escucha nuestras anécdotas con atención.

Me agrada ver a mi hermano relajado después de todo lo que le ha tocado vivir por mi culpa.

—Siempre me fastidiabas comprando lo que yo quería —añade Gabi con un mohín en una vieja disputa que nunca tendrá solución.

Veo cómo mi prima guiña un ojo a Amalia. Me alegra sobremanera que se lleven tan bien.

—Sois muy malos perdedores —recuerdo con una sonrisa de suficiencia.

—Tú, una gran rival.

Casi tiro el cóctel sin alcohol que he pedido, al escuchar la voz de Matt detrás de mí. Se agacha y me planta un beso en la mejilla delante de todos. Mis ojos vuelan hacia Leo buscando su reacción, pero ni siquiera parece extrañado con la actitud de su amigo.

Matt se sienta a mi lado acercando un sofá individual a nuestra mesa. El intercambio de miradas ente Gabi y él es suficiente para saber que ella ha vuelto a intervenir.

—Gabrielle, recuérdame cuando lleguemos a casa, que te comente una cosita —le pido y no puedo evitar que en mi voz se refleje el enfado que siento.

—No hace falta, prima, no tienes que agradecérmelo. —La muy descarada me guiña un ojo con chulería.

Pobre mía, tiene un tic y no se había dado cuenta; era lo que le faltaba. Antes de que pueda encontrar una respuesta ingeniosa, Matt toma la palabra.

—Las he traído —informa mirando a mi hermano, saca un sobre del bolsillo interior de su chaqueta y se gira hacia mí —. ¿Quieres hacer los honores? —me pregunta con una chispa de diversión.

—No debería tocar…

Freno en seco al darme cuenta lo que iba a decir en voz alta.

—¿Qué es?

A Matthew no le ha pasado desapercibido mi desliz. Me observa como si quisiera resolver el enigma que escondo y yo niego con la cabeza, rezando por que entienda mi mensaje. No es el momento oportuno.

—Una sorpresa.

Agarra el sobre y saca de él un conjunto de fotos. La primera soy yo con apenas siete u ocho años a juzgar por mi tamaño, junto a… ¿quién me toma de la mano mientras caminamos por el parque?

—Soy yo.

Coloca la imagen en mi regazo y me fuerzo a tocarla lo menos posible, cogiéndola por el borde derecho para observarla bien.

—¿Qué significa?

—Que también compartimos con él juegos de mesa y vimos películas juntos —responde Leo antes de que Matt lo haga—. Yo le

pedí que las trajera, estaba seguro de que te gustaría verlas.

Hay al menos veinte por lo que puedo ver cuando me las da Matthew. Amalia, que está sentada a mi izquierda, se acerca a mí con curiosidad y las voy pasando con lentitud, redescubriéndonos de pequeños: jugando, disfrazados de piratas, concentrados escuchando las historias de mi tío…

—Lo había olvidado.

—Fue un v.erano que coincidimos todos en casa de Gabi —comenta Leo

—Mis padres me dejaron con vosotros, necesitaban solucionar unos problemas y pasamos un mes juntos.

—Es como si mi mente lo hubiera borrado —comento, molesta conmigo misma por no recordarlo. En cambio, sí me reconozco y no pongo en duda sus palabras.

Aquellas fotos hacen que acabemos hablando de anécdotas de la infancia. Hacía tiempo que no me reía tanto. Cuando nos levantamos para irnos una hora después, el ambiente entre nosotros es distendido y ligero.

Leo se acerca a la barra a pagar, Amalia y Gabi van al baño. Matt y yo nos quedamos solos, antes de que pueda coger mi abrigo, él lo tiene en las manos y lo sujeta para ayudarme a ponérmelo. Es un gesto tan caballeroso, que tengo que hacer un esfuerzo para contener un suspiro que amenaza con delatarme. Deja sus manos sobre mis hombros un instante más de la cuenta y noto su respiración rítmica cerca de mí. Resoplo, es más de lo que puedo asumir.

Me aparto y giro sobre mí para observarlo.

—¿Cómo estás? —pregunta raudo con esa voz ronca que parece envolverme, aprovechando que estamos solos.

Algo en su expresión me dice que lleva queriendo saber la respuesta desde hace una hora.

—Mejor.

—¿Has vuelto a marearte? —sigue indagando.

—No, me he asegurado de dormir lo suficiente, me he alimentado bien… —«Y no he tocado nada que no debiera», añado en mi cabeza—. Podemos considerar que estoy recuperada.

—Quizás es pronto para afirmarlo con tanta rotundidad.

—No, qué va —añado sonriéndole—. Conozco mi cuerpo, Matt. Solo necesitaba cuidarme un poco.

No está convencido, a pesar de mi tono alegre. Como si pudiera leer entre mis palabras la verdad, esa que no puedo gritar o acabaré en un centro psiquiátrico.

«¿Quién va a creer que lo que he vivido hasta ahora es fruto de algo más y no una invención de mi mente?». Es un terreno peligroso y no deseo arriesgarme, ni siquiera con la persona que tengo enfrente y que parece dispuesto a combatir contra el mundo por mi bienestar.

Salimos del *pub* y meto las manos en los bolsillos conteniendo a duras penas el deseo de ofrecérsela a Matt y volver a sentir su fuerza en un gesto tan simple como revelador. Pero estamos en público y no quiero tener que dar explicaciones de algo que aún no tiene nombre, ni sentido. Es solo una emoción, un deseo que compartimos y que logra perturbarme.

Acabamos rezagados, hablando de tonterías, disfrutando del frío y unos rayitos de sol que se filtran entre las nubes grises, hasta que a lo lejos veo una tiendecita que ya había visto cuando íbamos al *pub*. Ahora está abierta y sé que tiene lo que necesito.

—¿Me perdonas un momento?

No espero su respuesta, corro unos metros hasta llegar junto a Amalia y me cuelgo de su brazo, después me inclino hacia Gabi.

—Necesito que me hagas un favor, ¿puedes distraer a Matt?

Siento la mirada de los tres sobre mí y me estremezco, quizás he demostrado demasiado entusiasmo, pero no he podido contenerme al ver que estaba abierta. Estamos en una plaza con soportales,

llena de pequeñas tiendas, las cuales están a punto de cerrar, si tenemos en cuenta la hora que es y el día: Nochebuena.

Debo apresurarme.

—Por favor. Es algo para Matt y no quiero que sospeche, antes vi un detalle que creo que va a gustarle. No puedo dejarle sin regalo de Navidad.

Mi prima asiente, saca su móvil del bolsillo del abrigo y se gira con él en alto, mientras llama a Matthew, que la mira con horror.

—Ve —dice Amalia animándome—, sobrevivirá.

Ignoro la mirada llena de preguntas de Leo y voy hacia la tienda lo más rápido que puedo, sin correr para no delatarme, aunque Gabi ya está torturando a Matt con una sesión de fotos improvisada. Entro y el sonido agudo de unas campanillas me da la bienvenida. Saludo en voz alta y alguien me contesta desde la trastienda.

El lugar es mágico, armonioso, con estanterías de madera muy clara, casi blanca, llenas de objetos de regalo elaborados a mano: desde jabones, hasta cuadros de resina, todo tan bello, que si no fuera porque sé lo que quiero, me costaría decidirme.

Una mujer de unos treinta años y sonrisa afable sale a atenderme. Le señalo lo que he escogido y, cinco minutos después, estoy fuera de la tienda, con mi bolsa en las manos y el regalo cuidadosamente envuelto. Prueba superada y, lo mejor es que sé que le va a encantar.

Voy hacia ellos y, en cuanto Gabi me ve deja de posar, anunciando en voz alta que, seguramente, ya tiene la foto perfecta para su próxima publicación en redes.

—Gracias, Matthew —dice con una sonrisa de disculpa, recogiendo el teléfono.

—No sé si encontrarás alguna decente, no por la modelo, sin duda, sino porque soy un pésimo fotógrafo.

—Con los móviles que hay ahora, solo hace falta apuntar. Además, quería tu perspectiva, esa altura tuya es perfecta.

Lanza lo que me parece un bufido y no parece una expresión propia de él. Sin duda Gabi, se ha sobrepasado un poco en su misión de distraerlo, pero cuando me acerco a él cambia el semblante hacia uno más relajado.

—¿Qué se supone que has hecho en esa tienda? —pregunta con curiosidad.

—Mis labios están sellados, Matt.

Entrecierra los ojos y da un paso hacia mí, tratando de buscar una respuesta que no quiero darle, todavía. Es una sorpresa. Niego con un leve movimiento de la cabeza, jugando con su interés. Sus ojos se abren, mostrando asombro, alza la mano y roza mi mejilla, demasiado cerca de la comisura de mis labios

—Debemos irnos —dice Leo rompiendo el mágico momento, mi corazón está desbocado—, imagino que querréis prepararos.

—Sí —coincide Matt, apartándose de mí—, se ha hecho un poco tarde.

—Por supuesto —añade Gabi, agarrándose a mi brazo como si fuera a escaparme—. Nos vemos pronto, Matthew.

Se despide de nosotros, pero solo a mí me da dos besos. Lo veo marchar, no puedo evitar sentirme un poco decepcionada. Una parte de mí está deseando irse con él. Siento la necesidad de seguir conociéndolo, pero rodeada de mi familia va a ser imposible. Tendré que esperar a que pasen estos días festivos.

11

Un momento mágico



Cuando preparé mi maleta no esperaba tener que vestirme elegante para una cena de Nochebuena. En mi cabeza iba a ser una celebración familiar e informal, de pantalón vaquero azul oscuro y jersey navideño rojo. Eso es justo lo que tengo y lo coloco encima de la cama. En breve llegarán los invitados de la tía Beth, tan solo espero no sentirme incómoda entre esa gente extraña.

Mi ducha rápida está vez ha durado un poco más, me he lavado el pelo y ahora estoy con una de esas rutinas para sacarle el mejor partido a los rizos. No es la primera que pruebo, pero sí la que mejor resultado me da, así que coloco la cabeza bocabajo mientras reparto la espuma de peinado mechón a mechón.

Escucho la puerta de la habitación y la voz de Gabi buscándome.

—Estoy aquí —respondo sin necesidad, pues seguro que ya me ha visto, pues tengo la puerta abierta.

—Por fin te encuentro —dice y puedo imaginar su sonrisa—. ¿Te lleva mucho tiempo peinarte?

—A veces demasiado, pero ya he dejado de preocuparme por conseguir los rizos perfectos, solo quiero estilizarlo un poco. Que no parezca que he metido los dedos en el enchufe.

Acabo con la espuma, peino mi cabello y me alzo, tirándolo para atrás.

—Y ¿ahora que más te toca hacer?

—Secarlo con el difusor y… no es tan terrible —comento al ver su cara de horror.

—Te queda de escándalo y a mí me da una envidia inmensa, pero no podría dedicar tanto tiempo a una cosa así.

—Imagino que también tardarás tu tiempo en alisarlo.

—Sí, es un rollo. —Mira hacia mi ropa y arruga la nariz—. ¿Esto es lo que te vas a poner?

—Sí, es lo que tengo —contesto, enchufo el secador y coloco el difusor—. No pensé que necesitaría un traje de gala y el resto de mi maleta es aún más informal, pero tendrá que ser suficiente.

Mantiene el gesto de disgusto y casi puedo ver cómo su cabeza da vueltas a algo. Después cuando parece haber encontrado la solución, sonríe y sale de mi habitación sin decir nada. Es un torbellino.

Vuelve cuando estoy terminando de secarme el último mechón con una bolsa inmensa en las manos y una sonrisa que ilumina sus ojos.

—Amalia se ha puesto un vestido precioso.

—Tú, uno que resalta todas tus curvas, que no son pocas —digo con admiración, al verla con un vestido negro que la favorece de forma espectacular.

—Y, mi querida prima, no puede ser menos.

Coloca la percha sobre el perchero de pared y baja la cremallera del porta-trajes revelando un vestido blanco con ribetes dorados, mangas abullonadas, encajes. Es espectacular.

—Parece sacado del vestuario de una serie de época —comento al ver su falda, el armazón de debajo, el corsé.

—Lo encargué hace dos años para las Navidades —comenta Gabi —, me pilló en un momento muy teatral, pero fue gratamente admirado. Te va a sentar como un guante.

—Voy a destacar a las malas —digo negando con la cabeza efusivamente—. Es demasiado.

—No te mereces menos —contrarresta ella y sé que voy a perder por la intensidad de su mirada, está decidida—. Déjame ayudarte a ponértelo. Hazlo por mí.

Sabe que no puedo negarle nada, así que tras unos segundos claudico a su favor. Diez minutos después estoy mirándome al espejo con incredulidad, envuelta en satén y encorsetada cual dama del siglo dieciocho. Se amolda a mi cuerpo demasiado bien.

—Parezco una figurante de los Bridgerton.

—Discrepo, cariño —dice detrás de mí mientras me sonríe a través del espejo—, tú serías el interés romántico del protagonista, el diamante de la temporada.

Me río ante la exageración de mi prima, pero he de reconocer que el vestido es tan espectacular que merece ser lucido con elegancia y orgullo.

—¿Por qué no lo llevas tú esta noche?

—Llámame pija, pero en Nochebuena me gusta estrenar vestido, al igual que en Nochevieja, es mi manera de honrar el año que se va y al nuevo que entra. Así que mi norma es no repetir estilismo. Este vestido es demasiado recargado para cualquier otro día, por eso solo lo he usado una vez y es una pena. Por lo tanto, no te dejo rechazarlo, disfrútalo.

Me observo, agito la falda como si fuera una campana y me rindo casi al instante. Sí, quiero verme espléndida hoy, quiero que las fotos que nos hagamos adornen mi salón en esta nueva vida que empieza ya.

—Está bien, gracias.

—Todavía no, me falta recogerte este maravilloso pelo.

Me hace sentarme en una silla y comienza a colocar mechón a mechón, con precisión y mucho trabajo.

—Hay algo que me preocupa, cielo.

Su tono ha cambiado, parece triste. La miro a través del espejo y se me encoje el estómago al observarla tan decaída.

—¿Qué pasa?

—Matt me dijo que te desmayaste ayer.

—No debió decírtelo… —respondo molesta.

—Está preocupado y yo también —lo defiende—. ¿Tienes algún problema de salud que nos estés ocultando? Es el momento de decirlo y ponerle solución, si es necesario.

Me giro en la silla para mirarla de frente y niego con la cabeza, colocándome mi mejor sonrisa.

—No hay nada de lo que preocuparse, nunca antes me había pasado y, seguramente, sea culpa mía por no cuidarme lo suficiente. Estoy bien.

Sueno convincente y ella asiente. Me cree y aunque debería sentirme bien por ello, no es así. La estoy mintiendo en la cara, algo que odio. «Necesito que esto acabe ya, por favor», les pido en mi mente como si pudieran escucharme.

Cuando bajamos al salón ya han llegado los invitados. Son dos, la mirada de uno de ellos se clava en mí en cuanto pongo un pie en el salón.

«¿Qué hace aquí?».

—Helen.

Me saluda acercándose a mí. No soy capaz de reaccionar antes de que bese mis mejillas, posando sus labios unos segundos más de lo que debería.

—No sabía que eráis los invitados de la tía Beth.

—No sé cómo se enteró de que este año estaríamos mi madre y yo solos —explica sin soltar mi cintura en un gesto tan íntimo como

natural—. No pudimos rechazar la invitación y me alegro de ello.

—Yo también —reconozco a media voz admirando la elegancia de su traje negro, aunque lo realmente espectacular es como la tela se amolda a su cuerpo.

—Ahora que estamos todos, deberíamos pasar a cenar —dice mi tía con gesto solemne.

No tardamos en estar sentados a la mesa, compartiendo un picoteo compuesto por lo mejor de las gastronomías española e inglesa. La conversación es distendida, llena de anécdotas, sin tocar temas que puedan generar conflictos amenizada con villancicos. Mientras cojo un trozo de turrón de chocolate, observo a todos los comensales, es gratificante ver lo bien que se llevan, no hay rencillas, ni frases con doble sentido, solo un cariño genuino que parece envolverlo todo. «Igual que en casa de Santi», pienso con ironía, para amonestarme justo después.

Matt a mi lado conversa con Leo que está frente a nosotros. A juzgar por las expresiones de ambos, su amistad es fuerte, se respetan y yo me siento dichosa por ello.

Cuando hay que levantar los platos de la mesa, todos ayudamos a llevarlos a la cocina y, en uno de los viajes, mientras estamos en el salón solos, aprovecho para hablar con Matt.

—Tengo algo para ti —informo, acercándome a su oído y tocándole el antebrazo como si fuera a volatilizarse de no hacerlo.

—¿El qué? —pregunta con curiosidad y esa media sonrisa que es su sello personal.

—No pienso decírtelo. —Pongo la bandeja que estaba recogiendo en sus manos—. ¿Me esperas en la cocina? —pregunto y veo la sorpresa en su rostro.

—¿Cómo pretendes que llegue allí? Esto es lo último que queda por llevar.

—Tan solo excúsate o ve a por un vaso de agua, quiero dártelo a solas—respondo, justo cuando entran mis padres, seguidos del resto

de la familia en el amplio salón—. Nadie te va a seguir para interceptarte, estás en tu casa, como dijo mi abuela hace un rato.

Aparto mi mano de su brazo y salgo rumbo a mi habitación, no tardo nada en subir, cogerlo y bajar. Cuando llego a la amplia cocina ahí está Matt, mirándome expectante. Le hago un gesto y me sigue a través de la puerta trasera hacia el jardín. Hace bastante frío, pero estoy tan emocionada por darle mi regalo, que ni siquiera presto atención a mi sensación térmica.

—¿Por qué no me dijiste que estarías aquí? —pregunto cuando nos sentamos en el banco de piedra.

—Quería ver tu cara de sorpresa —responde con descaro—. Helen, eres tremendamente expresiva ante cualquier gesto. En los últimos días, te he visto pasar por todo tipo de emociones: desde la ilusión con la que viste las luces del jardín botánico hasta la sorpresa por descubrir que durante la infancia compartimos un tiempo que atesoro con cariño.

Lo afirma con tanta pasión que no puedo evitar seguir indagando sobre ello.

—¿Por qué te marcó tanto aquel verano? Fueron solo unas semanas.

—Creo que la falta de hermanos siempre me afectó —reflexiona con cariño—, me hizo retraído. Poder convivir con vosotros un mes, fue suficiente para entender lo que me estaba perdiendo. Después de aquello, no volví a rechazar ninguna invitación a pasar tiempo con mis primos. Fue un gran regalo que obtuve gracias a vosotros.

—Eso es muy bello.

—Gracias, jamás imaginé que volvería verte y te tendría tan cerca.

El silencio vuela entre los dos, dejando paso a las miradas, a esa emoción que se cuela debajo de la piel y nos empuja a acercarnos un poco más. Sus ojos acarician mis labios y yo sacudo la cabeza, tratando de mantener esa cordura que él me roba con cada gesto que tiene hacia mí.

—Esto es para ti —digo rompiendo el mágico instante compartido, luchando contra lo que siento y aferrándome a la lógica.

Pongo la caja envuelta en papel de regalo navideño en sus manos y sus pupilas parecen brillar aún más.

—Ten cuidado al desenvolverlo.

Él no duda en hacerme caso. Cuando el envoltorio queda a un lado, abre la caja roja y extrae mi presente: una bola de navidad para su colección. En ella se alza orgulloso el Big Ben junto al Támesis y al puente de Londres, pero lo realmente bello es la manera en la que han jugado con el cristal, pues bajo la luz refleja colores diferentes. Es un trabajo artesanal, fino y delicado, tan solo espero que no tenga ya ese modelo.

—Es preciosa, pero ¿cómo…?

—Las vi en tu casa —respondo a esa pregunta que ha dejado en el aire—. Tu madre me contó que las coleccionabas y cuando la vi este mediodía, supe que tenías que hacerle un hueco en tú estantería.

—¿Puedes creer que aún no tenía ninguna de mi propia ciudad? —comenta con la emoción adornando sus pupilas.

—No me sorprende, mi madre lleva años coleccionando dedales y hasta el verano pasado no compró el de Santander. Cosas que pasan.

—Gracias por un regalo tan maravilloso, pero debiste avisarme, no es justo que te presentes frente a mí con un regalo y yo no tenga nada para retribuirte.

Frunce el ceño contrariado y, en un impulso que no sé de dónde sale, acaricio su frente para aliviarlo. La sorpresa de sus ojos da paso a una sonrisa que me derrite.

—No pretendo que me des nada a cambio—sigo explicando mientras bajo la mano y él la atrapa entre la suya antes de que la pueda poner en mi regazo—, tan solo que la pongas en tu habitación, así sabré que es especial para ti.

—Dalo por seguro Estás más que invitada a comprobarlo —afirma con picardía.

—Me encantaría —comento siguiéndole el juego.

—¿Ahora? —Sus ojos centellean de la emoción, imaginando lo que podría pasar entre nosotros.

—Hoy no, sería un poco raro desaparecer así el día de Nochebuena.

Me levanto sin perder la sonrisa y tiro de él hacia mí hasta que se levanta.

—Debemos entrar, tan solo quería dártelo a solas y pasar un ratito aquí, bajo las estrellas imaginarias.

Matt se acerca a mí, hasta que entre nosotros solo hay un suspiro de distancia. Mete la mano en su chaqueta, la saca segundos después y me entrega una nueva foto. Al mirarla me encuentro frente a algo que no esperaba: somos él y yo, dándonos un pico de pequeños.

—Solo quería enseñártela a ti —afirma en un susurro que me estremece.

—No esperaba esto —señalo, divertida ante mi yo del pasado.

—Me lo imagino. La primera vez que las vi no sabía quién era esa niña preciosa de trenzas castañas y pecas en el rostro.

Acaricia el puente de mi nariz, repasando las manchitas que tengo encima de él, con calma, como si quisiera contarlas.

—Siguen aquí —afirma con regocijo—. Me resultan igual de fascinantes que cuando era un niño.

No sé qué decir a esa afirmación tan bella y aterradora al mismo tiempo. Estoy al borde del abismo, luchando contra mi propio deseo de caer en sus brazos y voy perdiendo.

—Imagino cuándo lo supiste.

—Leo te reconoció al verlas, cuando se las enseñé por primera vez. Todas menos la que tenemos aquí. Esta foto me ha

acompañado en el último año —confiesa haciendo que me estremezca ante lo que parecen esconder sus palabras.

—¿Por qué? —cuestiono a media voz, sin perder de vista sus labios, sus ojos grises con esa expresión de dicha.

Su mano roza mi cintura encorsetada y no entiendo cómo puedo sentir su caricia bajo la estructura del corsé.

—Al verla recordé la emoción del momento, la suavidad de tus labios, el suspiro que dejaste escapar. Siempre ha estado ahí, enredado en los recuerdos de mi niñez. Me he pasado muchos años tratando de volver a sentirme como aquel día.

Me acerca ligeramente hacia él.

—Es tan hermoso lo que afirmas, pero…

—No hay nada que objetar, Helen, es un recuerdo tan claro y nítido que podría rebatírselo a cualquiera. Incluso a ti, a pesar de ser una de las protagonistas.

—Matt.

Se acerca más a mí, el espacio que nos separa es mínimo y acaricia mi mejilla como si quisiera grabarlo en su memoria. Estoy perdida, deseando traspasar todas las barreras y dispuesta a ello. Ya me arrepentiré después.

—¿Me permites romper todos los límites establecidos? —pregunta y no acierto a contestar con palabras, solo con la cabeza, con un asentimiento—. No sería nuestro primer beso, pero me gustaría que al menos este si lo recordaras.

—De eso estoy segura.

Busca mis labios con los suyos, yo alzo la cabeza, para favorecer su asalto. Es glorioso, íntimo y apasionado. Me aferro a sus brazos mientras sus manos recorren mi espalda, atrayéndome, acariciando mi cuello.

Estoy perdida en un beso que desmonta toda lógica, cualquier argumento que pudiera esgrimir contra él y no me arrepiento.

12

25 de diciembre

Congoja



Me despierto de noche notando un dolor agudo en el vientre que me hace salir de la cama. Estoy aún adormilada, con los ojos entrecerrados, tratando de llegar hasta el baño mientras contengo las ganas de vomitar.

«¿Qué me pasa?». Tengo la sensación de no estar en mi cuerpo.

Me muevo por inercia, de forma automática sin saber qué estoy haciendo. Cuando vuelvo a tener consciencia de lo que pasa, lo primero que siento es el suelo. El frío se cuela a través de mi pijama de franela gris, estoy tratando de respirar con calma y recuperarme.

La luz de la luna se filtra por la ventana, iluminando el desastre que he formado en mi inconsciencia, es como si hubiera ido dando tumbos por la habitación de la cama al baño, del baño a la mesilla de noche que está tumbada y de ahí al suelo, donde reposa también el edredón.

Me duele la mandíbula, «¿me habré dado un golpe?» Lo desconozco, nunca me había pasado algo así.

La claridad llega poco a poco, el dolor del vientre parece haberse esfumado, pero la sensación de estar al borde del precipicio está ahí, latente, acosándome para que no olvide lo que ha pasado.

Me levanto con cuidado, pues no confío en que mi cuerpo pueda responder correctamente y, al encender la luz del baño, me encuentro con un nuevo desastre: la taza está llena de papel higiénico, la ducha tiene una mancha ocre con hilos de sangre. Acciono el agua y la enchufo con la manguera, tratando de borrar lo que ni siquiera recuerdo, pero siento el regusto a bilis en mi garganta, así que cojo el vaso que hay en el lavabo, bebo agua hasta eliminarlo. Tiro de la cadena y me arrastro de vuelta a la cama.

El frío se ha colado debajo de mi piel, pero poco a poco voy entrando en calor enrollada en el edredón y caigo en un estado de semiinconsciencia.

«Necesito dormir».

Unas horas después, despierto con el suave sol del invierno golpeando en mi cara. Parece que ha ganado la batalla a la niebla, igual que yo a una noche terrorífica que jamás pensé que viviría, después de haber tenido un encuentro tan maravilloso con Matt y sus besos.

«¿Qué me ha pasado?», me pregunto como si así pudiera obtener respuestas. Sé lo que debería hacer, pero también que no puedo hacerlo aquí, así que cojo mi móvil, entro en la aplicación del médico y pido cita. Ni tan mal, tengo hora justo al día siguiente de volver a Santander. Necesito respuestas, no creo que sea muy normal lo que me ha pasado.

Tras poner en orden la habitación, asearme y vestirme con mi jersey de Navidad me reúno con la familia, estaban esperando a que llegara para abrir los regalos y su emoción es tan contagiosa que decido no contarles nada, ya tendré tiempo de hacerlo.

Tras la comida, rehúso la propuesta de salir a dar un paseo. Me siento agotada, así que decido recostarme, por lo que pongo el móvil en silencio y cierro los ojos. No sé cuánto tiempo ha pasado

desde que me tumbé cuando mi teléfono suena, me incorporo aturdida y agarro el dispositivo.

«Su taxi la está esperando.»

—No tiene sentido, yo no he pedido nada.

—Ve.

Un escalofrío recorre mi columna vertebral al escuchar de nuevo la voz en… ¿mi cabeza? No lo sé, pero me insiste hasta que cojo el abrigo de paño negro y salgo de casa en busca del vehículo que me espera.

—¿Adónde vamos?

—Yo… —Saco del bolsillo del abrigo el papel que me dio Margaret —. ¿Qué hace esto aquí? Juraría que lo dejé en la mesilla.

«¿Liam? ¿Puede acaso guiar mis pasos hasta su tumba?». Las dudas me asaltan, mientras siento la mirada irritada del taxista a través del espejo central del coche, se está impacientando.

—Al cementerio Brompton, por favor.

Reviso la aplicación, ni siquiera recuerdo haberla descargado, pero el viaje lo contraté anoche, a las cuatro de la mañana.

«¿Antes o después de retorcerme de dolor y caer inconsciente?». Son tantas las dudas que me asolan, que empiezo a sentir una opresión en el pecho que me impide respirar de forma acompasada.

De una forma u otra creo que estoy siendo empujada hasta aquí sin contemplaciones, sin saber qué puedo esperar, con el cuerpo en tensión y un dolor de cabeza que no cesa.

La entrada al cementerio aparece frente a mí antes de lo que esperaba. Me bajo del vehículo y entro, casi por inercia, como si alguien manejara mis pies. La contradicción entre lo que hago y lo que pienso que debería, hacer es demasiado intensa.

El lugar es muy grande y dudo que pueda encontrar por mí misma la tumba.

—Está bien, veamos qué quieres contarme —digo como si tuviera a Liam a mi lado.

Miro alrededor, leo los carteles y encuentro la flecha que me indica dónde puedo obtener información. Cuando llego hasta la ventanilla, un hombre con cara de pocos amigos, pelo canoso y aspecto cansado me mira con desdén. Tras pedirle ayuda, asiente con resignación. Se levanta de su silla acolchada, coge el abrigo negro del perchero y sale de ahí por una puerta lateral.

No dice nada, echa a andar sin esperarme y tengo que acelerar el paso para no perderme en la inmensidad del cementerio. El ruido de mis botas me acompaña, molesto, incesante, como si fuera un presagio de algo que no logro entender. Recorremos el largo sendero de piedra blanca, vamos pasando hileras de tumbas rodeadas por árboles centenarios. El escenario es hermoso y solitario, no parece haber ningún visitante más, con razón me he llevado el desplante del conserje. Estará pensando que he enloquecido por venir el día de Navidad.

Diez minutos después, con el corazón acelerado, el hombre entra por uno de los pasillos y me señala una lápida con una cruz y mucha maleza alrededor.

—Ahí la tiene —contesta y se marcha, no sin antes murmurar un insulto dirigido a mí.

No respondo, no puedo, ni siquiera un «gracias» escapa de mis labios. Estoy frente a frente con lo que queda de mi antepasado, con ese hombre que, sin saberlo, a través de lo que he podido atisbar en sus recuerdos ha hecho que ponga en cuestión mis creencias: mi idea del amor, la relación con Santi y con mi familia, mi visión del mundo.

Desconozco por qué me eligió a mí. Solo soy consciente de que, con cada uno de esos sueños, su mensaje iba calando dentro de mí, gota a gota, suspiro a suspiro.

No tiene lógica, si lo comentara en voz alta cualquiera me tacharía de loca, pero es cómo me siento.

«Lo acepto».

Llegar a esta conclusión es tan liberador, que parece que he soltado un lastre a mis pies.

—Hola —murmuro con las lágrimas a punto de desbordarse—. Soy Helena, tu tataranieta, no sé qué más quieres de mí, pero aquí estoy, te escucho.

Me acerco a la tumba con pasos temblorosos e inestables. Mi cuerpo está agotado, mi alma trata de comprender el mensaje críptico que no puedo escuchar, pero tengo la certeza de que he llegado al lugar donde debo estar. Todos y cada uno de los sucesos que han pasado, me han guiado hasta aquí.

Una parte de mí está luchando para no derrumbarse mientras trato de entender qué pasa.

—Llegasteis a mí, cuando comprendí que mi amor por Santi se había evaporado —reflexiono en voz alta, como si los tuviera enfrente—. He sido testigo de miles de ecos de ese pasado que fue vuestra vida juntos. No todos fueron buenos, pero siempre estuvisteis el uno al lado del otro, apoyándoos, queriéndoos incondicionalmente.

»Me da envidia —reconozco con una media sonrisa de disculpa en el rostro—. Os amabais con una intensidad que nunca he conocido, que quizás jamás alcance. En esta época no se ama así —afirmo con rotundidad, y la imagen de Matthew aparece en mi cabeza como si quisiera contradecirme.

Lanzo un suspiro al aire, saco un pañuelo del bolsillo del abrigo y limpio las lágrimas de mis mejillas. ¿En qué momento empecé a llorar?

—¿Qué queréis de mí?

—Helena.

La voz de Matt hace que pegue un salto. Me giro pensando que es fruto de mi imaginación, pero no, está aquí, a pocos pasos de mí, con la confusión adornando su rostro.

—¿Qué haces aquí? —pregunto, pues no es el sitio en el que una persona cuerda querría pasar la tarde de Navidad.

—Llegaba a tu casa para verte y te vi montando en ese taxi. Te he seguido. ¿Qué te ocurre?

—Es muy difícil de explicar, hasta yo considero que estoy perdiendo la razón y no sé qué hacer, ni cómo proceder.

Se acerca a mí con pasos lentos, consciente de la angustia que recorre mi cuerpo, midiendo mi reacción como si temiera que pudiera salir corriendo en cualquier momento. Toma mi mano con la suya sin apartar sus ojos de los míos. No hay miedo en ellos, solo preocupación. Estoy a punto de echarme a llorar contra su pecho como una chiquilla.

—Matt.

Su nombre se escapa de mis labios en un murmullo quedo, ajado, casi un ruego, pues él parece lo único estable a lo que puedo aferrarme.

Acaricia mi mejilla derecha con la punta de sus dedos, con una delicadeza tan grande, como si fuera a romperme en mil pedazos.

—Estoy aquí, sea lo que sea lo que te atormenta, permíteme que te acompañe.

—¿Por qué harías eso?

—Porque te has colado en mi alma y no veo la forma de deshacerme de esta necesidad que me consume. Quiero verte en todo tu esplendor, quiero conocer a la Helena que brilla a pesar de la tormenta. No sé cómo lo has hecho, pero te debo cada uno de mis latidos.

Cierro los ojos, cada una de sus frases parece un bálsamo para mi corazón herido. Repaso lo que ha afirmado con tanta contundencia, es tan revelador como aterrador lo que me hace sentir.

«¿Puede acaso el amor abrirse paso en tan poco tiempo?»

—Te amo —afirma con rotundidad como si hubiese leído en mis gestos las dudas que me consumen.

Vuelvo al presente, a perderme en la inmensidad de sus ojos grises, buscando la mácula en su brillante armadura.

—Matt, estoy rota, descompuesta en pedazos. Anhelo tus besos, tus caricias, pero siento que no los merezco, que no puedo corresponderte como debería. No estoy bien para ti ni para nadie.

No muestra contrariedad ante mis palabras, no juzga, no reprocha, tan solo asiente ante mi desgarradora respuesta y yo caigo un poco más en sus redes. No sabe cuánto consigue con cada gesto considerado de su parte.

—No tengo prisa, Helena. En mi interior sé que estábamos destinados a encontrarnos y que lograremos hallar nuestro momento, aunque no lo sea ahora.

—Pero solo existe el hoy —le recuerdo con una sonrisa que esconde el dolor que siento por no poder corresponderle con plenitud.

—Contigo aprendí que también es bueno soñar —afirma derritiendo el hielo que tengo en mi interior—. Hay un futuro para nosotros, no tengo ninguna duda y, si me lo permites, te mostraré día a día que estoy dispuesto a luchar por nuestro sueño.

Suena tan bien que acabo encerrada entre sus brazos. Su calor es reconfortante. Su amor tan brillante que deslumbra y mi deseo incorregible, pues cuando lo tengo tan cerca la lógica y mis objeciones parecen esfumarse, empujándome a caer en el embrujo que compartimos.

—No puedo quedarme —afirmo con el anhelo de hacerlo, pero consciente de que sería un gran error por mi parte—. No quiero renunciar a todo lo que he construido.

—De nuevo te precipitas en tus deducciones, querida —me estremezco ante ese apelativo cariñoso que tantas veces ha usado Liam hacia su Grace—. No te pido que lo dejes todo por nosotros,

estamos en la era de la comunicación y lo haremos funcionar a nuestra manera.

—¿Así de fácil?

—No será sencillo, pero tengo el convencimiento de que lo lograremos. Sé que con el tiempo sanarás, los malos momentos se convertirán en recuerdos y volverás a ansiar unos besos, y yo espero que sean los míos.

Esa última afirmación cargada de dudas es suficiente poderosa como para pasar a la acción. Me alzó de puntillas, enlazo mis brazos detrás de su cuello y acerco mi boca a la suya. No necesita más que eso para aceptar mi invitación de buen grado. No me resisto a su beso, me dejo llevar por el éxtasis del momento y nos fundimos en uno.

Devora mi boca sin piedad, demostrando sin palabras lo que ya ha afirmado en voz alta. Matt es mi verdadero regalo de Navidad.

Cuando retomamos la cordura y nuestros labios se separan, un suspiro se escapa de los míos y el muy descarado, sonríe radiante, mientras yo estoy al borde de una taquicardia.

—Acepto tu propuesta —digo sin necesidad pues mi postura es más que evidente.

—Soy el hombre más afortunado del mundo.

—Eres un teatrero —afirmo con una chispa de diversión—, ¿a cuántas le has dicho eso mismo?

Se frena, parece que hace cálculos con la cabeza como si fueran un millón y le golpeó ligeramente el brazo.

—No son tantas —asegura y, acto seguido, su mirada se oscurece, poniéndose serio—, pero te garantizo que lo que te he dicho es totalmente genuino.

—Lo sé, confió en ti, Matt. Aunque suene precipitado y alocado.

—No sabes lo feliz que eso me hace —dice con excesiva rapidez, como si temiera que pudiera cambiar de opinión—. Te aseguro que

vamos a tener muchas citas por videollamada y te contaré todo lo que quieras saber sobre mí, no hay que no pueda compartir contigo.

—Eso suena muy bien, yo te prometo lo mismo.

—¿Nos vamos?

Afirmo con la cabeza, dispuesta a avanzar, a superar mis demonios y conocer a dónde nos lleva esta nueva relación que está empezando.

—Debo despedirme, ¿me das unos segundos?

Si le parece rara mi petición no lo demuestra, tan solo asiente, apartándose un poco. Me aproximo a la tumba de Liam, me agacho y aparto la maleza que hay frente a su nombre.

—No sé por qué vinisteis a mí, pero os lo agradezco, me abristeis los ojos. No volveré a cometer los mismos errores. Gracias por todo. Adiós.

Siento que he aprendido la lección y, aunque duele dejarles ir, porque una parte de mí se había acostumbrado a revivir sus recuerdos, sé que debe haber un final. Estoy agotada de tanta emoción, de despertarme entristecida o de sentir cosas extrañas.

Quiero volver a la normalidad y descubrir por qué la vida a colocado a Matt, el tataranieto del mejor amigo de Liam, en mi camino.

13

Despedida



Me alzo con gesto solemne y, sin sopesarlo siquiera, acaricio un instante la tumba a modo de despedida. Estoy en paz conmigo y con ellos. Me giro para marcharme cuando vuelvo a sentirme mareada, a punto de caer.

—Matthew.

En un segundo lo tengo junto a mí, rodeando mi cintura, llamándome consciente de que vuelvo a encontrarme mal. Quiero responderle, tranquilizar sus miedos, pero la oscuridad me atrapa de nuevo.

—¿Grace?

La voz mermada por la vejez de Liam sonaba rasposa y ahogada, como si hubiera perdido el brillo y la calidez. Helena estaba aturdida, tratando de entender dónde se encontraba o por qué parecía todo tan real.

—No soy ella, me llamo Helen —respondió sin saber bien qué podía decirle, ni siquiera ella lo comprendía del todo.

«¿Había retrocedido al pasado?».

—No puedes negar vuestro parecido con ella —contestó Liam con lucidez, pues, aunque veía las diferencias, también podía apreciar las semejanzas—. Es más, aún sigo distinguiendo a mis hijos y nietos sin problemas. Estoy viejo, pero no falto de cordura. Así que, ¿quién sois?

—Un familiar lejano —respondió sin querer ahondar en el parentesco que mantenían. ¿Podría él entender que los unían lazos de sangre más allá del tiempo?

—En ese caso os agradezco vuestra visita, mas deberíais estar celebrando un día tan señalado con vuestra familia y no velando a los muertos. ¿Por qué estáis aquí y no con ellos?

A pesar de los años que tenía a las espaldas, Liam seguía leyendo entre líneas y aquella joven era un misterio que le gustaría resolver si pudiera, aunque algo le decía que no tendría tiempo de hacerlo.

—No poseo una explicación coherente —señaló Helena sin perder la sonrisa—. Tan solo me han permitido estar aquí y considero que era buena idea. No quería interrumpir su visita.

—En ese caso, permite que os dé la bienvenida, *milady*. ¡Curioso atuendo para una dama!

Helena bajó la cabeza, reparando en sus vaqueros y en las botas de agua rojas que llevaba. No era para menos que él se sorprendiera, pues los pantalones que llevaba aún no era una prenda habitual entre las mujeres.

—Empieza a hacer un poco de frío —respondió ella al ver cómo se frotaba las manos para calentarlas, obviando su comentario, para no caer en explicaciones que los pudiera enredar en una discusión que no llevara a nada.

—Es lo común en estas fechas. Vengo aquí durante horas a hablar con ella, demasiadas según mis hijos —dijo señalando la tumba de Grace—. Sabía que la extrañaría, pero no alcanzaba a imaginar lo doloroso que podía llegar a ser estar apartado de mi querida esposa. La echo tanto de menos.

—Vuestro amor es muy revelador —afirmó incapaz de contener aquella frase, aunque estaba segura de que él sabía bien lo que tenía en su corazón.

—Fui el hombre más afortunado del mundo al compartir mi tiempo con ella. El más inconsciente también —dijo con una media sonrisa—, pues hubo un tiempo que estuve a punto de perderla. Una historia demasiado larga y enrevesada que no puedo contaros ahora, nos llevaría demasiado tiempo.

—Lo único que importa es cuánto os amasteis y eso es un hecho incuestionable.

Se quedaron en silencio, observando la tumba de Grace, cada uno absorto en sus propias emociones.

—¿Qué os aflige?

La pregunta y la mirada de él fue suficiente como para que Helena volviera a recordar aquello que la tenía en un mar de dudas.

—Yo… —Sin poder evitarlo, sus ojos se anegaron de lágrimas sin derramar, su garganta se cerró y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no convertirse en una plañidera.

Liam la miró con admiración, se acercó a ella y le ofreció su brazo.

—Me concede el honor de su compañía.

—Por supuesto, milord.

Helena colocó su mano sobre el brazo que él le ofrecía, como si fuera el gesto más común del mundo para ella.

—Hace años que entregué el título a mi hijo, quería dejar a un lado las obligaciones y os aseguro que no me arrepentí de mi decisión ni por un momento. Aun así, al decirlo con ese respeto es como si aún lo conservara.

—No podría tratarle de otra manera.

Liam la obsequió con una media sonrisa y su mente analítica se vio guiada por un impulso.

—Llevo desde que Grace murió sin pisar mi casa, no he podido, pero hoy siento la necesidad de volver allí. Como si tuviera que cerrar un ciclo. ¿Me acompañaría?

—Claro —respondió Helena sin pensarlo siquiera.

La guio hacia la salida, en un cementerio mucho menos impresionante que en el que ella estaba minutos antes. Para sorpresa de Helen, en la puerta se encontraba el vehículo del lord. No era un coche cualquiera sino un Rolls Royce Phantom en color negro, junto a él esperaba el cochero que se apresuró a abrirles la puerta en cuanto los vio acercarse.

Helena no dudó un segundo en montar en el mismo, sorprendida ante el diseño elegante y tan alejado de los coches de su época.

—Llévame a casa.

El chófer se giró asombrado ante aquella extraña petición, y Liam se limitó a asentir con la cabeza.

—¿Qué os aflige? Soy un experto en encontrar damiselas en apuros.

—Soy consciente.

Helena se tomó unos minutos para sopesar lo que podía decirle, no olvidaba en qué día estaban y no quería ser la culpable de ello.

—Todo comenzó hace unos días —inició ella su explicación tratando de no decir nada que pudiera resultarle extraño—, mi pretendiente resultó ser un mal hombre, traicionó mi confianza y expuso ciertos… secretos.

—¿Alguien ha vengado vuestro honor? —preguntó Liam con semblante serio, como si él mismo quisiera coger esa atribución.

—Podemos decir que sí. Leonard, mi hermano se encargó de ello.

—No esperaba menos de otro miembro de mi familiar.

—Bueno, yo…

—Milady, os aseguro que puedo ver la huella de los McAlister en vuestro rostro, no solo los rasgos de mi amada Grace, pero estoy tan ajado que es un misterio que me llevaré a la tumba.

—Si pudiera explicároslo —respondió Helena, la prudencia la impulsaba a no desvelar cosas del ¿futuro? Sin duda ese sueño era el más extraño que había tenido hasta el momento.

—Entonces, dejémoslo en que debíamos encontrarnos, eludamos la lógica y permite que te vea como a una nieta más. Mi muerte está cerca y no puedo marcharme con la duda en mi cabeza. ¿Aceptáis vuestro papel?

—Con sumo gusto —coincidió Helena, conmovida ante la generosidad de él.

—Buena elección.

—Es un gran honor para mí.

—Continúa, pequeña —el corazón de Helena dio un vuelco al escuchar aquel apelativo cariñoso—. Odio ver el dolor en vuestros ojos.

Liam chasqueó la lengua y sacó un pañuelo de algodón blanco del bolsillo de su abrigo. Se lo entregó y le dio dos golpecitos en su mano como consuelo.

Helena se secó las mejillas tratando de mostrarse más serena, molesta consigo misma y con su sensibilidad a flor de piel.

—Me voy recuperando poco a poco.

—Mejor, paso a paso. Uno detrás de otro y, con la fortaleza que nos caracteriza, volverás a ser tu mejor versión. En

cuanto a ese hombre…

La rabia se reflejó en la mirada del anciano y Helena se sintió reconfortada.

—Ya no forma parte de mi presente, pero tengo en mi corazón tan instalado el miedo a volver a sufrir que…

—¿Quién es él? —cuestionó Liam al verla resurgir al pensar en su otro pretendiente.

—Un hombre maravilloso que desea cuidarme, ayudarme a sanar, pero una parte de mí no quiere volver a enamorarse.

—Siento decirte que ya es tarde —Liam sonrió, vio como las mejillas de la joven adquirían un tono rojizo muy favorecedor— y eres consciente de ello.

—No esperaba enamorarme tan pronto.

—Muy lógico y prudente, pero sí algo aprendí de mi Grace es que no es algo que pueda decidirse, ocurre y te sacude los cimientos —afirmó con nostalgia el hombre—. Cuanto más te resistes, más hondo cala en tu interior.

—No tengo fuerzas. No quiero sufrir de nuevo.

Helena se giró hacia la ventanilla. Le resultaba curioso ver Londres en otra época en la que los carruajes de caballos, convivían con los vehículos a motor, generando caos y ruidos alrededor.

—¿Por qué habrías de hacerlo?

Volvió a mirar a su antepasado y le devolvió una media sonrisa que no iluminó sus ojos.

—De dónde vengo los hombres no se comprometen, se acomodan y todo acaba deteriorándose sin remedio.

Liam no entendía bien lo que ella le había dicho, su manera de construir las frases le resultaba confuso y había palabras extrañas, pero sí podía ver el mar de dudas que la

asolaban. Estaba enternecido ante la vulnerabilidad de esa muchacha que se parecía tanto a su Grace.

—Solo he tenido un amor y os aseguro que fue glorioso, intenso. Se convirtió en mi mundo y antes de ella, jamás pensé que sería ni siquiera un buen esposo —reconoció Liam sin acritud—. Estoy seguro de que ese nuevo pretendiente estará a la altura y, si no es así, seguramente, Leonard pueda ponerlo en su sitio.

Helena sintió como sus dudas se evaporaban un poco más. Sin saberlo, aquella conversación estaba siendo muy reveladora, porque, aunque había aceptado la idea de Matt, el miedo a sufrir seguía ahí, instalado en ella, bloqueando un corazón que necesitaba tiempo, paciencia y amor.

El coche se detuvo enfrente de la casona de los McAlister, la fachada estaba igual que la que Helena conocía en su mundo. Liam la observó con una mezcla de nostalgia, pena y dolor.

—¿Quiere que continúe, señor?

—No, hoy quiero entrar —respondió él, llenándose de valor.

—¿Está seguro?

—Serán unos minutos, no tardaré. ¿Vienes, pequeña?

Helena asintió y, tras bajarse del coche, recorrieron el espacio que había desde la acera hasta la puerta. Liam sacó las llaves del bolsillo de su abrigo, metió la indicada, la giró en la cerradura y la madera chirrió al ser empujada. Entraron, Helena con respeto, Liam con un dolor que se extendía por su pecho, cubriendo todo su abdomen.

El lugar estaba en silencio, hacía tiempo que nadie vivía allí, los empleados habían sido colocados en otras casas y el ama de llaves acudía solo algunos días para mantener todo en orden.

—Debería regresar junto a lady Blackwood —comentó Helena al ver las lágrimas pugnando por escapar de los ojos de Liam, con un rictus de dolor recorriendo su rostro.

La joven era consciente de lo que estaba a punto de presenciar. Era el día indicado, casi el momento preciso, si la investigación de Margaret y los diarios de Iara eran correctos. Una parte de ella no quería vivirlo, mientras que la otra se negaba a dejarlo ahí a su suerte.

—Sabía que formas parte de mi familia, solo ellos saben dónde estoy viviendo.

—Nunca lo negué.

—*Touché*, pequeña.

—Os acompañaré, es lo mejor.

Liam negó con la cabeza, como si algo le impidiera abandonar su hogar, después de volver a tener la valentía de entrar en él.

Miró de reojo a la joven, se parecía tanto a su esposa que, si entrecerraba la mirada, solo veía a su amada.

—Has venido a buscarme, Grace —dijo llevándose una mano al corazón. La otro la alargó hacia su acompañante y Helena no dudó en tomarla.

—Estoy aquí.

Liam dio un último vistazo alrededor, mientras los recuerdos vividos, las risas y los llantos, el sabor del último beso inundaba sus sentidos, aturdiéndolo. Su corazón latía de forma errática, tratando de mantenerlo en pie, pero el mal que lo asolaba era demasiado grande para superarlo.

—Lo siento —masculló Helena en un sollozo y el lord posó sus ojos en ella, pero ya ni siquiera era capaz de reconocerla.

—Solo seré dichoso a vuestro a lado, Grace. Gracias por venir a buscarme, querida.

El último latido de lord McAlister se esfumó dos segundos después y, antes de que Helena pudiera sujetarlo, ella se desvaneció. El presente la reclamaba.

MATT

La sensación de impotencia que me acompaña desde que Helen se desvaneció en mis brazos amenaza con ahogarme. Aún puedo recrear en mi mente la imagen de su cuerpo lacio, su respiración desacompasada, la palidez de su rostro, la falta de respuesta.

Necesito que despierte, que vuelva a mirarme con esos ojos expresivos y suelte alguna broma que entiendo a medias, pero que reconozco rápido, porque siempre la acompaña con una sonrisa pícara que ilumina su rostro.

Veo acercarse a Amalia con un café en cada mano, se sienta a mi lado en esta sala de espera fría y desangelada donde llevamos un día entero, aguardando un desenlace dichoso que no llega. Me ofrece uno de los vasos de cartón y no dudo en agradecer su gesto, cogiéndolo con cuidado de no quemarme e inevitablemente mi mente rememora lo que le pasó el otro día a Helen con el chocolate.

Contengo un sollozo, fugaz, etéreo, pero cargado de una emoción que no quiero analizar. No puedo perderla, ya viví ese episodio con mi novia de la facultad y no podría soportar repetirlo de nuevo.

—Pronto va a estar de vuelta —asegura Amalia en un susurro que me cuesta escuchar, cargado de una pena que se me adhiere a la piel.

—No va a dejarnos —afirmo sin pensar en lo revelador de mis palabras.

No me importa que sepan que la amo, ni que piensen que es precipitado e incoherente. Helen se ha colado en mi vida como un huracán y pienso luchar por ella, incluso contra sus propias objeciones.

14

Ilusión



Hay un pitido corto, constante, estridente, tanto que apenas puedo soportarlo. Me pesan los párpados y no soy capaz de abrirlos, como si aún necesitara varias horas más de sueño, pero siento frío y noto algo en el brazo que me molesta.

Trato de abrir los ojos, apenas una rendija y la luz eléctrica destellante me hace volver a cerrarlos de golpe.

«¿Dónde estoy?».

El olor penetrante a medicina y algo que parece amoniaco, inunda mis fosas nasales provocándome una arcada. Sin duda, no estoy en mi mejor momento, pero lo último que recuerdo es estar en el cementerio con Matt.

Poco a poco, entre la bruma que nubla mi raciocinio se cuelan los recuerdos de lo vivido y de lo… ¿soñado?

Liam,… Se me encoge el estómago al recordar los últimos instantes a su lado. Ha sido tan real y suena tan ilógico, que me siento sobrepasada.

—Matt —balbuceo y dudo que alguien me haya entendido, incluso escuchado.

«¿Estoy sola? ¿Cómo he acabado aquí?».

Tengo la garganta rasposa y una sed enorme, pero lo peor es sentir que no puedo moverme, que estoy paralizada en una incómoda cama con el brazo derecho estirado y… ¿llena de cables?

—Helena —la voz de Leo es suficiente para impulsarme a intentar moverme y que él sepa que estoy bien—. Tranquila, hermanita —dice con la voz tomada, como si hubiera estado llorando.

Me cuesta hacerle caso, pues empiezo a ser consciente de que no estoy en casa, eso solo tiene una explicación: he acabado en el hospital.

Poco a poco voy tomando consciencia de mi cuerpo. La parálisis que se había instalado en mí, parece irse diluyendo. Una vez que consigo abrir los ojos, me cuesta mantenerlos así durante mucho rato. En realidad, cualquier movimiento que haga es un suplicio. Soy como una muñeca a merced de los médicos y enfermeras, que hacen conmigo lo que quieren bajo la atenta y asustada mirada de mis padres.

El tiempo se vuelve incontrolable, no tengo reloj, solo sueño; mucho. Paso adormilada la mayor parte del tiempo entre las pruebas médicas. Cada vez que despierto estoy acompañada por alguien de mi familia.

—¿Qué día es hoy? —pregunto a Leo cuando vuelvo en mí.

—Mañana es nochevieja.

—¡No es posible! —exclamo sin poder creérmelo del todo—. ¿Llevo aquí cinco días?

—Sí —dice Leo desde el incómodo sillón de cuero marrón— y hasta que no sepan qué te ha pasado este va a ser tu lugar. Nos has dado un susto de muerte, Helena.

—Pero ¿cuánto estuve inconsciente?

—¿Sin dar muestra de vida? Dos días completos —es demasiado tiempo—. Los médicos no se lo explican, por más cosas que intentaban no reaccionabas y, después, tampoco es que hayas estado muy presente hasta hoy.

Me incorporo en la cama con cuidado de no arrancarme la vía y apoyo la espalda en el incómodo cabecero. Estamos en una habitación individual, ecléctica y blanca. El lugar es amplio, pero no el mejor para pasar Fin de Año.

—Creo que ya estoy mejor.

—Lo dudo —señala Leo con gesto contrariado—. Helena, no vas a salir de aquí hasta que los médicos lo consideren oportuno.

—No puedes torturarme así —protesto cual adolescente problemática, pero pensar que voy a quedarme encerrada sin poder celebrar la otra fecha del año que para mí es importante, se me hace insoportable.

—Yo no soy el que te tiene que mandar para casa —recuerda Leo sin necesidad— y el médico aún no se atreve a dar un diagnóstico. Están preocupados, no saben si puede volver a pasarte, porque, aunque las pruebas están correctas, tiene que haber un motivo.

—Estoy bien.

—Si tú lo dices.

Está enfadado y, aunque lo entiendo, yo también lo estoy. Ya siento el peso de los últimos días sobre mi espalda. Miro hacia la ventana y solo veo el cielo y la azotea de un edificio que no sé qué es.

¿Puede haber algo más deprimente que pasar la Nochevieja encerrada con alguien de mi familia, tratando de hacerme compañía, sin mucho de qué hablar? El silencio va a ser insoportable, la culpa, una losa difícil de esquivar.

—¿Cuál era el plan para hoy? —pregunto sabiendo que gracias a mí se han perdido muchas de las cosas que querían hacer y no pienso permitirlo más.

—Íbamos a ir al *tour* de Harry Potter.

—¿Aún estáis a tiempo de llegar? —pregunto y recibo una mirada interrogativa de parte de Leo—. Si la respuesta es sí, márchate. Ve a buscar a los demás y aprovechar el día.

Chasquea la lengua y agita la cabeza, contrariado ante mi arrebato, pero no pienso claudicar hasta que consiga que ceda.

—No puedes quedarte sola.

—Estoy aquí, atendida, rodeada de personal sanitario. No me voy a mover y no quiero seguir siendo el motivo por el cual estás vacaciones pasarán a la historia de nuestra familia por nefastas. Vete, ya me lo agradecerás otro día.

—Helena, yo…

—No voy a seguir discutiendo, has preparado este viaje durante meses. Así que lárgate —le digo con cariño a pesar de la dureza de la palabra—. Diviértete y haz muchas fotos. Así al menos podré verlo a través de ellas.

Su rostro se ilumina, sé que era uno de sus sueños ir a disfrutarlo con la familia. A mí me espera un desayuno insípido, una comida mala y una tarde en duermevela tratando de no regresar a una época que no es la mía. Mi plan es nefasto, pero solo debo sufrirlo yo.

Tarda un poco en tomar la decisión, pero la mía es firme. Rebato todos sus argumentos hasta que cede, algo extraño en mi hermano, pero sé que está agotado de estar encerrado conmigo, al igual que el resto de la familia.

Se despide de mí con un beso en la frente y, antes de salir, ya está con el móvil en la mano buscando el teléfono de Amalia. Se merecen divertirse. Espero que también se lleven a mis padres y a Gabi, si no tiene que trabajar. No quiero seguir arrastrando tanta culpabilidad por estar enferma.

Cojo el teléfono y abro la aplicación salvavidas; el Kindle en busca de algo que leer. Descarto todo lo que parezca de época victoriana y acabo escogiendo un thriller sangriento que me mantiene en vilo hasta la hora de comer.

Cuando me traen la bandeja, tengo los ojos cansados y la cabeza llena de ideas terroríficas de cómo matar gente. Una combinación explosiva.

Me estremezco al quitar la tapadera y ver el puré naranja pálido que me saluda desde ahí, parece de todo menos comestible. Al menos el segundo plato tiene mejor pinta, aunque el brócoli, con su verde casi radiactivo, volverá a la cocina.

Un golpe en la puerta impide que me lleve el primer trozo de pollo a la boca y, al mirar hacia allí, encuentro a un Matt ataviado con vaqueros negros y un ramo de flores más grande que mi habitación. Contengo un suspiro a duras penas. Entra y… «¿de verdad ha traído un jarrón para poner el bouquet de rosas blancas y rojas?» Pues sí, lo ha hecho, en un instante y tras un «hola» que me deja un poco fría, lo veo colocarlo sobre la mesilla que tengo al lado.

«¿Dónde están mis besos en las mejillas?», me pregunto sin perder detalle de sus movimientos.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta, girándose hacia mí. Casi estoy segura de que es consciente de mi reacción exagerada ante su presencia.

No puedo evitar sentirme atraída por él, tampoco quiero. ¿Acaso no habíamos quedado en que íbamos a intentarlo?

—Mejor —contesto con parquedad.

—Tienes color en las mejillas, eso es un punto a favor.

Acerca la silla hasta mi cama y se sienta.

—Come —dice señalando mi plato y yo contengo una arcada—. También forma parte de tu recuperación y no pienso hablar de nada hasta que no termines el plato.

Me resigno, pues sé que no es un farol, sino una advertencia que no quiero que cumpla. Estoy feliz de verlo, triste porque no sé si estoy a punto de vivir una despedida que podría romperme en mil pedazos y asqueada porque el pollo está más seco y salado que una anchoa del Cantábrico.

«Menudo panorama».

Diez minutos después me planto, apoyo el tenedor en la bandeja y cojo el pudin de manzana. He comido la mitad, haciendo un gran

esfuerzo.

—Es horrible —me justifico antes de que él intervenga.

—Me lo imagino.

Su sonrisa es tan adictiva, que acabo devolviéndole la mía mientras termino el postre y me preparo para el tsunami que se avecina. Recoge mi bandeja, le pone la tapa y la saca al pasillo. Regresa poco después y vuelve a colocarse junto a mí, en su silla, expectante.

Ha llegado el momento de la verdad incómoda, inspiro hondo y me lanzo al vacío esperando encontrar algo más que un abismo de dolor y rabia.

—Sabes que aún puedes huir, ¿verdad? —pregunto dispuesta a aceptarlo sin oponer resistencia. No podría juzgarlo si toma esa decisión.

—Ni se me había pasado por la cabeza —afirma con esa rotundidad que lo caracteriza—. Si lleváramos mucho tiempo juntos me ofendería que supusieras que necesito alejarme, pero entiendo que nos estamos conociendo todavía.

—¿No te vas? —pregunto con la congoja en la garganta.

—Por supuesto que no. ¿Qué clase de hombre sería si lo hago?

—Uno del siglo veintiuno.

—¿Lo dices en serio? —Hay sorpresa e indignación en su respuesta, no sé si hacia mi idea catastrofista o hacia ellos.

—Por experiencia propia no, pero tengo suficiente con la de mi grupo de amigas para saber que la mayoría de hombres no están preparados para sostener la enfermedad y nosotros…

—No hay discusión posible, Helen —dice cortando de golpe mi explicación sin ocultar la molestia que la ocasionado mi suposición—. Me quedo, he estado aquí, acompañándote durante estos días y no me arrepiento de nada, ni de lo que te dije en Navidad, ni de seguir adelante a tu lado. Solo quiero verte bien. Es lo único que necesito.

Su voz se quiebra y mi corazón da un vuelco al verlo tan vulnerable entregándome un amor que no sé si merezco. Me guardo las dudas, no deseo empañar este momento, ni parecer demasiado intensa. No quiero hacerle daño y sé que, con mi inseguridad, puedo llegar a cometer ese error.

El tiempo me dará o no la razón, colocando cada cosa en su lugar. Acerco mi mano a la suya y él la toma con cariño, acariciándola con su pulgar.

—Menuda cita más extraña —afirmo a media voz tratando de aliviar el ambiente—. Jamás te habías visto antes en esto, ¿no?

—Que poca fe tienes en mí —el brillo ha vuelto a aparecer en sus ojos, igual que esa seguridad que desprende y me atrae sin remedio —. Espera y verás.

Se levanta dejándome con la intriga, abre una bolsa negra en la que no me había fijado y saca un proyector. Lo enchufa y lo coloca sobre la mesilla.

—¿Qué haces?

—No seas impaciente.

Apaga todas las luces menos una y baja los estores opacos dejando la habitación en penumbra. Después, enciende el proyector apuntando hacia la pared que tenemos enfrente y aparece la portada de una de mis películas favoritas: Love Actually.

—Me dijo un pajarito que la ves cada año, que este no lo habías hecho aún y…, aquí está. Me pareció un gran plan para una tarde de hospital —está eufórico y me contagia su estado de ánimo—. Por eso he tardado un poco en venir, tenía que preparar la cita de hoy.

No sé qué decir, pues temo echarme a llorar en cuanto abra la boca. Es un gesto tan bello y considerado. Jamás conseguí que Santi la viera conmigo, pensaba que era otra de mis tonterías y, sin embargo, Matt…

No debería compararlos, pero con cada gesto, con todo el interés que demuestra hacia mí, con su manera de cuidarme hace que me

sienta afortunada y a la vez tonta por haberme conformado con las migajas de un pseudoamor que me hacía sentir insuficiente.

—¿Quieres verla? —pregunta él, consciente de que me he perdido en mis pensamientos intrusivos.

Asiento con la cabeza, feliz ante su gesto. Él acciona el dispositivo, se sienta en su sitio, con mi mano en la suya y pasamos la mejor tarde de hospital que podía llegar a imaginar.

15

31 de diciembre.

Al descubierto



La tarde ha sido un ir y venir de visitas. Toda mi familia ha pasado por aquí hasta que los he echado, no pienso tolerar que nadie deje de disfrutar de estas fiestas por mi inconsciencia de no acudir al médico al primer mareo.

Me ha tocado discutir con todos ellos, en especial con Gabi, que estaba empeñada en pasar la noche conmigo. Ni que yo tenga un plan tan maravilloso como para unirse a él con ese entusiasmo. No, me toca aguantar, leer, ver un poco la tele y dormir esperando que me den el alta cuanto antes, pues sino podría perder el avión de vuelta a casa.

Los médicos, aunque no encuentran una explicación científica que explique lo que me ha pasado, ya empiezan a confiar un poco más en mi fortaleza. Ya puedo levantarme y usar el baño, aunque mis piernas están tan cansadas, que en cuanto doy tres pasos debo apoyarme en algún sitio para no caerme. No obstante, cuanto más me esfuerce antes me darán el alta, es lo único que necesito.

Paso el resto de la tarde en el sillón leyendo un rato, dormitando otro, mirando por la ventana e imaginando mil escenarios en mi cabeza. Hay algo que sigo sin entender y me genera una sensación de agobio difícil de explicar.

«¿Me estoy volviendo loca?».

Los sueños no han vuelto y, algo dentro de mí, empieza a dudar de si todo ha sido real o fruto de mi imaginación, pero… ¿cómo podría inventar a mis propios tatarabuelos y ser tan precisa sin haberlos visto antes? La tía Beth me ha confirmado está mañana que nunca subimos al ático siendo pequeñas. Necesitaba oírlo de su boca, pues empezaba a dudar de mis propios recuerdos de infancia.

Así que me encuentro en un mar de incertidumbre. Rememoro cada escena, tratando de encontrar la lógica dónde no la hay. Es agotador.

El sonido de la puerta me despierta de una nueva siesta y aparece frente a mí, la única persona que aún no había visto hoy.

—Hola

Matt se acerca y posa sus labios en los míos, durante un segundo, tan breve que suelto un gruñido de indignación.

—No te esperaba por aquí.

—¿Se me olvidó decirte que vendría? —pregunta con ese tono jocoso que empiezo a conocer a la perfección—. No he podido ser tan despistado.

—Deberías estar con tu familia en un día como hoy.

—Ya lo estoy.

Tocada y desarmada. ¿Cómo es posible que siempre tenga la frase perfecta?

—No seas así —recrimino con cariño—, tu madre va a tener un mal concepto de mí si me priorizas.

Entrecierra los ojos, sin quererlo le he dejado asomarse a ese pasado que compartí con mi ex.

—Ella fue la primera que me animó —dice obviando mi error, aunque sé que son detalles que le contaré más adelante—. Ya te adora como yo y, puesto que tú no podías acudir a nuestra cita, aquí me tienes. Soy todo tuyo.

—Eres un engatusador —contesto en tono de broma con una sonrisa inmensa, agradeciendo en silencio que hayan aparecido en mi vida.

—Pero te gusta y con eso me conformo. Seguiré haciendo el payaso, si así consigo que te rías.

—Se te da bien, aunque ya que has venido deberíamos aprovechar para hablar de todo esto —siento como el miedo amenaza con hacerme retroceder, pero sé que ha llegado el momento de enfrentar los hechos tal y como son.

Se queda un segundo sorprendido ante mi tono serio.

—Pero no aquí.

Sin que pueda objetar nada más, sale de la habitación y regresa tan rápido que ni siquiera he conseguido hilar dos pensamientos seguidos. Viene con una silla de ruedas y la coloca a mi lado.

—No digas nada. Tan solo confía en mí, tengo un plan.

Estoy tan aturdida por su reacción, que no hay nada coherente que pueda alegar. Me ayuda a ponerme el abrigo, me insta a sentarme en la silla y cuando lo he hecho coloca sobre mis piernas una manta gruesa. Después se coloca detrás de mí, para empujar la silla rumbo a…

—¿A dónde me llevas? —pregunto cuando veo que nos alejamos de la habitación y acabamos junto al ascensor de uso privado del personal médico.

Estamos haciendo algo prohibido y ni siquiera sé qué es.

—Espera un poco. Contén las dudas, no van a matarte.

Una parte de mí lo duda, pero suelto las riendas y me dejo llevar por él, mientras mi cabeza da vueltas tratando de entender qué se propone.

El ascensor de empleados tiene una planta más que el que usan los pacientes y, para mi sorpresa, acabamos ahí, en la última planta. Recorremos un pasillo desocupado y llegamos a una puerta de emergencia que Matt no duda en empujar.

El frío de la noche me golpea, sorprendiéndome. Hay una azotea y, a pocos pasos de nosotros, una mesa con un conjunto de velas y flores.

Bello, etéreo, irreal… No puedo creer que haya preparado algo así.

—Tenemos permiso —dice como si leyera mis dudas sin que haya abierto la boca—. Resulta que mi madre tiene contactos en el hospital. Tan solo tuve que hacer un par de llamadas, quería ofrecerte algo diferente a las cuatro paredes de tu habitación.

Me sitúa junto a la mesa de campin y, en ella hay una bandeja de jamón serrano y otra de queso, decoradas ambas con picos de pan y uvas.

—Cortesía de tus padres, no es algo que yo hubiese pensando.

—Es perfecto.

—Poca cosa en realidad, pero tus médicos no me han dado mucha libertad. Esto lo aprobaron —se justifica como si no fuera ya realmente maravilloso y especial.

—No necesito más, Matt —contesto totalmente ilusionada por un gesto tan bonito—. Gracias, estás haciendo que mi estancia en el hospital sea memorable.

Miro hacia el cielo en busca de estrellas, pero no están, entre la contaminación lumínica y las nubes que lo cubren todo, no se ven. Sin embargo, cuando recuerde este día, las pondré yo de mi propia cosecha. Tengo suficiente imaginación para ello.

Cojo un trozo de jamón y me lo llevo a la boca mientras reordeno mis ideas. Antes de que pueda decidir cómo llevar la conversación, Matt empuja hacia mí un estuche cuadrado, pequeño, del tamaño justo para contener un anillo. Le miro sorprendida y asustada al mismo tiempo.

—Antes de que sigas imaginando cosas, ¿por qué no lo abres y sales de dudas?

Le hago caso y frente a mí me encuentro un colgante de copo de nieve, sujeto a una cadena de oro. Es precioso, bello y elegante. Matt se levanta. En un segundo, me ayuda a ponérmelo, después me da un beso en la coronilla.

—El día del cementerio iba a verte para darte mi regalo de navidad, pero después todo se torció… Espero que te guste.

—Es perfecto, Matt. Gracias.

Vuelve a sentarse en su sitio y el nudo de mi garganta parece estar a punto de ahogarme. Ha llegado el momento de la verdad. No puedo retrasarlo más o perderé el valor de hacerlo.

—Hay algo que necesito contarte —afirmo con el miedo que siento reflejado en mis palabras—. No puedo callarlo más y temo que cuando lo sepas quieras internarme en un sanatorio.

—Jamás cometería esa infamia. Sea lo que sea, no temas contármelo.

Inspiro hondo mientras la duda me asalta, estoy jugando con fuego tratando de aliviar mi carga, echándola sobre sus hombros y, ni siquiera estoy segura de que él pueda aceptarlo.

—Helen, confía en mí.

Como si hubiera accionado un resorte, inspiro hondo y comienzo a hablar. Lo suelto todo, empezando por aquel día que soñé con ellos por primera vez, hasta el episodio del cementerio del que fue testigo. No omito ni un detalle: ni las sombras, ni el aire gélido, ni las voces. Cada instante, cada paso que he dado, se lo cuento sin mirarlo a los ojos, incapaz de ver la decepción en su mirada.

—Sé que ha sido real —digo y saco el pañuelo que tengo en el bolsillo del abrigo con las iniciales de Liam en él, se lo entrego y él lo recoge sin mostrar ningún tipo de duda—. También comprendo que suena a locura, a algún trastorno mental. Si esto lo dijera ahí abajo, no dudo que decidirían internarme un tiempo en algún sitio y no les podría culpar, porque es tan extraño que yo no sé cómo lo tomaría si fuera otra persona quien me lo contara.

»Pero es lo que ha ocurrido, lo que he vivido en el último año y medio. Jamás me imaginé que esto podía pasar y no sé cómo afrontarlo.

—¿Cómo te sientes ahora? —pregunta. De todo lo que podría decir, incluso reprochar, lo que le interesa es cómo estoy.

—Estoy en paz, creo que entendí su mensaje y, aunque suene raro, se lo agradezco.

—Sabes que todo esto, explica por qué no han encontrado nada malo en ti.

—También que no tiene lógica ni evidencia científica, pero ya no podía seguir escondiéndolo y no me atrevía a contárselo a nadie más. Me gustaría que no se lo explicaras a nadie, no quiero acabar en la planta de psiquiatría.

—No pienso hacerlo, Helen. —Su voz es firme y contundente—. Siempre he pensado que tiene que haber algo más de lo que vemos. Es solo una teoría, pero me niego a creer que la vida sea tan simple y predecible.

—Jamás imaginé que una persona podría sorprenderme tanto como tú —afirmo, fascinada ante su manera de ser.

—Tan solo voy a pedirte algo, un compromiso —su seriedad me pone en alerta—. Si vuelve a suceder, tienes que contármelo y trataremos de encontrar una solución, juntos.

—Quiero pensar que todo ha acabado, pero te prometo que no te ocultaré nada. Ni de esto ni de cualquier otra cosa.

Sonríe y me derrito ante la persona que tengo frente a mí, que no quiere opacarme, que escucha lo que tengo dentro, que me apoya, aunque no entienda lo que me ocurre.

Me levanto de la silla de ruedas con cuidado, pero con determinación, apoyándome en la mesa. Voy hacia él que me recibe con los brazos abiertos para abrigarme contra su pecho.

—Gracias por entenderme y no salir corriendo —digo acurrucada contra él, disfrutando de su cercanía—. Ya se te pasó el tiempo de

huir.

—No te voy a negar que es un poco extraño, pero he sido testigo de suficientes eventos para saber que hay algo ahí. Te recuerdo que vi cómo te desvanecías en el invernadero y después en el cementerio. Tras ello estás dos días inconsciente y te recuperas como si no te hubiese pasado nada, desconcertando hasta a los mejores médicos de la ciudad.

—Hemos tenido unas Navidades un poco paranormales —coincido con él.

—¿Deberíamos llamar a un exorcista?

El tono guasón en su pregunta me hace reírme.

—¿Dónde podríamos encontrar uno? —cuestiono siguiendo la estela de su tono.

—Seguramente en Google; hay de todo.

—Sin duda, pero podemos dejarlo para mi próximo viaje a la época victoriana. ¿Te parece?

—Me parece bien, pero también sé —asegura rozando mi cuello con sus labios, haciendo que me estremezca— que no van a tener motivos para volver a acosarte. Mis antepasados siguieron los pasos de Ramsey y yo lo he heredado. Jamás te daré motivos para perderte en otro mundo.

—¿Me lo prometes?

—No, te lo juro por el honor de los Blackwood —dice con aire solemne y confío en su palabra— y, aquí y ahora, esta noche, te garantizo que no tendrás ninguna queja de mí. He elegido amarte, Helen, y honraré cada día nuestro vínculo.

—Eres mi luz en la oscuridad, Matt.

Me gustaría ofrecerle un te amo, pero sé que llegará, pronto, inesperado y con toda la pasión que despierta en mí. Un pitido interrumpe el instante compartido, Matt saca el teléfono del bolsillo de su abrigo y apaga la alarma, son las doce de la noche.

—¡Feliz año, querida!

Me incorporo para mirarlo, dejándome atrapar por la dicha que asoma en sus ojos grises.

—¡Feliz año, guapo!

Le ofrezco mis labios y él no duda en obsequiarme con un beso tierno, armónico y largo, como si quisiera fijarlo en mi piel.

Cuando nos separamos, nos quedamos en silencio, acurrucados en un abrazo eterno, observando esas nubes que tapan las estrellas. Toda historia de amor tiene un principio y este es el nuestro: accidentado, difícil y lleno de fenómenos extraños, pero nos pertenece y no lo cambiaría por nada.

Epílogo .

18 de diciembre de 2026

Veo a mis niños salir de clase directos a celebrar las Navidades, y el corazón me da un vuelco. Mi vuelo sale mañana sábado rumbo a Londres, a encontrarme con el amor de mi vida. Ya he perdido la cuenta de cuántas veces le he dicho te amo.

El año junto a Matt ha sido intenso, lleno de citas por videollamada, viajes sorpresa, vacaciones de verano interminables y una duda persistente: ¿dónde quiero seguir viviendo?

Cada día se me hace más difícil estar separada de él. He llegado a volar un viernes y regresar un domingo por la tarde, con el cansancio acumulado, solo para poder acurrucarme en su pecho y perderme en sus ojos grises.

Todo es perfecto, pero me falta él. Aquí, junto a mí para descubrir, si lo que hemos creado es capaz de sostener una convivencia.

Acaricio mi colgante de copo de nieve y sonrío. Tras recoger la clase, me despido de mis compañeros y regreso a casa. En el trayecto, sin pretenderlo, aquello que descubrí ayer vuelve a mi cabeza. Al parecer, mis padres obviaron contarnos que su intención es volver a Londres cuando se jubilen.

Eso sucederá el año que viene. Es un pacto que hicieron hace años, cuando decidieron vivir en Santander y formar aquí su familia. Así que, cuando menos me lo espere, estaré sola en mi ciudad, sin ningún miembro de esta a quien recurrir en caso de necesidad, o no, solo por el placer de ver alguna película absurda un día cualquiera, como cuando éramos pequeños.

No tengo valor para pedirles que se queden. Mi madre sacrificó su vida por el bien de mi padre y yo no puedo ser tan egoísta como para ponerme en medio de su acuerdo, pero sé que va a ser duro y,

de alguna manera, inclina la balanza hacia un posible traslado a Londres. Pero perder mi trabajo, mi vida, mis niños, mi entorno y el mar… Necesito el Cantábrico para vivir.

Estoy llegando a casa cuando una figura que podría reconocer a kilómetros de distancia se materializa frente al portal.

—¿Matthew?

—¿A qué viene ese tono de sorpresa? —pregunta mientras se acerca a mí y me abraza como si fuera a desaparecer.

No hablamos más, no hay momento entre beso y beso para llenar con palabras lo que sentimos. Llevo un mes sin tenerlo entre mis brazos y el deseo que siento está a punto de consumirme. Alguien tose a nuestra espalda y nos separamos con las mejillas encendidas.

—Vamos.

Recogemos sus cosas. Tiene más maletas de las que debería, pero antes de que pueda decir nada, él vuelve sobre mi cuello abrazando mi cintura, poniéndome difícil abrir la puerta del portal.

—¡Matt! —exclamo, mientras trato de mantener el foco sin mucho éxito por culpa de sus ansiosas caricias.

—Te he echado de menos —dice contra la piel de mi cuello mientras sus manos tratan de deshacerse de mi abrigo.

Abro la puerta de cristal, entramos con todos los bultos y le pongo un alto en medio de la entrada.

—Te aseguro que puedes esperar un par de minutos. Subimos a casa y no damos más espectáculo —digo, divertida por la pasión que parece estar a punto de consumirle.

—Tienes razón, lo siento, querida.

El ascensor es rápido y en menos de dos minutos estamos cerrando la puerta de casa. Dejamos las maletas en mi impoluto salón. Me recorre con la mirada, con admiración, desarmándome. Antes de que pueda asaltarme de nuevo, coloco mi mano en su pecho y le miro con curiosidad.

—¿Qué haces aquí? —pregunto, pues no era lo que habíamos hablado—. Mi vuelo sale mañana.

—El mío también.

—No lo entiendo. ¿Por qué has traído tantas maletas? Tres grandes, ¿para una noche?

Veo como su seguridad se tambalea, algo tan inesperado en él, que prefiero esperar a que ordene sus ideas que seguir interrogándole.

—He tomado una decisión, me vengo a vivir a España una temporada. Al menos hasta que finalice el curso escolar.

Mi cara de sorpresa tiene que ser un poema, por la expresión de horror que aparece en la suya segundos después de contarme la idea más maravillosa del mundo.

—No aquí —se justifica con excesiva rapidez—. He buscado dónde quedarme, de momento estaré unos días en un alquiler vacacional y aprovecharé para buscar piso.

Salto a sus brazos y acallo sus explicaciones con un beso largo, intenso y dulce que me devuelve con la misma pasión que yo empleo en él. Nuestras bocas se funden en una sin descanso, hasta que me separo de él, al borde de la combustión espontánea.

—No te vas a ir a ningún lado, te quedas aquí —respondo cuando me recupero de su asalto, o, mejor dicho, el mío.

—No lo habíamos hablado y no quiero imponer mi presencia por la fuerza. Así que lo tengo todo planificado.

Niego con la cabeza, no pienso consentir algo que no es necesario.

—Matt, ¿quieres vivir conmigo? —pregunto para solventar su negativa y esa conversación que teníamos pendiente—, ¿por favor?

—Eso me haría el hombre más feliz del mundo —afirma colocando su mano en mi cintura y atrayéndome de nuevo hacia él —. Solo quería tenerte cerca, verte cada día, conocer tu ciudad, pero convivir contigo es un sueño hecho realidad.

—Pues hablado está. Y ahora…

Sonríe, regalándome la visión maravillosa de sus hoyuelos y un gesto de felicidad que me conmueve. Está tan dichoso como yo. Es inesperado, impulsivo y un deseo cumplido. Es perfecto.

—Ahora, déjame demostrarte cuanto te amo, señorita McAlister —dice bajando la cremallera de mi abrigo negro.

—Yo también te amo, lord Blackwood.

Las palabras se desvanecen cuando sus manos comienzan a acariciar mi cuerpo mientras nos desvestimos el uno al otro. Algo me dice que vamos a ser muy felices en esta nueva etapa que nos espera.

FIN

Querido lector, si has llegado hasta aquí con un montón de dudas o ganas de conocer la historia de Iara, Grace, Ramsey y Liam.

Te invito a descubrirla.



Hace dos años que Iara dejó todo atrás, incluso su apellido. No le quedó más remedio; sin embargo, *ha aprendido a sobrevivir y a manejarse en un mundo difícil y cruel para las mujeres*. Por azar del destino, el conde de Richmond aparece en su vida. Un encuentro fortuito e inesperado que desatará una marea de acontecimientos.

Lord Ramsey Blackwood es un hombre diferente, atípico en sus costumbres, *un ermitaño para la alta sociedad*; pero no le importa lo que piensen de él. Vive volcado en sus obligaciones familiares y en sus negocios… hasta que aparece ella.

La atracción es irremediable y se verán arrollados por unos sentimientos incontrolables.

¿Podrán resistirse o se dejarán llevar? ¿Serán capaces de salvar los obstáculos que se les presenten o acabarán heridos y separados?



Un soplo de viento en contra fue suficiente para que el seguro mundo de Grace desapareciera bajos sus pies. Desamparada y a *merced de unos hombres sin escrúpulos que buscan beneficiarse de su inocencia*, todo parece perdido.

Lord Liam McAlister es un hombre enigmático y parco en palabras, con un sentido del honor que condiciona sus decisiones. Tiene un propósito de vida marcado del que jamás se desvía.

Grace supone un desafío para él, no se comporta como debería y, aunque todo en su interior le dice que se mantenga lejos, hay una fuerza que lo arrastra hacia ella.

Quizá el orgullo los lleve a herirse sin medida. *¿Lograrán entenderse?* Y, de conseguirlo, ¿será su condena o su salvación?

Otros libros de la autora.

Cuando consigas… hablarme.
Cuando consiga… amarme.
En mi camino.
Cruce de caminos.
La maldición de los Gordon.
La partera.
Durante una mirada.

Disponibles en Amazon, Kindleunlimited y a través de mí en Instagram @beamelworren

Agradecimientos.

Este año ha estado lleno de momentos, a veces buenos, otros tantos malos, pero siempre me he sentido acompañada por esas mujeres de mi vida: por esas amigas escogidas, hermanas por derecho y es a ellas a quién agradezco este libro.

A **Nerea Martín**, por iluminarme, eres luz y no sabes cómo tu camino ha guiado el mío en estos meses.

A **Mª Luisa BT**, por demostrarme como renacer tras una gran sacudida. Eres un ejemplo a seguir.

A **Genne L Paris**, por tu fortaleza, con esa entereza con la que sigues adelante en tu día a día.

A **Marta**, no te haces una idea de lo importante que es cada café, cada charla y toda la sinceridad que ponemos sobre la mesa.

A **Nadia**, por seguir apoyándome en este viaje de letras e historias.

A **Maritza**, por emocionarse con esta historia, cuando le hablé de ella.

A todas esas preciosas **Booktokers y compañeras de letras** que se atrevieron a leer Donde nace mi condena y me recordaron que lo que hacía gustaba.

A **Christine Tales**, por retarme a hacer esto. Que mejor aliciente que no quedar mal contigo.

Y a mi **madre**, tan solo espero que algún día pueda ayudarte a cumplir tu sueño. Te amo.

Gracias a todas por estar y, en especial, gracias a esas lectoras y algún lector, que no os da urticaria la romántica. Espero que hayáis disfrutado mucho de esta historia. Nos vemos en la siguiente.